

Laura Retamar López



La lata de Galletas

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Laura Retamar López

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz

Diseño de cubierta: Rubén García

Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 978-84-1068-824-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A las mujeres de mi hogar y, sobre todo, a ti, Sofía,
que acabas de llegar a nuestras vidas.

CAPÍTULO I:

Resaca por el fracaso

Odio mi vida, soy una miserable. Estoy a punto de cumplir treinta años y lo único que sé hacer es complicarme la existencia. No sé cómo es posible, pero siempre tomo el camino equivocado. No soy exagerada cuando digo que, si me pusieran un luminoso con letras gigantes y un cartel que dijese «PELIGRO», seguiría eligiendo mal, porque seguro que en mi interior una vocecilla me diría algo así como: «Bueno, seguro que no es para tanto; además, si sale mal, siempre puede ser una divertida anécdota que contar».

Mi madre me ha dicho mil veces que soy una kamikaze y tiene toda la razón. Dicen que el ser humano es el único que tropieza dos veces con la misma piedra, pues yo he perdido la cuenta de las veces que esa dichosa piedra se ha puesto en mi camino. Y es que siempre es la misma piedra, una losa con la que cargo desde que soy adolescente. A la mínima que me dicen algo bonito, me enamoro. Mi amiga Martina diría que se me caen las bragas con el primer tío que me mira con una sonrisa bonita; claro que ella no es nada sutil y refinada, más bien una mujer sin pelos en la lengua. Pero es que tiene razón, el romanticismo es mi perdición. Culpo de ello a las películas de Disney, a las comedias románticas de los noventa, a las muñecas Barbies y a las dichosas baladas de los Guns N' Roses...

Sabía que me iba a ocurrir; era un chaval de una aplicación. Para una vez que me decido a quedar en plan cita a ciegas... ¿En qué pensabas, Carol? ¿Creías que sería un príncipe azul? ¿Pero qué mierda se te pasa por la cabeza? Lo conoces un jueves y quedas con él un viernes al salir del trabajo. Parece que todo es fantástico: él es alto, guapo, moreno, psicólogo emocional (vamos, que no ha estudiado nada, pero le mola dar charlas infumables). Durante la primera cita deberían haber saltado todas las

alarmas, pero parecen estar rotas, porque es verdad que durante la conversación introdujo varios términos superpositivos. Habló de su forma de vida idílica sostenible, del amor que le pone a todo, siempre evitando el conflicto y solo viviendo el presente, en plan charla motivacional. Pero claro, era diferente a todos los anteriores y eso lo hacía muy atractivo. Además, sus intereses culturales resultaban ser muy similares a los míos: le gustaban las comedias francesas y, por supuesto, el cine de autor. Un pureta de la vida que además hacía surf. Y, para poner la guinda al pastel, colaboraba con varias ONG que rescataban animales abandonados, o al menos eso decía. Era imposible que fuera cierto todo lo que contaba, pero parecía muy real. ¿Cómo no iba a caer rendida a sus pies? Me había tocado el muñeco Ken con todos los complementos, ¡era una joya!

Pues no, querida, más bien una birria con mucho brillibrilli. Cuatro meses después, dejé mi precioso piso en el centro y me marché a su apartamento de una única habitación con vistas a un patio interior, cerca de la M-30. ¿Por qué hice esto? Simplemente porque me dejé llevar por el cóctel ridículo del enamoramiento. Guillermo me convenció para mudarme a su casa; de esta manera, podía ahorrarme el alquiler. Y en lugar de pensar que las cosas podían salir mal, creí que era el amor de mi vida, porque pensaba que vivía en una película de la puñetera Meg Ryan y seguí a ciegas todos sus consejos de mierda. Solo unos días más tarde, dejé el que hasta entonces era mi trabajo como profesora en una escuela infantil, donde me tenían explotada, pero era feliz, me gustaba mi trabajo. Sin embargo, me marché tras un calentón con la dueña de la guardería. La noche anterior al suceso, Guillermo, que es demasiado convincente, me había dado una sesión de introspección una vez más, de esas que tanto le gustan, y me convenció para dejar mi trabajo, con consejos de birria como empezar a focalizarme en el presente para ser la dueña de mi vida y un puñado de frases superalentadoras que no van a ninguna parte... Y lo hice. ¿Por qué, Carol? Porque no tengo personalidad; aunque, para ser sinceros, también era una mierda, las cosas como son. Llevaba muchos meses deseando dejarlo y él solo me dio el empujón que necesitaba para hacerlo, tampoco hay que dramatizar tanto.

El caso es que, después de despedirme, llegué a casa agotada tras tomar la decisión de renunciar. Empoderada como nadie, siendo dueña de mi vida,

abrí la puerta y, ¡pum!, directo en la frente. Lo encuentro montándoselo en el salón con una fantástica rubia que hace crossfit, adicta a la dieta keto y a los ayunos intermitentes. Es un fenómeno, el amigo ni si quiera disimula. Se levanta del sofá y me intenta abrazar. Mi cara de boba es un poema. Me quedo paralizada sin saber qué hacer, mientras pienso que me quiero morir allí mismo, delante de la rubia oxigenada que sonrío de forma estúpida. ¡Bravo, Carolina!

Y ahora, aquí estoy, en la que era nuestra habitación, haciendo las maletas de mala manera para empezar de nuevo. No puedo evitar escuchar cómo se despide de la chica en la puerta; menos mal, al menos ha tenido la decencia de marcharse para que pueda recoger con dignidad. Siento que la rabia me consume por dentro, esto no me puede estar pasando otra vez...

Pero es que, si lo pienso bien, no es la primera vez que me pasa. Antes de Guillermo, me pasó lo mismo con Miguel. ¿Hacemos memoria? Ese ingeniero de ojos azules que se tiraba cada fin de semana a una distinta y subía las fotos a Instagram. Sí, sí, el mismo que me decía una y otra vez «no puedo vivir sin ti», con su precioso acento y piel color canela. De verdad, es que soy tonta, pero tonta de remate. Pero no queda ahí la cosa; esto viene de largo. Unos meses antes, también me había ocurrido con Pablo, el capullo del trabajo con el que creía tener algo superespecial, mientras que él y su novia de toda la vida con la que vivía planeaban la boda de sus sueños por la iglesia de su pueblo en Toledo. Menuda vergüenza el día que casi me pilla su novia saliendo de su piso... Eso sí que fue bochornoso. Aunque, pensándolo bien, yo no sabía que él estaba prometido...

No aprendo. Soy una romántica empedernida y me tomean siempre. Sin embargo, esta vez me he lucido: no tengo adónde ir, ni trabajo, ni dinero. Lo que sí que tengo es orgullo propio y muchas ganas de gritar.

Encima, el muy capullo me ha ayudado incluso a bajar las cosas al coche mientras me dice cuánto siente lo ocurrido. Y digo yo, ¿qué es lo que siente? Si de verdad fuera así, no lo habría hecho, ¿no? Pero vamos, que es lo de siempre, que me ilusiono, me creo una fantasía y, después, me pego la leche. Esta vez ha sido gorda; la verdad es que iba sin frenos y cuesta abajo... En fin, que así soy, me gusta complicarme la existencia. Aunque, por una vez en la vida, estaría bien que el otro fuera el que lo dejara todo

por mí o simplemente me quisiese de verdad. ¿Es mucho pedir una relación sana?

—Déjalo, Guillermo, eres un imbécil.

—¿Dónde iras ahora? Si quieres, puedes quedarte en el piso y vamos a medias con los gastos.

—Voy a hacer como que no he oído eso último. —Suspiro con ganas de darle un puñetazo en su preciosa cara—. Me marchó a casa de mi abuela hasta que decida qué hacer.

—¿Pero eso no está en Madrid?

—Lo sé, Guillermo, conozco mi casa.

—Lo digo porque, si no recuerdo mal, tu pueblo está casi llegando a Francia y son muchas horas en coche. Si quieres, cuando pase un tiempo, podemos hablar y buscar opciones.

—Déjame en paz y olvídate, por favor. Métete las opciones donde te quepan, eres un gili...

Guillermo intenta darme un abrazo siguiendo con su filosofía yogui pasivo-agresiva, pero lo aparto con una llave ninja y me meto al coche. Me esperan unas cuantas horas hasta llegar a casa. Creo que me vendrá bien estar rodeada de los míos y cerrar cierta aplicación de citas por un tiempo. Una vez dentro del coche, enciendo la radio y pongo la música a todo volumen para evitar escuchar mis pensamientos mientras lloro desconsolada hipando sin parar. ¿Por qué será que, cuando estás hundido, parece que todas las canciones tristes hablan de ti? Tal vez sea que he puesto una lista de reproducción supermoña o que tengo los sentimientos a flor de piel, pero, joder, esta letra es mi historia por completo. Me dejo llevar por la música y canto ronca, mientras moqueo sin parar. Menos mal que he pillado un semáforo en rojo y puedo templarme un poco para seguir mi camino y no tener un accidente. Sería mala suerte romper una relación y morirme el mismo día. Ya me imagino en mi lápida: «Murió llorando por un imbécil que no la supo valorar».

Ahora mismo, mi único consuelo es que, dentro de unas horas, estaré de nuevo en casa mi abuela, enfundada en un pijama de franela calentito,

tumbada en el sofá tapada con una manta y viendo alguna película random de alguna de las plataformas que tengo contratadas. Que se joda Guillermo, que antes de irme he borrado de la televisión todas las contraseñas de las plataformas; ahora, si quiere ver alguna docuserie de esas que tanto le gustan, que lo pague él, que ya he hecho suficientemente el imbécil en esta relación.

CAPÍTULO II:

El diario

¿Y ahora qué, Carolina? Vives de nuevo en casa de tu madre, estás en paro y tu vida sentimental es una verdadera mierda. Sentada en el taburete de la cocina, reflexionas delante de una taza de cerámica azul publicitaria. Mientras remueves el café, te das cuenta de que te has convertido en una experta en esto de tomar malas decisiones. Pero ¿de quién es la culpa? Siendo sincera, es mía, solamente mía. Tengo ganas de llorar, me siento totalmente ridícula y creo que huelo mal, hace días que no me ducho. Ahora, además de triste y pobre, soy una cerda, es que todo me pasa a mí.

Esta vez, pensaba de verdad que la relación iba a funcionar. Pero, al final, una vez más todo ha salido mal. Y es que lo nuestro solo fue un cuento, pero sin el famoso «fueron felices y comieron perdices». También es cierto que yo hubiera sido más de comer galletas de chocolate y Guillermo seguramente hubiera preferido una ensalada de semillas de chía con brotes de soja, y es que para gustos los colores... A decir verdad, nosotros estábamos en gamas diferentes del Pantone.

—En serio, abuela, no quiero desayunar nada. Con el café me basta y me sobra. —Tengo el aspecto de una niña enfundada en un chándal gris y calcetines gordos llenos de pelotillas—. Estoy muy deprimida.

—Lo que estás es tonta y deberías ducharte —dice mi abuela tajante—. Vamos, que ponerte así por ese mierdecilla que no valía nada... ¿Cómo lo llamaba tu madre? —Coge una rebanada de pan del tostador y la pone en la mesa—. Ah, sí, lo llamaba el Señor del Té Verde. Anda, come algo, que tienes una cara...

—Gracias, abuela, sé que no estoy en mi mejor momento, pero no hace falta que seas tan simpática —suelto de manera sarcástica mientras rompo

un trozo de pan y me lo meto en la boca—. Me parece muy feo que llaméis a Guillermo el Señor del Té Verde a mis espaldas. Y otra cosa, ¿dónde has dicho que ha ido mamá?

—A comprar al mercado y a la farmacia a por mis medicamentos.

—Podría haberme esperado, abuela, y la hubiera acompañado...

—Estabas dormida y te has pasado la noche entera en vela llorando y comiendo patatas de bolsa, a ver si te crees que no nos hemos dado cuenta... —Se sienta en el sofá con dificultad—. Cuando acabes de desayunar, quiero que veas una cosa. Es algo así como un legado de familia.

—Abuela, si es otra vez ese mandil de cuadritos azules y blancos tan feo, que sepas que no lo quiero —digo con una sonrisa y la boca llena.

—¡Que no es eso, leñe! —Chasquea la lengua y pone cara de interesante—. Es algo de mi madre que encontré hace años y que tal vez te venga bien en este momento.

—Pues venga, que ya he terminado. —Me tomo de un sorbo el café y ayudo a levantarse a la abuela de la silla—. A la de una, a la de dos y a la de tres, ¡arriba, abuela!

—¡Ay, Carol! Mira que eres bruta, hija.

Juntas, agarradas por el brazo, caminamos a través del pasillo de la vieja casa familiar hasta llegar a su habitación. Por la ventana entra una claridad rara para ser enero. La habitación, como siempre, está bien ordenada e inmaculada, con todo organizado hasta el mínimo detalle.

—Anda, coge esa caja que hay en la coqueta —dice mi abuela señalando el mueble.

—Parece una vieja lata de galletas. —Le quito con la manga un poco el polvo—. Está un poco descascarillada. —Y se la doy.

—Lo importante no es la lata, es lo que hay dentro. —La abuela abre la lata. Está repleta de cartas antiguas, un pequeño diario y algunas fotos amarillentas por el paso del tiempo—. ¿Sabes?, te pusimos tu nombre por mi madre.

—Lo sé, abuela, era una mujer luchadora para su época. —Dejo claro que esa historia me la ha contado demasiadas veces. Me siento a su lado en la cama y ojeo el pequeño diario—. ¿Qué quieres que haga con esto?

—Quiero que lo leas, Carol, como hice yo cuando dejé de creer en el amor. A mí me sirvió.

—Bueno, no tengo nada mejor que hacer, supongo...

—Si quieres, Carol, lo empezamos a leer juntas y así me sirve a mí también para recordar.

—Me parece bien. ¿Por dónde empezamos?

—Por el principio. —La abuela coge el pequeño diario y lo abre por la primera página—. Ponte cómoda, que te voy a contar una historia.

Fuera quedaba la fría noche de invierno. El tintineo de las copas, el misterio de las máscaras de fiesta, el calor por el gentío y el ruido de las risas acompañado por la música de la orquesta completaban una noche inmejorable.

Después de tanto sufrimiento, Carolina había hecho bien en aceptar la invitación de su única amiga en París, Rosa. Por lo menos así conseguiría evadirse de la realidad que, desde hacía unos meses, la perseguía como una maldición. Aunque fuera por unos instantes, la muchacha disfrutó de la fiesta, conversando con unos y otros, intercambiando puntos de vista y algún que otro guiño que invitaba al coqueteo con guapos desconocidos.

La fiesta llegaba a su fin. El cansancio por el baile y los efectos de la bebida hicieron el resto para que Carolina se diera cuenta de que la noche (al menos para ella) estaba ya acabando; a la mañana siguiente tenía que embarcar rumbo de vuelta a casa y quedaban pocas horas para que amaneciera.

La joven miró a su alrededor buscando una cara amiga entre la multitud. Cerca de los músicos estaba su amiga hablando con un apuesto hombre. Se acercó a ella y le dio un toque con los dedos en la espalda para llamarla. El hombre con quien conversaba se despidió de ambas y las dejó solas.

—Rosa, ha sido maravilloso, pero me tengo que marchar. Te escribiré en

cuanto llegue a casa. —Le dio un fuerte abrazo y agradeció todo lo que había hecho por ella durante ese tiempo.

—Espera. Antes de que te vayas, tengo que presentarte a otra persona. Sería una pena que te fueras sin que lo vieras.

—Creo que ya he conocido a mucha gente hoy y estoy segura de que mañana no me acordaré de nadie. Así que déjalo, ya me lo presentarás en otra ocasión, Rosa.

—De eso nada.

Rosa la cogió del brazo y la llevó a un reservado del teatro, donde estaba reunido un grupo de personas cuyos modales y vestimenta no dejaban duda alguna de que se trataba de gente importante de la sociedad parisina. Uno de los allí presentes se giró y quedó perplejo, con la mirada fija en los ojos de Carolina. Aquella mirada la perturbó sobremanera.

—Carolina, te presento a un viejo amigo de la familia.

Con rubor en las mejillas, Carolina se fijó en aquel caballero, siendo incapaz de escuchar su nombre.

—Encantado de conocerla, señorita. —El misterioso desconocido se agachó y besó su mano con delicada sensualidad—. Rosa no para de hablar de usted. Ya tenía ganas de conocerla, y no me engañó cuando dijo que era muy hermosa...

—Gracias, es un placer. —Carolina miró sus manos bien cuidadas, con dedos finos y elegantes. Un escalofrío recorrió su cuerpo—. No quisiera ser maleducada, pero tengo que marcharme ya. Mañana me voy de viaje.

—Es una verdadera lástima que tenga tanta prisa. Me hubiera gustado invitarla a bailar. ¿Me permite la última canción? —El caballero le tendió la mano a la muchacha con gesto suplicante.

Carolina vaciló unos instantes antes de contestar, aunque realmente estaba deseando bailar con aquel desconocido. Quería sentir su cercanía.

—Está bien, bailaré con usted —se decidió finalmente—. Al fin y al cabo, ya no creo que pueda dormir esta noche. —Sujetó su mano y ambos fueron al centro de la sala.

Los dos bailaron lentamente bajo la mirada atenta del resto de invitados. La pareja daba vueltas siguiendo el compás de la canción, como hechizados. Dos almas perdidas que se encuentran en un solo cuerpo, la unión de la simetría. Sus manos acariciándose mutuamente; sus miradas perdidas, como la de un náufrago que en una isla desierta contempla el infinito mar buscando una manera de escapar. El tiempo se prolongó hasta casi dos siglos en cada minuto, capturando la esencia del silencio, haciendo disfrutar de aquel perecedero momento.

Ninguno de los dos quiso separarse. Fue la última nota de la melodía la que les devolvió a la realidad, poniendo fin al juego del azar que les hizo coincidir aquella noche de invierno en un teatro de París.

—¿Cuánto tiempo va a estar de viaje? —preguntó el caballero cortésmente.

—En París ya he terminado. Ahora vuelvo a España, pero no creo que vaya a regresar nunca. —La voz de Carolina denotó tristeza, sonó quebrada, a punto del llanto.

—Nunca diga nunca, Carolina. Tal vez nos volvamos a encontrar. —Le acarició la mejilla a modo de despedida.

—Eso espero —dijo ella en un susurro casi imperceptible.

Tras el silencio, aún con las manos unidas, ambos fueron por caminos separados, con la tristeza del adiós y la esperanza de volver a encontrarse.

Carolina se despidió de su amiga y salió corriendo del teatro. Todavía no había ido a recoger el equipaje a la pensión donde se hospedaba desde hacía varias semanas y el tiempo corría en su contra; tenía que llegar a la estación para coger el tren. El viaje iba a ser largo y duro. Abandonaba París y, con ello, su vida en aquella hermosa ciudad.

—¡Menudo flechazo! —Me tumbo en la cama—. ¿Ves? Esto es justo lo que yo necesito.

—Carolina, lo que necesitas es madurar y no buscar tanto, los cuentos de hadas no existen. —La abuela se recuesta a mi lado—. Las cosas vienen cuando vienen, no hay que forzarlo.

—Ya, pero mírate a ti, has estado más de cincuenta años casada con el abuelo. —Miro la foto que hay en la mesilla—. La verdad es que era muy guapo con esos ojos azules. Una vez me contaste que os conocisteis en una cafetería, ¿no?

—Algo así, él trabajaba en una cafetería y yo pasaba por delante cada día al salir de la escuela. La verdad es que no me había fijado nunca en él, pero al parecer él sí que se había fijado en mí...

—No te creo, seguro que un poco sí que te habías fijado, abuela, no te hagas ahora la presumida. Anda, cuéntame cómo fue —digo intrigada.

—Pues como son estas cosas... Yo había roto con mi novio de entonces, estaba muy deprimida y no quería volver a casa tan pronto y con los ojos llorosos, así que entré en la cafetería y me senté en una mesa mientras me secaba los lagrimones.

—Ya veo por dónde vas. No sabía que habías tenido otro novio, eras una moderna para la época...

—A ver, niña, que yo también he tenido una vida. —Suspira y pone los ojos en blanco—. El caso es que tu abuelo sí que se había fijado en mí. No me dijo ni una palabra, simplemente se acercó a mi mesa y me puso un café con un corazón de canela pintado en la nube de leche. No te miento si te digo que no había probado nunca algo tan bueno, era el mejor café que había tomado en la vida.

—¡Madre mía! —digo demasiado emocionada por la historia—. Te juro, abuela, que me muero de amor. Qué envidia me das, eso es justo lo que yo quiero.

—La convivencia no era fácil, éramos muy distintos, pero nos queríamos y nos respetábamos mucho. Supongo que por eso estuvimos tantos años juntos; bueno, por eso y porque no hubo un solo día en el que no me hiciera un café con un corazón de canela —solloza la última frase.

—No te pongas tristona, es precioso, abuela. —Me acurruco en su pecho como hacía cuando era pequeña—. Sigue contándome la historia de tu madre.

—Pero solo un poco, que me estoy cansando. No entiendo cómo puedo

acordarme de cosas que han pasado hace millones de años y, en cambio, no sé lo que cené ayer.

—No pasa nada, para eso estoy yo aquí, abuela. Ayer cenaste salmón al horno. —La abrazo y sonrío—. Anda, sigue con la historia de tu madre un poco más.

Miro su pelo canoso y las arrugas de su piel mientras lee entretenida el viejo diario. Sus lagunas cada vez son mayores y eso me entristece. Ya no es la misma que era antes, aunque sigue siendo presumida, le gusta llevar las uñas rojas a juego con sus labios y un día a la semana acude a la peluquería. Supongo que eso no va a cambiar. Mi abuela siempre ha sido una mujer avanzada para su época, tal vez sea porque vivió muchos años en París durante su juventud. Me gustaría saber qué pasa por su cabeza cuando se queda mirando un punto fijo sin pestañear. Tal vez está inmersa en sus recuerdos o simplemente se encuentra en la nada, como suele decir cuando vuelve de sus ausencias.

CAPÍTULO III: El París de Marie

Su cuerpo estaba débil; cinco días sin comer a base de caldo rancio no era sustento. Con todo lo rápido que sus piernas le permitieron, giró a la derecha en la calle Saint Michel, subió al segundo piso y llamó a la puerta. Allí le abrió un hombre mayor de pelo canoso, con barba y lentes que escondían unos gentiles ojos aguamarina que todavía hoy eran atractivos (aunque algo más cansados por el paso del tiempo), pero que la miraron con preocupación.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —preguntó—. Una joven no debe ir sola de noche por las calles. Podrían confundirte con algo que no eres. —La joven se puso roja por el comentario y bajó la mirada—. ¿Qué te pasa, niña?

—Es mi tía, señor. No se mueve, no sabía a quién acudir, está ardiendo y ya no me quedan medicamentos. —Sin poder aguantar las lágrimas, rompió a llorar—. ¿Qué debo hacer?

—Vamos, hija, no llores. Voy a coger la chaqueta, vamos a ver qué le pasa a tu tía.

Don Luis era un hombre afable y cariñoso, viudo desde el día en que nació su única hija. Durante años, él y la tía de la joven habían sido amantes, pero eso era antes de que Marie cayera enferma.

Carolina sabía que su tía había sido una mujer muy sensual y elegante, siempre a la última moda y rodeada de los hombres de más renombre de la ciudad. Aunque nunca se comprometió con ninguno; tal vez seguía aguardando su verdadero amor. Luis era su mejor amigo y hubiera sido un buen marido de haberlo deseado ella. Sin embargo, su forma de vida la absorbía y le impedía ver más allá. Marie creía que podía tenerlo todo; las joyas de sus amantes y múltiples regalos le hicieron tener una gran fortuna

que, poco a poco, a medida que se fue acercando a una edad más madura, iba disminuyendo, al igual que sus amores. Finalmente, solo quedó a su lado su joven sobrina, de quien se había hecho cargo durante varios años, así como su amigo (y médico) Luis. Gracias al buen corazón de aquel hombre, Marie comió los últimos meses, pero Carolina pasó de ser una señorita educada en la mejor escuela parisina a ir pidiendo limosna por las calles para conseguir pagar las medicinas de su tía.

—¿Ya no te queda nada?

—No. El boticario me ha dicho que ya no me va a dar más medicamentos y que no acepta más pagos con objetos por muy valiosos que sean —dijo con voz llorosa.

—Ese despechado... —Luis cambió el tono a uno brusco y enfadado—. Hace unos años, le hubiera regalado la luna si ella se lo hubiese pedido, y ahora no es capaz de darle ni un mísero jarabe para la tos.

—Ya no tenemos nada que empeñar, solo queda la cama de la tía y la mesita de noche.

—¿Y los candelabros de oro?

—Los he vendido para comida y algo de carbón para calentar la casa.

—Cuánto siento, querida, que estés pasando por esto. Sabes que en mi casa siempre tendrás un plato para comer.

—Lo sé —dijo acariciándole con cariño el brazo—. Rosa vino ayer con una cesta con fruta y una manta. —Y se lo agarró para coger algo de calor—. ¿Sabe? Creo que, cuando mi tía se marche definitivamente, yo también volveré a casa. Allí tengo a mi madre.

—Por desgracia, me temo que va a ser pronto...

Al llegar a la casa, vieron que las ventanas estaban abiertas y la cama vacía. A Carolina le recorrió por el cuerpo un escalofrío y quedó petrificada al darse cuenta de lo que allí había ocurrido.

El médico se acercó a la ventana y gritó a la joven, que se había quedado inmóvil en el marco de la puerta, bloqueada, incapaz de articular palabra. No escuchó las palabras que el médico gritaba, no entendía nada.

Entonces, Carolina empezó a temblar de miedo, o tal vez era por el hambre, y, finalmente, se desmayó. Cayó sobre el frío suelo; las maderas crujieron por el golpe seco de su cuerpo.

¿Qué había hecho? ¿Cómo había sido capaz de aquello? ¿Por qué acabar de esa manera?

Carolina recordó su primer día de colegio en la escuela y los nervios que sintió. Fue un choque enfrentarse a nuevas compañeras, a una ciudad que no era la suya y, sobre todo, fue duro separarse de su madre. Su tía Marie la llevó de la mano hasta clase y la besó mil veces mientras le decía lo orgullosa que estaba de ella. Vino entonces a su memoria el olor a violetas que desprendía su piel y el pelo rubio que llevaba recogido en un moño a la altura de la nuca; incluso parecía estar viendo su sonrisa perfecta, con los dientes rectos y blancos. Era bellísima, la envidia de toda mujer, siempre segura de sí misma. Y eso la hacía más atractiva si cabía.

Al despertar, Carolina se vio tendida en el suelo y con los ojos de su amiga Rosa clavados en su cara. Pensó que todo había sido un mal sueño e intentó levantarse para asegurarse de que su tía seguía en la cama.

—Lo siento, Carol. —Rosa la abrazó muy fuerte—. ¿Estás bien?

—¿Marie? —Carolina miró a los ojos castaños de su amiga y supo que no había sido una pesadilla—. No ha podido hacerlo, ella no, no...

—Mi padre está con ella. Pero ella ya no está, se ha ido. —Acarició el pelo de su amiga y sacó un papel de su vestido—. Había una carta en la mesilla para ti.

—¿Por qué lo ha hecho? —Las lágrimas cayeron por las mejillas de Carolina.

—Por orgullo, por dignidad. Ya no le quedaba nada y, seguramente, no quería seguir viviendo así, estaba sufriendo.

—Y ahora, ¿qué voy a hacer? —Hundió sus lágrimas en el hombro de su amiga—. Estoy perdida, Rosa.

—De momento, te vienes a casa con nosotros. Estás demasiado flaca, tienes que comer.

—Gracias. —Carolina cogió la carta de las manos de su amiga—. La leeré más tarde.

Carolina se levantó del suelo y miró por la ventana. La imagen era grotesca. Luis estaba llorando tendido en el suelo al lado del cuerpo sin vida de su antiguo amor. Cerró la ventana y fue al armario a recoger sus cosas; eran pocas y no tardaría mucho.

La noche fue muy intensa. Luis hizo el velatorio en su casa; el último adiós quería que fuese a la altura de Marie y no en una casa ruinosa y sin muebles. Poco a poco, empezó a llegar gente de toda la ciudad, la mayor parte de ellos de género masculino. Algunos venían acompañados de sus esposas, que fingían dolor por la muerte de Marie.

De madrugada, Carolina se marchó a la cama. El cansancio no la dejaba seguir en pie y su amiga le había prestado su cuarto. Por primera vez en mucho tiempo, la joven no pasaría frío y dormiría en una cama sola, aunque conciliar el sueño no iba a ser fácil. Echaba de menos el cuerpo de su tía a su lado; aquella noche lloró como nunca lo había hecho. Se sentía sola, abandonada, abatida de tanta mala suerte.

Después de muchas vueltas en la cama, decidió que, tal vez, leer la carta de su tía la ayudaría a sentirse mejor. Buscó en el vestido hasta encontrar el papel doblado. Tenía miedo de descubrir lo que esas líneas contenían, así que lo pensó unos segundos y, finalmente, se decidió a leerla.

Querida niña, estoy segura de que mi despedida no ha sido la que esperabas. Quiero que sepas que lo ocurrido nada tiene que ver contigo. Tú has sido mis manos y mis piernas estos últimos meses y te estoy plenamente agradecida por ello. Tal vez no entiendas lo que he hecho, pero ya no podía seguir así; la poca dignidad que me quedaba quería mantenerla. He sido feliz viéndote crecer, has sido la hija que nunca tuve y que quizás hubiera deseado tener si mi vida hubiera sido diferente. No me estoy justificando. Sé que cada uno tiene la vida que él mismo se forja, con sus aciertos y errores. Yo me he equivocado mucho, he decidido mal, movida por la pasión y la avaricia. Pero no por ello me arrepiento.

Ahora tú debes hacerte cargo de tu vida, ocuparte de ella y ponerte al día.

Ya has cuidado demasiado de los demás. Intenta ser feliz, encuentra el amor, disfruta de la vida. No busques la fortuna en brazos de hombres que te hagan promesas, son los peores. Yo me equivoqué al no casarme con Luis. Él siempre estuvo a mi lado, fue un gran amigo y nunca me pidió nada a cambio; me respetó hasta mis últimos días, como todo un caballero. Fíate de él, sé que te ayudará en estos momentos. Tienes que volver a casa como ya lo habíamos hablado. Tu madre te espera y ya nada te ata aquí.

Te quiero mucho, mi petite. Sécate los ojos, que solo espero que estas lágrimas de dolor sean las últimas de tu vida y que, a partir de ahora, solo sonrías.

Marie

Posdata: sé que es difícil lo que te voy a pedir, pero no le cuentes a tu madre lo ocurrido. Simplemente dile que llegó mi hora.

Tras leer aquello, Carolina besó el papel, lo guardó donde nadie más pudiera encontrarlo y se acostó en la cama. Dejó que el sueño por fin se apoderara de su cuerpo y, poco a poco, fue cerrando los ojos hasta que consiguió caer en manos de Morfeo. Esa noche soñó con su casa, con su habitación, las ventanas blancas de madera, el olor a hierba mojada, a las flores del jardín, las galletas de canela de su abuela, el calor de la chimenea y la sensación de paz de estar en su hogar. La joven todavía tenía mucho que hacer antes de volver a casa de nuevo, pero estaba más cerca de lo que imaginaba. Pronto, muy pronto, podría volver a abrazar a su madre.

—Abuela, ¿en serio esto es verdad? —Sujeto la carta con la boca abierta—. No me lo puedo creer, la tía Marie era una...

—Para, Carolina, no me gusta que digas palabrotas. De todos modos, no sé de qué te sorprendes —dice la abuela—. La tía Marie era libre e hizo lo que quiso con su cuerpo. —Cierra la lata y se pone en pie—. No es para tanto, es la vida y ya, cada uno decide su destino.

—Vamos a seguir leyendo un poco más, abuela...

—No, mejor mañana, hija. Estoy cansada y creo que acaba de llegar tu madre.

—Vale, tienes razón —digo resignada—. Voy a ver si recojo las bolsas de la compra. —Miro a la abuela, que parece cansada—. ¿Te ayudo a ir al salón?

—Puedo yo sola, no soy una inútil —dice refunfuñando.

—No lo digo por eso, pero una cosa sí que es cierta, mal genio tienes un rato.

—Pues mejor para mí, eso que me llevo. —Se atusa el pelo y camina despacio hacia el salón.

CAPÍTULO IV:

Abuela

Siempre que vuelvo a casa de mi abuela parece que el tiempo no pasa, todo sigue igual. Me gusta el olor a cera de los muebles y a lavanda de las sábanas. Llevo aquí tan solo un par de semanas y ya siento que no debo irme a ninguna parte. Hace tiempo que en casa son nada más que dos, mamá y la abuela, pero, sorprendentemente, la casa no parece vacía. Cuando mi padre aún vivía, la casa era un hotel rural. Sin embargo, tras su muerte, mi madre decidió que no podía seguir adelante con ello sola. Una verdadera lástima, porque ahora hay varias habitaciones que ya no se utilizan y permanecen cerradas. Cuando era pequeña me encantaba vivir en esta casa, siempre rodeada de gente nueva. No es por presumir, pero incluso algún que otro actor famoso tuvimos hospedado aquí. Supongo que lo que más echo de menos del hotel es en realidad que estábamos todos juntos... Pero bueno, las cosas ocurren así y como dice mi abuela cuando no le apetece seguir hablando de algo doloroso: «Corramos un tupido velo».

Aun así, después de la muerte de mi padre, mi madre continuó un tiempo con el hotel, pero cuando yo me marché a Madrid a vivir y la abuela empezó a ponerse peor decidió cerrarlo definitivamente. A las mujeres de mi casa no se les caen los anillos, trabajan duro para salir siempre adelante. Para mí son heroínas que luchan sacando todo adelante con esfuerzo y dedicación, nunca conformándose con lo socialmente establecido. Aunque, en los últimos tiempos, se nota el paso de los años en mi abuela; cada vez está más apagada y no tiene ganas de luchar, creo que ha tirado la toalla últimamente.

Hace poco cumplió noventa y dos años y, por desgracia, su cabeza y su cuerpo no tiran igual que antes. Mi madre hace todo en casa, además

cuida de ella, pero cada vez es más exigente y supone un sobreesfuerzo. A veces tiene días malos y no recuerda bien las cosas, lo que le hace desesperar. Se pone nerviosa, pierde el control y dice cosas que hieren, pero la realidad es que no es ella quien dice esas cosas, sino su enfermedad. Algunos lo llaman demencia; mi abuela, vejez y fuga de pensamientos. En sus propias palabras: «Llegará un día que ya no tenga nada en qué pensar y ese día será el final».

Esta noche no ha sido demasiado buena. La abuela no ha dormido prácticamente nada, tenía pesadillas y no dejaba de gritar. Mi madre y yo fuimos corriendo hasta su habitación para ver cómo la podíamos ayudar. Ella no me reconoció, pero sí a su hija. Al final, mi madre se tumbó a su lado y consiguió que se tranquilizase; hemos dormido las tres juntas en su cama. Mientras la abuela descansaba, la miré allí tumbada en esa enorme cama; en ese momento, me pareció muy pequeña y frágil. Tuve ganas de llorar, pero no lo hice. Mi madre me consoló con su mirada y dijo que la tormenta ya había pasado.

Temprano, en torno a las seis de la mañana, escucho jaleo de cacharros en la cocina y voy allí para ver qué ocurre.

—Mamá, ¿qué haces despierta tan temprano? —digo todavía con los ojos medio cerrados.

—Cada día duermo menos, estoy tan cansada... —Pone una cafetera italiana al fuego y se sienta en el taburete de la cocina—. Me ha dicho la abuela que estás leyendo el diario de la bisabuela.

—Sí, lo estoy leyendo con ella. Mamá, ¿por qué no me habías dicho que la abuela estaba tan mal?

—No quería preocuparte. —Mi madre se levanta y saca dos tazas, donde sirve el café—. Carolina, ¿por qué has vuelto a casa?

—No entiendo la pregunta. —Saco del armario unas magdalenas y las pongo en la mesa—. Ya lo sabes, porque Guillermo me engañó, he dejado mi trabajo y el piso, estoy desesperada... No lo sé, supongo que, por su culpa, odio el amor y todo lo que representa.

—Mira que eres dramática, hija. —Da un sorbo al café aun ardiendo sin

inmutarse—. Yo creo que has venido porque te sentías sola.

—No me gusta admitirlo, pero os echaba de menos. Y la verdad es que no sé qué hacer con mi vida en este momento. Me siento muy perdida.

—Qué gilipolleces dices... Puedes hacer lo que quieras. Busca trabajo. Puede que esto no sea Madrid, pero también hay colegios donde dar clases. Y por casa no será, la mitad de las habitaciones están cerradas. La casa cada vez es más grande y está más vacía.

—Tienes razón. Debería buscar algo por aquí y así podría ayudarte con la abuela.

—De la abuela me ocupo yo —dice mi madre zanjando el tema—. Pero, Carol, sí que quiero que leas con ella, está muy ilusionada.

Las dos desayunamos tranquilas, hasta que la abuela empieza a llamar a mamá sobre las ocho de la mañana para que fuera ayudarla a levantarse de la cama.

—Déjame a mí, mamá. —Me levanto de la mesa—. Así puedo leer con ella un rato y tú puedes descansar.

Recorro el viejo pasillo que va desde la cocina a las habitaciones mientras toco de manera infantil los muebles de madera de nogal; así hasta llegar a la habitación de mi abuela. Al abrir la puerta, parece que me está esperando.

—Buenos días, reina, ¿cómo has dormido? —Miro a la abuela, que está enrollada entre las sábanas—. Te has hecho un rollito...

—Tenía frío. —Su voz suena agotada—. Vamos a leer un rato, ¿te apetece?

—¿No quieres ir al baño primero?

—No, hija, no, primero seguimos con la historia y luego ya vamos al baño.

—A sus órdenes. —Salto a la cama con la lata de galletas y me refugio a su lado—. A ver, déjame un hueco.

—¿Por dónde íbamos?

—Espera un momento, creo que doblé la esquina de la página del diario...

Terminó de escribir y buscó un lugar donde guardar su secreto, aquel que no diría a nadie. Quería un lugar seguro para refugiar lo más profundo de su alma. Nadie debía saber lo que ella había vivido.

Después de pensarlo mucho, recordó una pequeña caja de metal de color rojo con flores blancas y amarillas, como la flor de la vainilla, que estaba en el armario. Carolina acercó el taburete y rebuscó entre el millar de cosas que allí tenía. Cuando al fin la encontró, bajó de un salto y fue a caer encima de la cama. Miró la caja con detenimiento y la abrió. En ese momento, Carolina sintió el aroma de las galletas que tiempo antes habían estado dentro. Olía a harina, a huevos, a leche, a vainilla y a canela, sus favoritas.

Aquel maravilloso aroma la llevó a doce años atrás en el día de su cumpleaños, cuando su abuela se la regaló junto a una muñeca de trapo con trenzas rojas. Era su décimo aniversario y ese día, sin duda alguna, había sido el día más feliz de su vida. Toda la familia se había reunido. Los pequeños jugaban, cantaban y corrían de un lado a otro de la casa, creando un gran alboroto a su paso; mientras, al otro lado de la sala, los adultos hablaban de cosas que solo ellos entendían.

Los hombres por un lado hablaban de temas que creían importantes, como la situación económica del país, discutían de política, se ofrecían tabaco, reían y bebían si parar. Las mujeres, por el contrario, se reunían en la cocina ayudando a preparar la merienda, aunque en realidad estaban esperando a que alguna se fuera al jardín para sacar sus defectos a la luz y poder cotillear a sus anchas. Aquello parecía una carrera de secretos, rumores y confidencias; todo se debía hacer mientras la «víctima» salía al jardín para dejar la bandeja en la mesa, un corto espacio de tiempo para tal sutil tarea. Una a una se iban turnando: salía su tía Carmen; después, salía su tía Carla; luego, su madre; más tarde, su prima Cristina... Aquello era un no parar.

Carolina lo observaba todo mientras sorbía con gracia su limonada. Se sentía como una espía, conocía los secretos de todas sus primas y tías, pues, tal y como decía su abuela, los niños son la inocencia y podían estar

presentes en todas las conversaciones porque no entendían nada ni sabían la verdad acerca de la vida.

Mientras recordaba todo aquello, un ruido proveniente del corredor interrumpió sus pensamientos. Eran pasos cortos y muy ligeros; seguramente era su madre. Rápidamente, metió la hoja de papel en la caja y la arrojó debajo de su cama. Por ahora, serviría como escondite; ya pensaría cómo guardarla mejor en otro momento. Se levantó con gran impulso de la cama, colocó la colcha y abrió la puerta.

—¿Carolina? Hija, ¿estás ahí? Contesta, niña. —La voz de su madre sonó como rota, seguramente por el cansancio.

—¡Sí! —gritó Carolina—. No subas más escalones, madre, que ya voy yo. — Bajó a gran velocidad por las escaleras y se chocó con su madre de frente —. Dime, madre, ¿qué quieres?

—Hija, pareces un torbellino, cualquier día te matas... Bueno, anda, vamos al salón. Te están esperando.

—¿Quién, madre? —dijo Carolina abriendo los ojos como platos. La mataba la curiosidad.

—Niña, todavía no lo conoces. Es un conde, hija, un hombre maravillosamente rico que desea conocerte. —Se giró para mirarla a la cara y le pellizcó las mejillas—. Así estás mucho mejor. Carolina, sé educada, por favor, y sonríe un poco, no quiero que te confunda con una acelga.

—Madre, te conozco y sé cuáles son tus intenciones. Estás buscándome esposo, ¿verdad?

—Qué bobadas, hija. Yo no te voy a obligar a nada, pero sí es cierto que, a tu edad, una chica debería casarse y formar una familia. Y qué mejor que un conde para ello. —Le guiñó un ojo y siguió de camino al salón.

En la mente de Carolina, en ese momento, solo existió un adjetivo para definir a su madre: «Manipuladora».

—Señor, aquí está mi hija, Carolina —le dijo al conde mientras tiraba del brazo de su hija para forzarla a saludar de manera formal y (según exigía el

protocolo) con una reverencia.

—Encantado de conocerla, señorita —dijo el conde mientras besaba en la mano a Carolina.

—El gusto es mío, señor... Disculpe, pero mi madre no me ha dicho su nombre. Porque tiene nombre, ¿cierto? —dijo Carolina mientras miraba fijamente a los ojos al conde. Ella no quería conocerle e iba hacer todo lo necesario para que se sintiese incómodo y se marchase lo antes posible—. ¿O debo llamarlo «conde»? —Y le dirigió una sonrisa inocente.

De repente, Carolina notó cómo su madre le dio un codazo en el costado. La situación era absurda, pero eso a Carolina le daba igual. No se iba a comportar de manera falsa solo por darle el gusto a su madre.

—Por supuesto que tengo nombre. —El conde dio un paso más hacia Carolina. La tenía muy cerca, podía oler su perfume a rosas—. Mi nombre es Liberto Oriundo.

—Disculpadme, pero tengo cosas que hacer —dijo la madre de Carolina—. Creo que será mejor que os deje solos. Le he dicho a Lisa que traiga un té, en seguida vendrá a servirlos. —Y, sin más dilación, se giró y salió del salón cerrando tras de sí la puerta.

—Creo, señor Oriundo, que mi madre nos ha hecho una encerrona. No sé qué le habrá dicho, pero yo no estoy buscando una relación y... —Carolina estaba abatida, no sabía qué más decir. Quería que el conde se fuera de su casa en ese mismo instante—. Como le iba diciendo, le agradezco su visita. No es mi intención ofenderle, pero... —Entonces, Liberto interrumpió con un gesto con la mano.

—Carolina, se está equivocando —dijo el conde con voz templada, aunque en el fondo le hizo gracia la ocurrencia—. No sé cuáles son las intenciones de su madre, pero yo solo he venido porque estoy buscando una ayudante con estudios y que conozca bien estos lugares. —Carolina quedó perpleja—. Me trasladé hace poco y me dijeron en la cantina del pueblo que usted era la única por esta zona que cumplía los requisitos y que, además, estaba buscando un trabajo. —La miró de arriba abajo rápidamente y se sentó en un viejo sillón cerca de la chimenea—. He venido a ver si era verdad todo lo que me habían dicho de usted, y veo que una cosa sí que es verdad.

—¿Cuál? —Carolina se acercó a la pareja del sillón situada al lado del conde y se sentó también—. ¡No se corte! Dígame, ¿qué es lo que hablan de mí en el pueblo? —Carolina empezó a enfadarse.

—Que es muy directa e impetuosa. —Y el conde empezó a reír—. También dicen que fue a Francia y que estuvo estudiando en una escuela de señoritas durante años.

—Sí, eso es cierto. Estuve en la escuela hasta los dieciocho años y luego estuve viviendo en casa de mi tía en París. Volví hace un par de meses al pueblo.

—Ya veo... —El conde hizo por finalizar su risa—. Es usted una joven preparada. ¿Estaría interesada en trabajar para mí? —dijo con gesto divertido.

—Depende de las condiciones. —Carolina necesitaba estar segura de qué era lo que le estaba ofreciendo—. ¿En qué consistirían mis tareas?

—Serían cosas sencillas... Tendría que ayudarme a llevar las cuentas de mi mansión, acompañarme a fiestas —Carolina arqueó una ceja— y, por supuesto, a cambio recibiría un sueldo considerablemente generoso. Además, tendrá derecho a un vestuario adecuado para los eventos, no tendrá de qué preocuparse. Eso sí, tendría que vivir en la mansión.

—¿Dónde se encuentra su mansión? —Demasiado bueno para ser verdad—. ¿Está muy lejos? He vuelto hace poco y no me gustaría perder el contacto con mi madre.

—La entiendo perfectamente. Eso no será problema, la mansión se encuentra cerca, al otro lado de la montaña, a pocas millas de su pueblo.

—Bien, entonces podría visitar a mi familia siempre que lo desee, ¿no?

—¡Por supuesto! Ya le he dicho que no pretendo separarla de su familia. —El conde levantó una ceja de manera interrogante—. ¿Cuento con usted o no?

—Supongo que sí...

—¡Bien! Pues me marcho —dijo el conde levantándose del sillón—. Tengo muchas cosas que hacer. Soy un hombre muy ocupado. Ha sido un placer.

—Y se dirigió hacia la puerta de salida.

—Disculpe, no me ha dicho cuándo empiezo.

—¡Ah, es verdad! Empieza mañana. Vendrán a buscarla temprano —dijo el conde mientras hacía una graciosa reverencia con el sombrero, cerrando la puerta tras sí.

—Pero, pero... —Carolina no pudo acabar la frase—. No tengo tiempo que perder.

Sin lugar a duda, el conde era un hombre apuesto; tal vez el más atractivo que Carolina había visto jamás. Por lo poco que dejó entrever la camisa, pudo comprobar que estaba bien musculado. Además, tenía una mirada arrebatadora con esos ojos color miel y una sonrisa perfecta y juguetona que prometía cosas inconfesables. Era un hecho que la muchacha se había fijado al detalle en el cuerpo del conde. Durante la conversación, no pudo dejar de observar su masculinidad patente por los estrechos pantalones que llevaba; solo esperaba que él no se hubiese dado cuenta de su indiscreción.

Sin embargo, Carolina se sentía como una boba por pensar todo aquello, puesto que, a partir del día siguiente, ese hombre iba a ser su jefe. Ella se consideraba una mujer libre que no dependía de nadie (y menos aún de un hombre). Jamás en la vida se vería enredada en los inciertos caminos del amor que hace caer los más fuertes ideales. Ella no, ella nunca dejaría de ser una mujer independiente.

En ese momento, se abrió la puerta del salón. Era Lisa, la cocinera, que traía una bandeja con té y pastas.

—Señorita, traigo lo que me pidió. —Miró a un lado y a otro desconcertada—. Pero... ¿dónde está el señor? ¿Se ha marchado ya?

—Se acaba de ir, tenía prisa —dijo Carolina mientras ayudaba a Lisa a colocar la bandeja encima de la mesita auxiliar—. Ya puedes dejar de buscarle, que no está escondido. Voy a hacer la maleta; mañana comienzo a trabajar en la mansión. ¿Me ayudas?

—Claro que sí, cariño. Luego recojo esto. Vamos a tu cuarto y me terminas de contar eso del trabajo... —dijo Lisa con picardía.

—Muy bien. Vamos a buscar a mi madre y os lo cuento a las dos a la vez.

Lisa vivía con su madre desde antes de que ella se marchara a París. Tras la muerte de su padre, Lisa se había convertido en el mayor apoyo de su madre, y para Carolina también era como de la familia. Los lazos de sangre a veces no son tan fuertes como el cariño sincero que te puede dar un amigo. La familia la elige uno mismo y no viene determinada por el parentesco, eso está claro, y Lisa lo había demostrado con creces. Al no tener hijos ni familia cerca, ella se había volcado en el cuidado de la casa y de su madre. No sabían hacer cosas la una sin la otra, conocían cada pensamiento con una simple mirada, sabían muy bien cuándo debían guardar silencio para no ofenderse y cuándo decirse las cosas a las claras, sin tapujos. Carolina sabía que la relación entre aquellas dos mujeres estaba repleta de amor, amor no convencional ni escrito en los libros. Aquello era un amor verdadero, un amor sin mentiras, con respeto mutuo. Aquellas mujeres no podían vivir la una sin la otra y Carolina lo aceptaba; sabía que, si nadie lo entendía, no importaba, porque en esa casa lo que existía era algo muy difícil de conseguir; eran compañeras de alegrías y desgracias. Para la joven, era suficiente con saber que su madre tenía un pilar en el que sujetarse y con quien compartir sus días, sus aficiones. Si era feliz... Eso al final era lo que importaba.

—No lo sé, Carolina, una maleta solo es poca cosa y no sabes cuánto tiempo vas a estar trabajando en la mansión —dijo la madre de Carolina.

—Tiene razón tu madre, Carolina. Mete más ropa de abrigo y menos libros —dijo Lisa mientras cogía uno de los libros de la maleta—. ¿Para qué necesitas esto?

Carolina le quitó el libro de las manos a Lisa con recelo y volvió a meterlo a la maleta.

—Este es esencial —dijo—. Es mi libro de cálculo. Hace mucho que no le echo un vistazo y a lo mejor lo necesito en algún momento. —Miró a su madre, que parecía agobiada—. Mamá, deja de poner cara triste. Estaré cerca y vendré a veros en cuanto pueda.

—Lo sé, cariño... Aun así, te echaré de menos. Tu padre estaría orgulloso de verte ahora, ya eres una mujer. —Tenía los ojos vidriosos, a punto de

echarse a llorar.

—Siempre le das el mismo discurso a la niña —dijo Lisa con desesperación—. Por lo menos ahora se va cerca. Le esperan aventuras y debemos estar felices por ella. Nuestra pequeña sabe muy bien cómo cuidarse. —Aun así, ella también estaba a punto de llorar.

—Por favor, dejadlo ya las dos, me vais a hacer llorar a mí también. — Carolina se acercó a ambas y las abrazó—. Anda, ayudadme a cerrar la maleta. Creo que habéis metido demasiadas cosas.

Entre las tres cerraron la maleta (no sin dificultad) y bajaron a la cocina a preparar la cena. Durante esta, estuvieron hablando sin parar de la nueva vida que le esperaba a Carolina. Su madre insistía en lo guapo que era el conde y el buen partido que sería para cualquier muchacha. Las tres se miraban y reían; existía complicidad entre ellas. La noche estaba animada y ya se habían terminado la botella de vino.

—Carol, para aquí, necesito ir al baño. —La abuela aparta las sábanas y va hasta la orilla de la cama—. Ayúdame a ponerme las zapatillas.

Con trabajo, llevo a mi abuela al baño para, posteriormente, ir a la cocina, donde está mamá esperando para hacer el desayuno.

—Mamá, ponme otro café, por favor, que me voy a poner a mandar currículos por la zona a ver si suena la flauta.

—Esa es la actitud —dice mi madre—. Seguro que en pocos días estás trabajando.

—Una cosa más, mamá. ¿Te parece bien si me quedo de momento con el viejo despacho y pongo allí mi ordenador y demás?

—Claro, como quieras. Pero tendrás que limpiarlo a fondo, ya sabes que hace mucho que no lo utilizo. La última vez me pareció ver una cucaracha y todo.

—¿De verdad, mamá? ¿Una cucaracha?, ya sabes el asco que me dan. Si me escuchas gritar, ya sabes por qué. —Me marchó de la cocina con picores solo de pensar en lo que me pueda encontrar en el despacho.

CAPÍTULO V:

Un nuevo trabajo

Puede que no haya sido buena idea empezar a limpiar el dichoso despacho. ¡Está lleno de polvo! Por suerte, a este lado de la casa llega el wifi, ¡menudo milagro! Abro las ventanas y dejo que entre el aire y la luz a la habitación. Me da la sensación de que el ambiente está cargado; aún puedo oler el tabaco de pipa de mi padre. De momento, no he visto ningún bicho campando a sus anchas por la habitación, aunque eso no quita que tenga mil ojos cada vez que levanto algo... Estoy tensa solo de pensar que puedan salir de sus escondrijos. Llevo un bote de insecticida y, a cada paso que doy, lo pulso con ganas; como siga así, me ventilo el bote en nada, y lo mismo los bichos no se mueren, pero yo sí por una intoxicación.

Han pasado bastantes años ya desde la muerte de mi padre, pero me sigue pareciendo que en cualquier momento cruzará la puerta con sus gafas de pasta marrones, sus vaqueros y la camisa de cuadros que solía llevar. Un hombre que era hípster de nacimiento, ajeno a las modas y con su propia manera de ver la vida. Mi padre no necesitaba nada, parecía que se alimentaba de café negro, del tabaco de su pipa y la prensa de la mañana. Bueno, y del hotel. Se podría decir que se trataba de una afición más que un trabajo. Siempre lo teníamos al completo y cerrábamos los meses con antelación por la demanda. Siempre he fantaseado con la idea de volver a levantar el negocio; de hecho, tengo algunos bocetos desarrollando mi idea, con una nueva decoración, dando un lavado de cara al hotel. Tal vez algún día.

Ahora estoy aquí, viendo su viejo ordenador encima del escritorio de madera color caoba y, realmente, no sé qué debo hacer. De momento lo quitaré y limpiaré la madera para poner mi portátil y la impresora multifunción. Al botón del mismo color le paso un trapo y sacudo la

tapicería color mostaza. Con esto servirá por ahora. En las esquinas de la habitación hay libros apilados. No sé si dejarlos ahí o mejor llevarlos a la biblioteca al otro lado de la casa y ordenarlos en otro momento... Creo que voy a necesitar armarme de paciencia para limpiar esta habitación.

Me siento en el butacón abrumada por tanto trabajo y enciendo el ordenador. Debería pensar qué tipo de trabajo quiero... En realidad, no sé si quiero seguir dando clases... Pero, entonces, ¿a qué me dedico? Miro en el tablón de anuncios del pueblo las posibles opciones que publica el ayuntamiento en su web y, para mi sorpresa, hay una posible vacante en una librería de cuentos infantiles abierta recientemente en la zona. Mando el currículo pensando que no voy a conseguir nada y cierro el ordenador. La verdad es que las ofertas que he visto no encajan demasiado con mi perfil... Esta semana iré a dar una vuelta por el pueblo y veré si hay más opciones; aquí siempre ha funcionado el boca a boca. De momento, voy a seguir ordenando el despacho y ver si puedo avanzar algo en este desorden.

Mientras maldigo, me subo a una escalera y quito —no sin dificultad— las cortinas mostaza de la habitación. Parecen de otro siglo y están muy sucias; creo que hasta pueden tener su propio ecosistema. Estas caen al suelo y crean una nube de polvo enorme que me hace toser con ganas. En ese momento, escucho cómo se abre la puerta. Me giro y veo a mi abuela en bata con la lata de galletas en las manos.

—¡Abuela! ¿Cómo has subido la escalera? —Bajo corriendo—. Podrías haberme llamado.

—He pensado que necesitarías ayuda. —Deja la lata de galletas en la mesa y se sienta en la butaca que hay al otro lado—. Hay que ver la mierda que tenía tu padre en este cuarto... —dice mientras mira a su alrededor.

—Ya lo sé, es horrible. De momento solo he amontonado los papeles viejos que no sirven de nada, algunos periódicos para tirar a la basura y he limpiado un poco los muebles. —Suspiro abrumada—. Pero hay tarea para rato...

—Los libros llévalos a la biblioteca —dice señalando los montones—. En realidad, está todo para tirar.

—¿Crees que a mamá le parecerá bien si tiro algunas cosas de este cuarto?

—Tengo mis dudas.

—Sí, hija. Además, le harías un favor, porque ella no ha sido capaz de entrar al despacho desde su muerte.

—Anda, vamos a cambiar de tema... ¿Qué te parece si seguimos un poco con la historia? Además, has traído la latita... —Me dejo caer en el butacón y cojo la lata para seguir por donde lo habíamos dejado—. A ver, a ver...

Al día siguiente, a Carolina le costó bastante desperezarse. Sentía un intenso dolor de cabeza y tenía resaca. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien; sin lugar a duda, echaría de menos a esas dos brujas entrañables que tenía como única familia. Cuando por fin consiguió levantarse de la cama, abrió la ventana y sintió el aire entrando e inundando su alcoba mientras observaba los matices naranjas y amarillos fundiéndose en el cielo al amanecer.

Tras lavarse y acicalarse con esmero, Carolina bajó a la puerta de la calle a esperar a que llegara el coche. Pero justo cuando estaba a punto de abrir la puerta, se acordó de que no llevaba consigo la lata de galletas y subió corriendo a su habitación, tardando apenas un segundo en entrar y salir. Antes de volver a bajar a la calle, pasó por el cuarto de su madre y de Lisa para dar un último vistazo, a modo de despedida. Tal y como habían acordado las tres la noche anterior, no se levantarían de la cama, pues a Carolina la entristecían mucho las despedidas.

La muchacha bajó corriendo las escaleras y salió a la calle. Pocos minutos después, llegó el coche.

—Encantado de conocerla, señorita. Me llamo Isidoriano, aunque me puede llamar Isi. Soy el chófer del señor. —Miró el escaso equipaje de Carolina—. ¿Solo lleva esa maleta?

—Sí, me gusta viajar ligera.

—Bueno, pues entonces vamos. La mansión no está lejos, pero se tarda en llegar; el camino está en muy mal estado y las lluvias lo complican.

Durante el trayecto, aquel hombre bajito no paró de hablar de esto y de aquello. Era muy agradable.

—Perdone, parece que sabe mucho de estos lugares —dijo Carolina—. ¿Es acaso usted de por aquí cerca?

—Pues la verdad es que sí, señorita. Vivo en la mansión desde que tengo uso de razón. Mis padres sirvieron a los padres del conde y ahora yo le sirvo a él.

—Ah, entiendo... ¿Y está casado?

—¡Por supuesto! Estoy casado con la mujer más maravillosa del mundo y la mejor repostera del condado. Ya lo comprobará dentro de muy poco. Cuando lleguemos, mi esposa le hará su famosa tarta de queso. Al conde le encanta.

—No es necesario que se moleste...

—¡No es molestia! Además, creo que ya ha hecho una para darle la bienvenida. A Clara le encanta demostrar lo buena que es en la cocina. Es un poco presumida... —Isi la miró y le guiñó un ojo—. Pero no le diga que yo se lo he dicho o me caerá una regañina.

—Ja, ja, ja... No se preocupe, su secreto está a salvo.

Carolina siguió disfrutando del paisaje y la agradable conversación que Isi le ofrecía durante todo el camino. Cuando se quiso dar cuenta, ya había llegado a su destino. El tiempo se le había pasado volando; el señor Isidoriano era de lo más adorable.

—Bueno, ya hemos llegado, señorita —dijo Isi frenando suavemente.

—Sí, ya veo. Esto es impresionante.

Frente a ella, había una enorme mansión de piedra. Parecía un castillo, incluso tenía un torreón precioso. Todo a su alrededor era verde, había flores y fuentes, como sacado de un cuento medieval.

—El señor la espera en la entrada. No se preocupe por su equipaje, enseguida lo llevo a su habitación.

—Muchas gracias por todo —agradeció Carolina con una sonrisa.

—De nada, señorita, ya nos veremos. —Isi hizo una pequeña reverencia.

Carolina caminó hasta el umbral de la enorme puerta y entró en lo que parecía el recibidor, aunque se asemejaba más bien a un enorme salón. Allí la esperaba el conde, con su porte elegante y esa sonrisa divertida que desde el día anterior se había dibujado en su hermoso rostro.

—Encantado de volver a verla. —El conde la miró a los ojos—. ¿Qué tal el viaje?, ¿ha sido de su agrado? Espero que Isidoriano no le haya aburrido durante el trayecto; a veces es imposible hacerle callar. Una vez, lo pillé hablando con una estatua en la plaza del pueblo.

—Al contrario. Ha sido muy amable y la conversación me ha parecido de lo más gratificante.

—Bueno, entonces me alegro. —El conde aclaró su garganta—. En primer lugar, le voy a mostrar su habitación. Por aquí, por favor.

Ambos subieron por una hermosa escalera de mármol. Carolina se fijó en los maravillosos pasamanos dorados, en el detalle floral que tenía delicadamente dibujado. Y en el conde también.

—Ya veo que le gusta la escalera. —Carolina se apartó del pasamanos sorprendida—. Es muy bonita, ¿verdad?

—Sí, es preciosa. Nunca había visto un pasamanos tan original.

—De eso estoy seguro. Es único, no existe otro igual. Lo diseñó mi madre cuando vino a vivir aquí con mi padre. Al parecer, era artista; o eso dicen quienes la conocieron.

—¿Acaso usted no la conoció?

—No tuve el placer, pero me hubiera gustado mucho. Creo que era una persona sorprendente, siempre creando cosas nuevas. Murió cuando yo nací.

—Lo siento, tuvo que ser difícil para usted criarse sin conocer a su madre.

—Bueno, yo no diría tanto. —El conde arqueó las cejas—. Fui un niño feliz. Conservo los bocetos que ella hacía, tal vez se los enseñe un día.

En realidad, Liberto no entendía por qué le estaba contando eso a ella. Era

una desconocida y él nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a sus amistades más allegadas; ni siquiera a sus amantes.

—Me encantaría verlos...

—Si no le parece mal, llámeme Liberto, señorita.

—De acuerdo, Liberto. Estaría encantada de ver los bocetos que hizo su madre. Cuando estuve en Francia, di algunas clases de dibujo clásico. —Ella le miró dubitativa y, finalmente...—. Puede llamarme Carolina usted también.

Se produjo un silencio entre ambos mientras se miraban fijamente el uno al otro. Y lo que parecía ser un acercamiento entre los dos se convirtió en un momento tan íntimo como embarazoso... Rompieron el momento fugaz y prosiguieron su camino. Cuando llegaron a la planta de arriba, la muchacha quedó asombrada por las numerosas puertas que había en aquel enorme pasillo, así como por los tapices bordados en oro y las singulares escenas que en ellos se representaban (casi todos eran paisajes o escenas de caza). También se fijó en las lámparas de pequeños cristales que colgaban del abovedado techo.

Siguieron caminando hasta llegar a una bonita puerta labrada que tenía el extraño dibujo de una rosa enredada en la letra J.

—Esta era la habitación de mi madre, Julia. A partir de hoy, será la tuya, Carolina. —El conde giró el picaporte de la puerta y la abrió—. Espero que todo sea de tu agrado.

—No tenía por qué...

Carolina se quedó boquiabierta al traspasar la puerta. En aquella habitación todo era perfecto. Estaba decorada con exquisito gusto y hasta el mínimo detalle. Había una enorme ventana con cortinas azules de seda, a juego con la cama. Desde la ventana, abierta, se veían los jardines de la mansión.

—Muchas gracias. Es maravillosa. —Carolina estaba encantada.

—Carolina, lo único que pretendo es que se sienta cómoda. A partir de hoy (y espero que por mucho tiempo), este será su hogar. Si necesita algo,

cualquier cosa, solo tiene que pedírmelo. Mi habitación es la contigua a esta; era la antigua habitación del conde.

—Ya entiendo, gracias. —Por un momento, pensó en la proximidad del conde, que se encontraba a solo un paso de ella, y se ruborizó—. No hacía falta que me instalase en esta alcoba. Podría dormir en cualquier otra.

—¡Qué tontería! Le recuerdo que hace muy poco que estoy aquí y la mansión necesita ciertas reformas. Así que no piense mal, aquí estará mejor que en cualquier otra de las habitaciones de la mansión. Estas son las únicas habitaciones que no tienen humedad. —La miró a los ojos y sintió la incomodidad de ella.

—No quería ofenderle... Perdone si le he molestado, no era mi intención.

—Bueno, la voy a dejar sola un rato para que se acomode. Ahora vendrá Amalia y le ayudará con el equipaje. —Al conde le temblaron las manos. Aquella chica le desconcertaba de una manera inimaginable. No era lo que se decía una belleza, pero tenía algo que le inquietaba; tal vez que decía todo lo que se le pasaba por la mente—. Nos vemos a la hora de la comida.

Carolina se había percatado del temblor de sus manos. ¿Qué le pasaría al conde, por qué se pondría tan nervioso con su presencia? Empezó a pensar que el conde era un tipo de lo más extraño.

Liberto bajó rápidamente por la escalera y llamó a la señora Amalia, el ama de llaves de la casa.

—Dígame, señor, ¿a qué vienen tantos gritos?, ¿qué desea?

—La... La... —dijo fatigado a causa de la carrera que se había dado.

—Respire, hijo, que no le entiendo. —Amalia le tocó el hombro en un gesto maternal—. Dígame, ¿qué quiere?

—La señorita ha llegado. Está en su habitación esperándola para que la ayude con el equipaje. Le he dicho que la veré a la hora de la comida.

—Muy bien, chiquillo. ¿Y tantos nervios por eso? Cualquiera diría que esa muchacha le gusta, ¿es así? —dijo Amalia sonriendo, y le pellizcó el moflete como solía hacer cuando era pequeño—. Dentro de un rato bajaré con ella. Ande, hágame un favor y arréglese un poco.

Mi móvil empieza a sonar, interrumpiendo la lectura tan interesante como se estaba poniendo.

—Abuela, espera, voy a contestar. —Miro la pantalla para ver quién leches es—. No conozco el número; seguro que es publicidad.

—Contesta, no vaya a ser algo importante —dice la abuela.

—Bueno, vale, a ver quién es. —Deslizo el dedo para contestar.

—Hola, ¿Carolina?

—Sí, soy yo, dígame.

—Te llamo por una oferta de empleo en la que te has interesado esta mañana, en relación con un puesto en mi librería infantil.

—Ah, sí, es verdad. —Mi cara cambia 180 grados.

—¿Sigues interesada?

—Sí, claro, si las condiciones son las de la oferta...

—Por supuesto. Pues si te parece bien, pásate por aquí mañana a las diez y nos conocemos.

—Muy bien. ¿Me podrías mandar la ubicación por el móvil? Y, por cierto, ¿por quién debo preguntar?

—Claro que sí. Estamos justo al lado del ayuntamiento. De todos modos, ahora te paso la ubicación. ¡Ah! Y pregunta por Gabriel, que soy yo. —Y suelta una risa.

—Muy bien, pues entonces nos vemos mañana a las diez, Gabriel. Y muchas gracias por llamar.

—Gracias a ti. Hasta mañana.

Cuelgo el teléfono y sonrío al aire. Al menos era un trabajo y puedo seguir adelante.

—Abuela, me han llamado para trabajar en una librería infantil que hay en el pueblo.

—¡Muy bien, hija! Vamos a decírselo a tu madre y luego seguimos leyendo.

CAPÍTULO VI:

La decisión

Estoy nerviosa: mañana tengo la entrevista de trabajo. Mamá y la abuela parecen animadas. No es el trabajo de mis sueños, pero no tengo la necesidad de más; además, ¿cuál es realmente el trabajo de mis sueños? Supongo que, si pudiera, volvería a abrir el hotel y le daría mi toque personal, tal vez haría eventos, no lo sé... Soñar es gratis. De momento, me tendré que conformar con la librería; al fin y al cabo, solo quiero una ocupación para poder quedarme en casa con ellas.

Después de la llamada de la entrevista recibí un WhatsApp de Guillermo diciéndome que le gustaría quedar para hablar y que me echaba de menos. ¡Qué casualidad, hombre! A lo mejor la rubia fitness le ha dado la patada. No era el momento de pensar en él, así que le mando un último mensaje que dice: «Tienes que aprender a dejar la mesa cuando el amor ya no se sirve». Puede que no sea una de sus citas favoritas mindfulness, pero es una frase de Nina Simone; en mi opinión, una cantante fantástica, pero, sobre todo, una tía con un par de ovarios. Miro el mensaje por última vez y bloqueo su contacto para no recibir más mierdas que acaben con la poca tranquilidad emocional que me queda. Tema Guillermo queda oficialmente finiquitado. Lo siento, Señor Té Verde, tengo mejores cosas en las que pensar en este momento de mi vida y, querido, ya no eres el centro de mi universo.

Dejo el móvil en el lavabo de mármol blanco y abro el grifo de la bañera de patas para que se vaya llenando de agua caliente. Hoy me merezco un baño de espuma más que nunca. He encendido hasta unas velas de lavanda que tenía en mi habitación para relajar el ambiente. Aún tengo picores después de limpiar el despacho, pero creo que lo he dejado bastante presentable. Aunque al final recibí una visita inesperada al

levantar los libros. Digamos que he perdido los papeles entre gritos y saltos infantiles, hasta que, al final, mi madre ha subido con una zapatilla en la mano y ha aplastado a la cucaracha contra el suelo. Se me pone la piel de gallina al recordar el ruido tan asqueroso...

Me desnudo frente al espejo y, a decir verdad, no me veo nada mal. Vale, puede que no sea una modelo, pero en general me siento bien conmigo misma. Es cierto que debería perder un par de kilillos, pero para ello tengo que renunciar a los guisos de mi madre, y no es el momento.

Me encanta este baño, parece salido de otra época. Cuando mis abuelos hicieron la reforma, lo mantuvieron casi en su estado original. El suelo es un juego de ajedrez de baldosas blancas y negras, los grifos del lavabo y de la bañera son dorados, al igual que los focos de luz y el marco del espejo. Supongo que lo que más me gusta es que tiene una ventana desde donde se puede ver todo el jardín y, por las noches, puedes observar las estrellas. De pequeña pasaba horas aquí sumergida en el agua jugando con mis muñecas, hasta que tenía las yemas de los dedos arrugadas como garbanzos; era justo en ese momento cuando debía salir del agua, esa era la norma. Si lo pienso, he sido una privilegiada, siempre rodeada de mimos por parte de mis padres y abuelos. Ensimismada en mis recuerdos, cierro el grifo y pongo una pequeña bomba de jabón que me regalaron unos amigos en mi último cumpleaños. Me quito la coleta que llevaba, dejando mi pelo libre, y me meto dentro de la bañera. Necesitaba esto más que nada en este mundo; hoy ha sido un día difícil. Mientras disfruto del baño caliente, pienso en todo lo que ha pasado por la tarde.

Esta tarde, la abuela ha empezado a empeorar. Estábamos merendando un bizcocho buenísimo que había sacado mi madre del horno y se me ocurrió hacernos una foto las tres juntas en el escaño de la cocina. Al enseñarle la foto a la abuela, me ha preguntado que quién era esa señora que estaba sentada a mi lado. Cuando le he contestado que era ella, se ha enfadado mucho; pensó que me estaba riendo de ella. Al principio creía que era una broma, pero, al ver que no era así, he intentado cambiar de tema. A los pocos minutos, la abuela ya no recordaba lo que estábamos haciendo y se ha levantado para dar un paseo por el jardín. Mi madre se pasa el día vigilando a mi abuela constantemente y eso le genera un desgaste físico y

mental enorme, que solo las personas que se dedican a cuidar de alguien dependiente lo pueden entender. Soy consciente de que está preocupada; la abuela ya no es la misma, se está apagando.

Estábamos las dos en la cocina y la abuela llevaba ya un rato en el jardín sentada. Mi madre miraba por la ventana para no perderla de vista, aunque le da su espacio.

—Carol, empieza a hacer frío. ¿Por qué no coges una chaqueta y traes a la abuela? —me sugiere mamá.

—Sí, ahora mismo. —Miro por la ventana para ver dónde está la granuja—. ¿Qué hace sentada en ese banco?

—Seguramente no sabe dónde se encuentra —dice tajante mamá, a punto de llorar—. Si necesitas ayuda, me avisas y salgo yo.

—No, tranquila. Puedo yo.

La abuela sigue inmóvil, sentada en el banco de piedra, rodeada de árboles centenarios y con la mirada distante; parece que se ha marchado a otro mundo. Voy a por ella y la ayudo a entrar en casa a la vez que le doy una chaqueta. Se levanta del banco y se pone la chaqueta de forma automática. Creo que no me reconoce. Sonríe de manera infantil y me pregunta la hora. Le digo que son casi las siete y media de la tarde.

—¿Y mi nieta aún no ha venido? —pregunta la abuela extrañada—. Creía que hoy estaría en casa.

—Abuela, soy yo, Carolina.

—¡Qué casualidad! —Dibuja una enorme sonrisa—. Te llamas igual que mi madre y que mi nieta.

—Venga, abuela, vamos a casa y seguimos un rato leyendo.

Sin poder evitarlo, noto cómo mis mejillas se van mojando por las lágrimas que sorbo como puedo, intentando disimular. Da igual que mañana me guste más o menos el trabajo, tengo que cogerlo para quedarme aquí con ellas. Ahora no puedo dejarlas solas.

Entramos directamente al salón, que tiene la chimenea encendida, y siento a la abuela en el sofá. Después, alcanzo la lata de galletas y me coloco a su

lado.

—Abuela, voy a seguir leyendo por donde lo dejamos. ¿Te parece bien?

Ella asiente y acaricia mi pelo. Creo que ha vuelto por unos instantes.

Empiezo a leer...

Cuando llegó a la puerta, Amalia entró y vio cómo la joven doblaba la ropa con gracia y la metía en una de las cómodas blancas. Se acercó con sigilo y le dio unos golpecitos con la mano en el hombro para que la muchacha se girase.

—Perdone, no me había dado cuenta de que estaba aquí. Usted debe ser Amalia, ¿me equivoco?

Amalia era una mujer gordita, con el pelo blanco recogido en un moño acoplado con una simple redecilla y unos mofletes rojos que le daban a su cara un aspecto de pura simpatía y bondad.

—La misma —contestó con una sonrisa—. Me dijo el señorito Liberto que necesitaba ayuda con el equipaje, pero ya veo que se las apaña muy bien usted sola. —Abrió el armario y se percató de que no había metido nada nuevo en él—. ¿Se ha fijado en los vestidos que el conde le ha comprado, señorita?

—¿Qué vestidos? —Carolina no miró a la ama de llaves al contestar, absorta en su equipaje—. Ni siquiera he abierto el armario. —Terminó de doblar su ropa y cerró la cómoda. Fue entonces cuando se dio la vuelta y dirigió su mirada a Amalia.

—Entonces, ¿a qué espera? Mire, estos son los vestidos que el conde le ha comprado. —Amalia repasó suavemente con la mano los ropajes allí tendidos—. Y ya que veo que trae poco equipaje, supongo que dentro de nada se tendrá que comprar algo más de ropa, ¿no cree, querida?

Carolina se quedó sorprendida al ver tres bonitos vestidos de fiesta con todos los complementos, además de un par para montar a caballo, con botas y zapatos a juego.

—Son una verdadera maravilla. —Carolina se acercó al armario y ojeó los vestidos—. Pero tal vez no me sirvan, ha sido un error comprarlos sin

conocer mis medidas...

—Querida, te equivocas. —Amalia dejó escapar una pequeña carcajada—. Están hechos a tu medida, tal y como nos dijo tu madre la semana pasada.

—¿Mi madre? —¿De qué era capaz aquella manipuladora a la que llamaba «mamá» por verla casada?—. Así que lo tenía todo planeado...

—No se enfade, querida. —Amalia giró a la joven para mirarla a los ojos—. El fallo ha sido mío, tengo la lengua muy larga.

—Yo creía que era libre para decidir, pero, al parecer, todos tenían planeado que yo acabaría aquí trabajando. —Por un momento, Carolina sintió estar viviendo una gran mentira, estaba confusa y cabreada—. No se preocupe, Amalia, usted no tiene la culpa.

—Piense que, si en algún momento le disgusta trabajar en la mansión, podrá marcharte sin más —dijo Amalia con tono fluctuante—. Además, nadie le ha obligado a trabajar aquí. —Amalia tocó la cara de Carolina con ternura y le quitó una de las lágrimas que resbalaba por su mejilla—. Ya verá como esto le gusta... ¡Venga, Pruébese uno de los vestidos para el almuerzo! Creo que va a empezar hoy mismo a trabajar. El conde necesita su ayuda para sacar la mansión adelante.

—Prefiero ponerme uno de los vestidos que he traído yo.

—Como prefiera. Pero déjeme al menos que le ayude y le prepare el baño. —Amalia cogió la mano de la joven entre las suyas—. ¿Sabe? Hace mucho tiempo que esta anciana no peina a una joven tan hermosa como usted.

La mujer soltó sus manos y, en lo que dura un pestañeo, comenzó a preparar el baño. Carolina no pudo hacer otra cosa que disfrutar del aroma a rosas del agua caliente que abrazaba su piel. Una vez aseada, se puso el mejor vestido que había traído, color guinda. Amalia no la dejó un minuto sola, peinando con delicadeza sus cabellos castaños y trenzándolos con una cinta roja poco más fuerte que el color de su vestido. Cuando por fin pudo mirarse al espejo, Carolina se vio verdaderamente atractiva, con una estrecha cintura que no sabía que tenía y un sugerente escote, demasiado atrevido para su gusto.

—Mírese, ¡está preciosa! En verdad, este vestido es muy bonito —dijo

Amalia casi con lágrimas en los ojos, muy emocionada.

—Me lo regaló mi tía en París y todavía no lo había estrenado. —Carolina se miraba una y otra vez en el espejo, delante, detrás, por todas partes.

—Pues me parece que ha elegido una magnífica ocasión para estrenarlo.

Al bajar al salón, Carolina encontró al conde tan inquieto como de costumbre, con las manos cruzadas y titubeantes. Al pasar por la puerta, Liberto se levantó con impulso y le dedicó su mejor sonrisa. Aquel vestido rojo le favorecía mucho, quedando sorprendido por la belleza de la muchacha.

—Veo que no ha estrenado ninguno de los vestidos que le he regalado —se percató rápidamente el conde—. ¿Acaso no son de su gusto? Si es así, puede decírmelo, sin ningún compromiso...

—Digamos que no me gustan los vestidos elegantes y bordados de mentiras.

—Explíquese mejor, porque no le entiendo... —El conde quedó perplejo por la respuesta.

—Tal vez sea usted el que me tiene que explicar muchas cosas. ¿Cómo sabía mis medidas? ¿Sabe hacer usted magia y no me lo había dicho? —Carolina sacó su enfado a escena.

—Seguro sabrá que no soy ningún mago y que fue su madre la que me dio toda la información. ¿Hice mal en preguntar? —Aunque intentaba mantener la compostura, el conde era en su interior un manojo de nervios e inseguridad.

—¡Claro que hizo mal! ¿Acaso cree que soy estúpida? Es usted un arrogante y un pretencioso. —Carolina se acercaba cada vez más a él—. ¿Cree que tiene disposición de hacer y deshacer a su antojo, así, sin consultar?

—No veo el problema... Al final vino y, en realidad, sí que le consulté. —Le estaba costando capear el temporal.

—¿Y si le hubiese dicho que no? —Carolina elevó la voz.

—¡Sabía que me iba a decir que sí! —Y explotó. Sus ojos parecían

divertidos—. ¡No suelo equivocarme!

—Eres un egocéntrico. —Carolina terminó por acercarse a él hasta tener incómodamente cerca de su boca sus labios hablando por sí solos y, con voz calmada pero firme, dijo—: Me marchó.

Carolina salió de la sala; no tenía ningún sentido seguir aquella discusión. Desde el mismo momento que cruzó la puerta, se dio cuenta de que necesitaba un trabajo. Aquel era de ensueño, pero no podía dejarse pisar por un hombre. Liberto, con su cara perfecta y su cuerpo irradiando masculinidad, le atraía sin poder controlarlo. Le quemaba por dentro saber que ese hombre le gustaba (y mucho), aun sabiendo que había planeado todo de antemano con su madre a escondidas.

Cuando llegó a su habitación, cogió su vieja maleta y comenzó a meter sus libros y ropa de mala manera. Estaba rabiosa, furiosa, tenía ganas de llorar y gritar al mismo tiempo. Pero no lo hizo. Se sentó en la cama y contó hasta diez.

Liberto, en el salón, se pasó las manos por la cabellera impotente. Por fin, después de tanto tiempo, había conseguido que Carolina estuviese allí a su lado. Ella no lo sabía, pero él llevaba demasiado tiempo buscándola, había recorrido muchos lugares y, cuando ya la tenía en su casa, lo había fastidiado todo por unos simples vestidos. El conde miró a un lado y a otro de la habitación y pensó que lo mejor que podía hacer era ir a buscarla y disculparse. Aunque tuviera que arrastrarse, no dejaría que ella se marchara de nuevo. Esta vez, todo tenía que salir bien. La necesitaba.

Liberto subió corriendo las escaleras y llegó a la habitación de Carolina, abriendo la puerta con fuerza.

—Estás aquí todavía... —La voz del conde sonó sofocada—. Creí que te habrías marchado sin tus cosas.

—Son mías. —Carolina seguía muy enfadada—. Creo que puedo llevármelas. —Metió unas medias y cerró la maleta, subiéndose encima al ver que no cerraba—. Ahora mismo me marchó, en cuanto consiga cerrar esta dichosa maleta.

—¿Necesitas ayuda? —A pesar de las circunstancias, aquella situación le

hizo gracia al conde. Se acercó poco a poco a ella—. Trae, déjame a mí.

—Oh, no, de eso nada. —Aunque fuera por pura terquedad, Carolina apretó la maleta y consiguió cerrarla—. Soy muy capaz, no necesito caballeros andantes.

—Señorita, está usted hecha un cuadro. —El conde se sentó en la cama y suspiró, haciendo una pausa—. No tiene por qué irse. De hecho, no quiero que deje la mansión.

—A mí, lo que usted desee no me importa lo más mínimo. —Sabía que era mentira. Claro que le importaba lo que él deseara—. Igual que vine, me puedo ir.

Con gracia, Carolina cogió la maleta y fue hacia la puerta. El conde, desesperado, corrió más que ella para impedirle el paso. No dejaría que se fuera. Nunca había sentido nada igual por nadie; tampoco nadie se había atrevido a decirle las cosas de una forma tan directa y clara en su cara. Estaba claro que Carolina no era una mujer como cualquier otra. Ese pronto y temperamento le atraían coma la miel a las abejas. Su voz arrogante y su forma de caminar por la vida tan decidida y fiel a sus principios le gustaban sobremanera.

—¡He dicho que no te vas! Quiero que te quedes, Carolina. —Con su cuerpo tapaba toda la puerta, estando Carolina a escasos centímetros de su aliento—. Sé que me he equivocado... Siento mucho no haberte consultado, solo quería darte una buena bienvenida.

—No hace falta, la decisión está tomada. No me gusta que nadie decida por mí. —Carolina podía sentir la respiración del conde y sabía que, si seguía ahí, se derrumbaría—. Hágase a un lado.

Sin pensarlo, Liberto la cogió de la cintura con ambas manos y apresó sus labios con una pasión desorbitada. Despacio, sin separar su boca, subió un mano por su espalda y enredó sus dedos por su pelo. Carolina estaba mareada por la excitación, no pudo soltarse de sus brazos y no quiso soltarse de su cuerpo. Él la atrajo más fuerte, estaban pegados, cuerpo contra cuerpo. Carolina gimió a modo de respuesta. El conde se separó unos pocos milímetros y la miró a los ojos.

—No te marches.

Carolina estaba confusa. ¿Cómo, por qué? La actitud del conde la desconcertaba: había pasado de ser un arrogante noble al más fiel de los lacayos. Ambos abrazados, los ojos de color ámbar del conde estaban vidriosos por el llanto contenido, pero le decían la verdad, ella lo notaba. Sin pensarlo dos veces, asintió. Si él hubiera sido otro hombre, nunca se le hubiera ocurrido acercarse tanto y de manera tan familiar e íntima. Sin embargo, había algo en él que le daba confianza. Tal vez esas caricias discretas que no se propasaban, esos labios cálidos o esa lengua que la estaba hipnotizando con su baile frenético, entrando y saliendo de su boca. No sabía si era su sabor dulce, su perfumada piel o tal vez el conjunto de todas esas cosas que la llevaban al borde de la locura.

Se sentía morir y revivir en un mismo instante. Sabía que lo que hacía no estaba bien. ¿Qué pensaría su madre?, ¿qué pensaría el pueblo entero de aquello? Los rumores serían terribles; si alguien llegaba a saber lo que estaba haciendo, su honor quedaría por los suelos. Pero el conde besaba tan bien, era tan delicado, tan sensual, que no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar por la poesía de sus besos y caricias.

Pensándolo bien, le daban igual las habladurías. En ese momento solo quería seguir besándolo. Deseaba que el tiempo se parara, que aquello fuera eterno. Nunca se había sentido tan bien, tan viva, tan, tan, tan...

Pasaron varios minutos, tal vez horas, hasta que pararon de besarse y de abrazarse. Fuera estaba oscureciendo y por la ventana entraba un agradable olor a flores y a humedad del campo.

—No vuelvas a insinuar que quieres marcharte. —Liberto parecía preocupado—. No quiero que te marches.

—No. —Carolina le tocó la cara con las yemas de sus dedos, acariciando su piel.

—Seguramente se estarán preguntando dónde estamos. Vamos al salón, tienes que comer algo, estás muy flaca. Nuestra cocinera hace un pastel de queso riquísimo.

—Ya me han hablado del famoso pastel. —Carolina dibujó una sonrisa

pícara en su cara.

—Después quiero enseñarte la biblioteca y mi despacho, donde vamos a pasar la mayor parte del tiempo.

Cogidos de la mano, bajaron al salón y se sentaron el uno al lado del otro. Empezaron a hablar de las tareas y a planear el día siguiente.

—¿Cuándo crees que estará terminada la reforma de la casa? —preguntó Carolina.

—Supongo que en dos semanas estará el ala principal. El resto no me corre prisa, ¿por?

—Tal vez deberías hacer una fiesta para la gente que tenga negocios en los alrededores —sugirió Carolina—. De esa manera, podrás hacer una presentación en sociedad. Hace años que aquí no vive nadie y la gente crea historias de cualquier cosa.

—No lo había pensado. —La cara del conde se iluminó—. Es una buena idea, pero solo la haré si tú te encargas de los preparativos.

—En realidad, no sé si sabré. Nunca he hecho ninguna, pero me encantaría intentarlo.

—Seguro que saldrá bien. —El conde se acercó y la besó en los labios de manera suave y formal—. Confío en ti.

Tan solo hacía un rato que ambos habían discutido y ya estaban extasiados por el influjo del amor. No pararon de reír, de besarse y de intercambiar miradas durante toda la cena. Comieron un sabroso pollo al vino y el famoso pastel de queso de la mujer de Isidoriano.

Tras la comida (que más bien podría haber sido la cena por las horas), dieron una vuelta por la casa, especialmente por un habitáculo. Carolina se maravilló al ver la biblioteca, tan llena de estanterías... Era mejor que cualquier fantasía. Todos esos libros, la mesa de nogal que presidía la estancia... Algo indescriptible. La joven sabía que gran parte de su tiempo lo pasaría entre aquellas paredes, disfrutando de las historias que las páginas de papel le ofrecían. Si algo la apasionaba desde muy joven era la lectura, y aquel sitio, desde ese momento, sería su lugar favorito en la

mansión.

—Menudo arrebató de pasión, ¿eh, abuela? Ya me gustaría a mí que me pasase eso. —Me giro en el sofá sólo para darme cuenta de que la abuela parece estar en otro planeta, con la mirada fija en la chimenea—. ¿Abuela?

Se ha ido otra vez. Nerviosa, llamo a mamá para que venga al salón. Estoy muy asustada.

—Mamá, no sé qué le pasa, no reacciona...

—Espera, Carol, déjame a mí. —Mamá se acerca y coge a la abuela de las manos con templanza—. Venga, mamá, vamos a la cocina, que estoy terminando de hacer la cena.

—¿Qué hora es? —dice la abuela dirigiendo su mirada a mamá—. Estoy cansada —su voz suena perdida—, no tengo hambre....

—Son casi las nueve. Anda, vamos a cenar y ahora te acuestas.

Entre las dos ayudamos a levantarse del sofá a la abuela y vamos a la cocina a cenar. O al menos a intentarlo.

Meto la cabeza debajo del agua para espantar mis pensamientos. Ahora estoy aquí en casa de nuevo con ellas, no puedo marcharme a ninguna parte, no es el momento. Me miro las yemas de los dedos que ya están arrugadas; tengo que salir de la bañera, esa es la norma.

CAPÍTULO VII:

El secreto

Son más de las doce la noche y no puedo dormir. Sigo nerviosa. Tal vez sea por la entrevista, aunque no es algo que me preocupe demasiado. Creo que lo que me pasa en realidad es que no puedo quitarme de la cabeza a mi abuela. Mi habitación está justo al lado de su antigua habitación y ahora, aunque parezca raro, se nota el silencio al otro lado. Desde hace un año ella duerme en la planta baja de la casa, cerca de la habitación de mi madre. A mí me gusta estar arriba. Las ventanas son grandes y tengo cerca la biblioteca y el despacho de mi padre. No hago más que dar vueltas y vueltas en la cama; la abuela me preocupa y la salud de mi madre también. Antes de acostarla y darle las buenas noches, me ha dicho que siga leyendo sola, que ella ya conoce la historia.

Llevo en casa desde que volví de Madrid y no he visitado a ninguno de mis amigos. De hecho, no he sido capaz de mandarles ni un mensaje. Soy un desastre. Mañana, cuando salga de la entrevista, podría quedar a tomar algo con Martina; seguro que está libre.

Enciendo la lámpara de noche de la mesilla y le escribo un mensaje. No creo que lo lea ahora, pero así podrá verlo cuando se despierte.

Yo:

«¡Hola! Estoy de nuevo en el pueblo, ¿te parece bien si nos vemos en la plaza del pueblo mañana? Tengo una entrevista en una librería infantil cercana, es largo de contar...».

Dejo el móvil de nuevo en la mesilla y cojo la lata. Al menos, si no puedo dormir, aprovecharé para leer un rato.

A las ocho, el conde la dejó en la puerta de su cuarto y se despidió con un intenso beso con el que casi pierde el equilibrio. Por suerte, su mano sujetaba el pomo de la puerta con fuerza y pudo mantener la pose erguida hasta que el conde se giró y se fue andando a su habitación.

Había sido un buen comienzo, eso estaba claro, pero ¿sería siempre tan maravilloso? Carolina decidió que era pronto para plantearse nada. La joven estaba nerviosa por todo lo que había ocurrido y, una vez dentro de la cama, no conseguía conciliar el sueño. No sabía nada de aquel hombre; sin embargo, por una fuerza irrefrenable, se había entregado a sus labios. Había algo en él que la hacía sentir diferente.

Pero no solo ocupaba Liberto sus pensamientos, sino también su secreto; tenía que conseguir arreglar aquel asunto como fuese. Además, viendo cómo iban transcurriendo las cosas, debía pensar en el futuro. Muchas veces se había arrepentido de aquella apresurada decisión que las circunstancias la obligaron a tomar.

Finalmente, se levantó de la cama y encendió la pequeña lámpara del escritorio. Después, cogió su caja de galletas y sacó la pluma y un papel.

12 de marzo de 1933

Estimado esposo:

Sé que, desde el momento de nuestra boda, no me he vuelto a comunicar con usted. Siento no haber contestado a ninguna de sus cartas, pero no me he sentido con fuerzas y desconocía cómo dirigirme a un esposo que no sabría reconocer a su mujer entre todas las damas que hay en París, por no decir del mundo entero.

Sé que ambos acordamos que nuestras vidas irían por separado, ya que yo necesitaba dinero y usted encontrar a una esposa para conseguir un título. Ahora que ya dispone de su título, considero que, en beneficio de los dos, deberíamos deshacer aquello que en su momento creímos correcto. Yo no le voy a pedir más dinero; le comunico que he encontrado un trabajo con alta remuneración con el que puedo pagar sobradamente mis gastos y los de mi familia.

Espero comprenda mi petición y se comunique conmigo lo antes posible.

Atentamente, Carolina

Releyó un par de veces la carta para comprobar que no se había dejado nada por decir y cerró el sobre. Al día siguiente, a primera hora, se la daría al cartero para que llegase lo antes posible a París. Una vez tomada la decisión que creía acertada, deslizó su cuerpo en la cama y cerró los ojos, dejando volar su mente hasta el día de su boda.

Días antes de la celebración, una antigua amiga de fiestas de su tía fue a visitarla a casa del médico. En un principio, Carolina pensó pedirle ayuda, un trabajo para poder costearse el viaje de vuelta a casa. La mujer no pareció interesada en su propuesta; dijo que tener una mujer guapa en su casa era un peligro estando su marido aún vivo. Pero le enseñó un anuncio donde ponía que se buscaba mujer para casamiento y una dirección donde debía mandar sus datos si estaba la interesada.

Aquella mujer le explicó lo maravilloso que podía ser un matrimonio por poderes, la libertad que le daba a una joven estar casada sin un hombre que viviera todos los días a su lado, sin decirle qué hacer en cada momento.

Carolina no pudo pensárselo mucho; deseaba volver a casa y era la única forma de conseguir dinero. Ese mismo día, se puso en contacto con el representante legal del que iba a ser su esposo... Su marido solo lo sería simbólicamente; ella debía acudir al casamiento y nunca se verían en persona, no tendrían ninguna relación. Él era un joven que no creía en el compromiso, pero necesitaba estar casado para heredar un título, y ella necesitaba el dinero. En aquel momento, era lo único que podía hacer.

El día de la boda, Carolina se sintió sola rodeada de desconocidos. La celebración fue fría y corta; no en vano, se trataba de una farsa con base jurídica. El que iba a ser su esposo ni siquiera estaba presente en la iglesia, presentándose su abogado en su lugar. Ambos firmaron el acuerdo matrimonial y, a cambio, la joven recibió un sobre con suficientes fondos para hacer el viaje y saldar algunas cuentas pendientes de su tía. En aquel momento no lo pensó, pero ella había renunciado al amor de por vida. Sin darse cuenta, se había convertido en Marie.

El móvil empieza a vibrar. Miro la pantalla y veo que es Martina, que ha contestado a mi mensaje.

Martina:

«¿En serio me dices que estas aquí a estas horas? Menuda perra. Mañana sobre las once en el bar de Tino me invitas a desayunar».

Sonrío y le contesto casi al momento.

Yo:

«¿ME PUEDES DECIR QUÉ HACES DESPIERTA A ESTAS HORAS? No te preocupes, yo invito».

En esos mismo instante, el móvil vuelve a sonar. Es ella otra vez.

Martina:

«SOY MADRE DE UN BEBÉ DE DOS MESES, ya no duermo y solo respiro para darle la teta ja, ja, ja, ja... Mañana te veo, petarda, llevaré al bebote conmigo».

Este último mensaje me hace recordar que no le he comprado nada a Ismael desde que nació. Pobre bebote... Aunque salga mal la entrevista, seguro que puedo comprar algo de regalo en la librería infantil.

Dejo el móvil y sigo leyendo... No me puedo creer que la bisabuela se casase por poderes. Pero ¿se casó con el bisabuelo o se trataba de otro hombre? Menuda bomba para la época.

A la mañana siguiente, tras entregar la carta al cartero, Carolina entró en el gran salón como había acordado con Liberto y así desayunar y comenzar el día. Para su sorpresa, el conde no se encontraba en el salón, así que decidió ir a buscarlo por la casa. Finalmente lo encontró en la cocina hablando con los sirvientes y batiendo los huevos con gracia.

—Buenos días, Carolina. ¿Qué tal has amanecido esta mañana?

—Bien, he dormido de maravilla.

—Espero que no te hayan despertado los golpes. Los obreros han empezado muy pronto. —Liberto le guiñó un ojo con disimulo—. ¿Te apetece desayunar?

—Claro que sí, tengo muchísima hambre. —Nada más acabar la frase, Carolina se percató de que todos la miraban y se sonrojó.

—Perfecto. Espero que te gusten las galletas, son mi especialidad. Aunque debo confesarte que la receta no es mía.

—Guardaré su secreto —dijo Carolina con retintín.

—Ja, ja, ja. Muy bien, no esperaba menos. —El conde rozó sus labios rosados con el pulgar—. Espérame en el salón. Hoy te sirvo yo.

Liberto abrió la puerta caballerosamente y le dio con sutileza un beso en la nuca. Apenas le dio tiempo de sentarse en la silla cuando apareció Liberto con el plato de galletas y la jarra de leche.

—En seguida vuelvo con el té. ¿Vas a querer azúcar? —preguntó el conde mientras ponía en el plato las deliciosas galletas.

—No, lo tomo solo, gracias —le respondió mientras miraba confusa la situación. Parecía una comedia teatral.

Sin decir nada, Liberto se marchó. Y, como por arte de magia, reapareció con la tetera. Por fin se sentó, pero antes sirvió el té a la muchacha y le dio un beso en los labios.

—Bien, cuéntame. —Carolina no pudo guardarlo más—. Esta faceta tuya de cocinero, ¿a qué se debe?

—En realidad, desde niño me ha gustado la cocina. Tal vez fuese porque

me pasaba más tiempo con los criados que con mis padres. —Entonces, imitándola, dijo—: Y bien, cuéntame. Esa sonrisa, ¿a qué se debe?

—No me hagas burla, Liberto.

—¿Yo? —Se acercó más a ella y le dijo al oído—: Solo digo la verdad. —Al sentir la voz suave y profunda en su oído, Carolina sintió una dulce tortura.

Después del desayuno, ambos fueron al despacho; encima de la mesa aguardaba el correo, como cada mañana. Liberto se acomodó en su butacón y fue abriendo una por una las cartas con su abridor de plata. Mientras tanto, Carolina revisaba las facturas y las ordenaba, dándose cuenta de que era muy caro mantener aquel nivel de vida. De tanto en tanto, echaba un vistazo al conde para ver qué era lo que hacía. En uno de esos vistazos, se percató de que el semblante de Liberto había cambiado considerablemente. Parecía desencajado, como si la carta que tenía en sus manos le diera una mala noticia.

—¿Qué ocurre?, ¿malas noticias? —dijo una Carolina tan perpleja como el conde.

—Las peores —dijo furioso—. No me lo puedo creer.

—¿Qué pasa? Cuéntamelo, tal vez yo pueda hacer algo...

—Es un asunto privado. Tú ya has hecho suficiente, Carolina. —No dijo más y se marchó dando un portazo.

Carolina se enfadó al ver el comportamiento del conde; ella no tenía la culpa de sus problemas. Siguió trabajando y pensó que lo mejor era dejarle solo para que recapacitase.

Llegó la hora de la comida y Carolina seguía en el despacho del conde revisando facturas, esperando que el conde volviera en algún momento. Entonces, apareció Amalia con una bandeja con comida.

—He pensado que a lo mejor te gustaría comer algo —dijo Amalia mostrando la bandeja a Carolina—. Te he traído un rico estofado de carne. Te sentará bien.

—Gracias, pero no tengo hambre. No tenías que haberte molestado. — Carolina no podía dejar de pensar en el enfado de Liberto.

—Bueno, pues si quieres, puedes ir al salón dentro de un rato y en la cocina se hará lo que más te guste. No piensas bajar al salón, ¿verdad?

—No por ahora. Estoy muy ocupada —refunfuñó Carolina—. Además, no quiero ver a Liberto. Perdón, quería decir al conde. —Y siguió revisando las facturas, con más ímpetu si cabía.

—¡Ay! ¿Cuándo aprenderán los enamorados que no pueden ser tan testarudos? El señorito... Perdón... El señor la está esperando desde hace más de una hora. —Amalia le quitó las facturas de las manos a Carolina—. ¿No cree que ya es hora de bajar? Hágalo por mí, querida.

—Lo hago por ti y por nadie más, que conste. —Se levantó, se miró al espejo para ver si estaba bien peinada y bajo al salón.

Al llegar, tal y como le habían dicho, estaba el conde sentado, esperándola. Carolina se sentó y lo miró con cierta indiferencia. Durante un tiempo, el ambiente fue tenso y frío. Hasta que...

—¿Y bien? —comenzó el conde—. ¿No pensabas bajar a comer?

—La verdad es que no.

—Ya veo. Y eso es porque...

—Porque tenía muchas cosas que hacer.

—¿Tantas que no podías darte ni unos minutos de tregua? —El conde elevó un poco el tono de la conversación.

—Sí, señor, muchísimas cosas que revisar. Además, no quiero enfadar al señor de la casa. Tiene muy mal genio y es un poco maleducado, le encanta dar portazos. —Carolina también sabía elevar el tono de las conversaciones.

—Carolina, no eres justa. —Liberto volvió a un tono normal y pausado—. Me he enfadado mucho por la carta que he recibido. No podía seguir en el despacho, hubiese acabado diciendo cosas de las que luego me puedo arrepentir. Y tú no tienes la culpa de mis errores.

—Tal vez si me lo contaras, te sentirías mejor. —Carolina cogió la mano del conde entre las suyas—. Dos cabezas piensan mejor que una.

—No puedo contártelo —dijo el conde—. Por el momento, no puedo decirte qué pasa, pero lo sabrás pronto, te lo prometo. —Y le besó la mano en un gesto tierno.

—No vuelvas a dar un portazo —advirtió con ternura Carolina.

—Entendido. —Liberto le besó los labios con ternura—. ¿Qué te parece si comemos? Llevo esperándote una eternidad.

CAPÍTULO VIII:

Un momento íntimo

¡Bien por mí! Como siempre, llego tarde a la entrevista; es mi firma personal. Ayer me quedé hasta tarde leyendo la historia de Carolina, y es que esto engancha más que una novela turca.

Creo que la librería es la del cartel con forma del gato de Alicia en el país de las maravillas... Sí, es esa, El Rincón de las Maravillas. Miro a mi alrededor, pero no tengo donde aparcar. ¿En serio? ¿Zona azul aquí? ¡Qué poca vergüenza! Veo que hay un pequeño hueco cerca de un paso de peatones, aparco lo mejor que puedo intentando no pisar las líneas y salgo pitando a la librería.

Al llegar, me fijo en el escaparate, repleto de juegos infantiles, manualidades y cuentos ilustrados. Entro a la tienda (un poco avergonzada); llego diez minutos tarde. En el pasillo, al fondo, hay un chico con gafas, pelo rizado y cara de estar buscando algo entre las estanterías.

—Hola —me dirijo a él—. Perdona, me llamo Carolina. Estoy buscando a Gabriel.

—Ah, sí, vienes por la entrevista, ¿verdad? —El chico pone toda su atención en mí.

—Pues sí. Llego un pelín tarde, lo sé, es que me ha costado bastante aparcar...

—Te he visto por el cristal. De hecho, creo que has aparcado en prohibido.

—El chico sonrío—. Por cierto, yo soy Gabriel.

—¡Genial! Carolina. —Con mi mejor sonrisa (aunque con vergüenza por lo del aparcamiento), le doy la mano—. Qué bonita y original es la tienda ¿Lleva poco tiempo abierta?

—Un año, más o menos, pero parece que funciona, y cada viernes tenemos un cuentacuentos; vienen muchos niños de los pueblos de alrededor.

—Yo antes era profesora en Madrid.

—Ya, eso he visto en tu currículum. —Gabriel vuelve a sonreír y se sube las gafas—. ¿Te parece si seguimos la entrevista sentados?

—Claro. —Me doy cuenta de que no he hecho más que hablar desde que he llegado—. ¿Dónde?

—Acompáñame por aquí.

Los dos vamos a un rincón cerca de una de las cristaleras. Ahí, en una mesa baja de madera con butacas de colores, hablamos largo y tendido no solo del trabajo, sino de la vida en general. Es la entrevista más rara que he tenido nunca. Supongo que me daba confianza, es como si nos conociéramos de toda la vida. Me gusta cómo huele su perfume y cómo se le marcan los hoyuelos en las mejillas al sonreír. No he podido dejar de fijarme en que, durante toda la entrevista, no ha parado de tocarse la correa del reloj de forma nerviosa; parece algo tímido. Incluso creo que en varias ocasiones le he intimidado. No he dejado de mirarle sus ojos verdosos, no he parado de hablar y he llevado la dirección de la conversación en todo momento; lo de «calladita estás más guapa» conmigo desde luego no va. Para colmo, cada vez que comentaba algo, yo sonreía de forma boba; espero que no se haya dado cuenta, me daría mucha vergüenza que se llevase una mala impresión de mí.

Gabriel tiene algo especial, parece el típico escritor despistado. Su aspecto es diferente: lleva una camiseta de la afamada película del extraterrestre de los ochenta, unos vaqueros desgastados y deportivas marrones tipo Converse. Coincidimos en muchas cosas y, tal vez por eso, salgo de aquella librería con el trabajo y buen sabor de boca.

Una vez fuera y terminado el objetivo del día, miro el teléfono. Tengo un mensaje de Martina; me está esperando en la terraza de la cafetería. Me asomo por la bocacalle y la veo a lo lejos con el niño en brazos. Acelero el paso y voy a su encuentro.

—Lo siento, lo siento, lo siento, llego tarde... —Me acerco al pequeño Ismael y le doy un beso en su cabecita calva—. ¡Qué mono que está!

—Siempre llegas tarde. Y mira que esto es pequeño, tía —dice Martina mientras toma un sorbo de café—. Me voy a pedir otro y una ración de churros, pero que sepas que lo vas a pagar tú.

—Ja, ja, ja, ja. Si es que no te puedo querer más... —digo achuchándole el brazo—. Anda, pásame al bebote y abre la bolsa, a ver si te gusta. —Le regalo a Martina un cuento infantil con desplegados gigantes—. ¡Madre mía, cómo pesa este chicarrón!

—Me tiene destrozada la espalda, Carol. —Martina abre el regalo con soltura—. ¡Me encanta, es muy bonito! Muchas gracias.

Durante el desayuno, ambas nos ponemos al día de todo. Hacía muchos meses que no nos veíamos y, aun así, parece que fuera ayer cuando tomamos nuestro último café. Le cuento lo ocurrido con Guillermo en Madrid con todo tipo de detalles, como es habitual. Martina suelta un par de barbaridades por la boca antes de sonreír al pequeño Ismael y cambiar totalmente de tema. Al parecer, Martina también está al tanto de la salud de mi abuela, porque coincide a menudo con mamá en su peluquería. También me comenta que Julián y ella están pensando en casarse a finales de septiembre, pero que ahora, con la llegada del bebote, la cosa anda más achuchada y deben buscar algún sitio más económico.

—No lo sé. Tal vez en algún sitio al aire libre, contratando el catering, os salga mejor de precio —le aconsejo.

—Ya, pero ¿dónde? —Martina está distinta, parece más formal—. Hace un tiempo te hubiera dicho de hacerlo en el hotel. Por supuesto, pagándote, sabes que siempre me han gustado los jardines de tu casa... Pero, ahora, estando así las cosas...

—No sería mala opción. —Por un momento lo sopeso en mi cabeza—. Tal vez si lo hablo con mi madre... No sé, déjame darle una vuelta y vemos.

—Vale, pero sin compromiso, Carol.

Entonces le cuento que mañana empiezo a trabajar en la pequeña librería infantil y que podemos vernos más a menudo a partir de ahora, puesto que

no tenía pensado volver a marcharme; al menos por un tiempo.

—Sé de qué librería me hablas. —Martina da un sorbo al nuevo café—. Es preciosa, y el dueño es un encanto. Además, no estoy segura, pero juraría que está soltero...

—¿En serio, Martina? —Hago un gesto y pongo los ojos en blanco—. No tengo el chichi para farolillos ahora mismo.

—Anda, anda, que un dulce de vez en cuando no hace daño a nadie. —Martina empieza a reír—. Si yo pudiera...

—Voy a hacer como que no he escuchado nada.

—Perdona, soy madre, no monja. —Se ríe a carcajadas—. No sabes lo difícil que es tener un momento de intimidad desde que nació el niño.

—Me lo imagino, tiene que ser duro pero bonito a la vez.

—Bueno, supongo que compensa, Carol. Cuando veo su carita, el resto del mundo se para y me da lo mismo todo. —Pone a Ismael en el carrito y suspira—. Si te soy sincera, estoy tan cansada que no tengo ganas ni de follar.

—Mira que eres bestia hablando Martina, anda que ...

—Soy realista, ni más ni menos.

Al llegar a casa, no hay nadie. Mamá y la abuela se han marchado al médico; la cita es en el hospital comarcal y queda a unos kilómetros de distancia de aquí. Así que enciendo la lumbre de la cocina y me siento en una de las sillas mientras sigo leyendo la historia. Al fin y al cabo, no tengo nada mejor que hacer y, de esta manera, puedo despejar la mente un rato.

Los días fueron pasando. Carolina y Liberto cada vez estaban más unidos, compartiendo todos los momentos del día. Liberto le enseñó los viejos bocetos de su madre, de los cuales Carolina sacó ideas para encargar los manteles, las cortinas y demás cosas que hacían falta en la casa. Desde la llegada de Carolina a la mansión, toda había cambiado. La restauración de la casa estaba a punto de finalizar y el pueblo entero ansiaba la celebración de la gran fiesta de inauguración.

Nada más despertarse, Carolina sacó la pluma y el papel para mandar una nota a una modista que había en la ciudad. Era francesa y tenía fama de ser original y delicada y, aunque el trabajo lo cobraba bien, las mujeres de la zona decían que merecía la pena, así que se dispuso a escribir esa nota para pedirle cita.

Estimada Belle:

Debido a su famosa destreza con el hilo y la tela, me gustaría ir a visitarla hoy mismo sobre las seis y media.

Un saludo, Carolina Sweet

Carolina dobla la nota y llamó a Amalia para dársela; tenía que llegar a tiempo.

—¿Ha llamado? —Amalia abrió la puerta y dejó las toallas limpias cerca de la bañera.

—Sí. Ten esta nota y dásela a Isidoriano. Necesito que llegue lo antes posible. Es para citarme con la modista a las siete y media de esta misma tarde. —Carolina le entregó el papel—. Dicen que Belle es la mejor.

—Eso he oído, señorita. Voy corriendo antes de que se marche a llevar el correo—. Y Amalia salió del cuarto a toda prisa.

Aquella mañana, mientras Carolina se bañaba, pensaba en lo rápido que había pasado el tiempo (ya un mes). Y cada vez estaba mejor en la casa, pero sobre todo con Liberto. Le encantaba cómo la trataba. En ocasiones, con una simple mirada, sabía lo que quería. Especialmente le gustaba cómo cada noche la llevaba hasta la puerta de su dormitorio y la besaba para darle las buenas noches. Era todo un caballero.

Esta última semana ella se había dado cuenta de lo difícil que eran las despedidas, más sabiendo que él estaba cerca. Solo una puerta les

separaba...

Se estaba enjabonando cuando escuchó el chirrido de la puerta. Carolina pensó que sería Amalia que le traía más toallas, no dándole importancia. Pero cuando se giró para hablar con ella, en lugar de una figura regordeta, encontró a Liberto, que la miraba sin parpadear. Ella se sonrojó al verle. Cuando por fin Liberto consiguió articular palabra, solo logro decir: «Buenos días, amor». Sin dejar de mirarla, se pasó la mano por el pelo con nerviosismo y se giró.

—Liberto, ¿podrías llamar antes de entrar en la habitación? —Carolina salió de la bañera y se puso una toalla—. Ya puedes girarte.

—Perdóname, pero es que ha llegado el correo y hay una carta que va dirigida a ti. —Liberto siguió mirándola. Quería disimular lo que le estaba ocurriendo—. Pensé que era algo importante. Viene de París.

Carolina se acercó sin dar importancia a su desnudez y se puso de puntillas para dar un beso a Liberto en los labios y coger la carta con la otra mano.

—Gracias, ahora la leo. Pero podrías haber esperado a que bajara a desayunar.

—Sí... Como era algo importante... —El conde estaba llegando al límite de su contención. Ella estaba tan cerca, casi desnuda, y olía tan bien... No podía soportarlo más—. Carolina, quería verte y no podía esperar al desayuno. —Sin pensarlo dos veces, la rodeó mientras la alzaba entre sus brazos y la besaba ardientemente.

Carolina dejó caer la carta de entre sus manos y se abandonó al momento para sentir lo que nunca había sentido. Liberto le besó la boca, las mejillas, el cuello y siguió y siguió hasta rodear su cuerpo de infinitos besos que la llevaron al borde la locura. Con delicadeza, el conde le quitó la toalla para ver sus pechos desnudos y sujetó los rosados pezones entre sus labios, saboreando los dulces gemidos que la joven no podía contener. «Es perfecto, todo en ella es perfecto», pensó Liberto. Carolina no paraba de retorcerse por las caricias mimosas que él le hacía. Llevada por sus impulsos más primitivos, empezó a jugar también. Comenzó a tocar el pecho de Liberto hasta quitarle la camisa, se abrazó a él muy fuerte, le besó el cuello lentamente, disfrutando del sabor de su piel. Poco después,

continuó con los pantalones. Él le tuvo que ayudar, pero sin problema. Bajó hasta su cintura y Carolina vio lo que el conde no podía esconder. La inundó una fuerte sensación de placer al notar lo que su presencia provocaba en aquel hombre. Ella lo miró a los ojos y percibió su desconcierto. Su respiración comenzó a agitarse cuando Carolina metió su miembro en la boca y lo rodeó con su lengua haciendo infinitos círculos, llevándole al borde de la locura. A su debido tiempo, Liberto la ayudó a levantarse y la rodeó de nuevo entre sus brazos para posarla en la cama. El conde la tumbó despacio sobre las suaves sábanas blancas, acercándose cada vez más a ella hasta estar justo encima. Los dos se unieron en un abrasador beso, llevándolos al límite del control. Las manos de Liberto buscaron el calor en el centro de Carolina y, con las yemas de los dedos, rozó el palpitante interior, abriendo las puertas de una pasión que inundó a la joven con un intenso placer. Placer que la dejó temblando y con ansias de más, que él llenó con cada investida rítmica, hasta que ambos se mecieron en la plenitud del momento.

—Carolina, te amo como jamás he amado a nadie.

—Yo también te amo. —Ambos se miraban con ternura.

—Tengo que decirte algo, pero no sé cómo... Este mes ha pasado increíblemente rápido y creo que deberíamos pensar en nuestro futuro. Debo confesarte que nunca se me había pasado por la cabeza unirme sentimentalmente a nadie, pero todo eso ha cambiado, porque ahora estás tú...

—Calla, amor, no estropees el momento. —Carolina puso su índice en los labios del conde—. No pienses en el mañana; todavía no. Vamos a disfrutar del ahora. —Dicho esto, lo besó en los labios de manera profunda—. Te adoro, Liberto.

Volvieron a hacer el amor, pero esta vez las caricias fueron más pausadas, con miradas atrevidas y besos que buscaban una respuesta. Ambos durmieron largo rato hasta que Liberto se dio cuenta de que habían pasado toda la mañana y parte de la tarde en el dormitorio. Con algo de prisa, se puso su ropa y besó en la mejilla a la joven, que dormía plácidamente. Y marchó a su despacho, pues tenía asuntos que tratar, y así ella podría

descansar hasta la cena.

—¡Carolina, ya estamos en casa! —mamá grita desde el vestíbulo—. Baja y ayúdame con la abuela.

—Sí, ya voy, estaba leyendo. —Me toco las mejillas, que están ardiendo por la acalorada lectura—. Espera que te ayudo.

Al llegar al vestíbulo, veo la cara de preocupación de mamá y a la abuela con una bufanda de cuadros sentada en la silla de ruedas, poniendo cara entre enfadada y cansada.

—¿Qué os han dicho? —Miro a mamá y me doy cuenta de que la pregunta está fuera de lugar. Las noticias no son buenas—. He puesto la calefacción porque hace frío...

—Vamos a cambiar a la abuela y preparamos la comida.

—Yo no tengo hambre, hija. —La abuela está abatida—. Además, me duele el culo de estar sentada en la silla tanto rato.

—No empieces a quejarte. Aquí en casa ya puedes ir con el andador.

—Me quejo porque quiero y porque puedo, para eso soy la más vieja de las tres. —Hace el amago de levantarse sola de la silla de ruedas sin éxito—. Dame la mano, Carol, a ver si soy capaz de andar un poco.

—Venga, abuela, arriba. —La levanto y me abraza—. Mira que eres zalamera cuando quieres.

—Igualito que a mí, que llevas todo el trayecto en coche riñéndome y diciéndome lo más grande, mamá.

—No me digas nada, que no tengo ganas de discutir, que no me has dejado hablar de nada con el médico. —Se agarra al andador y camina despacio hasta el salón mientras refunfuña por el camino—. Es que me haces más tonta de lo que estoy.

Mi madre me mira desesperada, resopla con fuerza y yo me río al ver la situación tan cómica.

—Es imposible con ella, Carol, no ha parado de hablar desde que hemos

entrado a la consulta y encima se inventa la mitad, menos mal que el médico la conoce y la deja por imposible.

—Ya lo sé, mamá, tienes muchísima paciencia, esto es muy complicado.

—No lo sabes bien, hija, hay días que no puedo con ella. Hay días que la vida me pesa demasiado.

—Venga, mamá, no te pongas mal, déjame que me quede con la abuela mientras te pones cómoda.

CAPÍTULO IX: La carta

—Abuela, ¿qué te parece si, mientras hacemos la comida, leemos un rato en la cocina?

—Por mí sí —dice mamá—. Así recuerdo yo también un poco todo.

—Bueno, ¿pero por dónde vas? —La abuela tiene más curiosidad que yo—. ¿Ha vuelto ya a París?

—No, aún no. Pero han tenido varios encuentros muy calientes y la bisabuela tiene que solucionar lo de su matrimonio por poderes...

—¡Pues venga, sigue leyendo! —La abuela se pone impaciente—. Ahora viene lo mejor —y esboza una extraña sonrisa que mejor no describir.

A las cinco de la tarde, Carolina se desperezó y miró el espacio que había en el colchón; Liberto ya no estaba. Pero no le dio importancia. Se levantó con una inmensa felicidad y fue en busca de su bata, tirada en el suelo. Al recogerla, vio el sobre que Liberto le había entregado por la mañana. Miró el remitente: la carta era de su esposo. Rápidamente, abrió el sobre y comenzó a leer:

París, 19 de abril de 1933

Querida esposa:

En primer lugar, debo serle sincero y decirle que no esperaba una carta suya. En segundo lugar, debo confesar que la sorpresa que en un principio sentí se evaporó en el mismo instante en que leí el contenido de esta. Le comunico que nuestro acuerdo es perpetuo. No le voy a conceder la

nulidad matrimonial, si es lo que desea. Y si su mayor inconveniente es no conocerme, en breve saldrá de dudas y nos conoceremos como es debido. Es cierto que un marido debe saber quién es su esposa. Y si hasta este momento no lo he hecho es porque no he tenido tiempo; mis negocios me tenían muy ocupado.

Espero que entienda que lo que me pide es imposible. Dentro de dos semanas la recogerán para que venga a París; así podremos conocernos y, sobre todo, tratar este tema personalmente.

Atentamente, su esposo.

Tras leer la carta, Carolina se puso a llorar. ¿Cómo era tan egoísta?, ¿para qué la quería? Si no se conocían... La culpa era suya por haber aceptado aquel estúpido acuerdo matrimonial. Pero entonces no le quedaba otra salida, necesitaba el dinero para pagar las deudas que se habían acumulado tras el fallecimiento de su tía. Nadie sabía de su enfermedad ni de las calamidades que en los dos últimos años habían tenido que pasar. Ni siquiera su madre.

Por un lado, se sentía en deuda con Marie. Ella la había llevado a la mejor escuela de señoritas cuando su madre no podía ocuparse de ella, la había cuidado como si fuese su propia hija. Fue por eso por lo que lo hizo, por lo que se casó, siendo, además, la única manera de volver a casa. Pero eso ya no importaba. Lo había mantenido en secreto durante meses y ahora que todo parecía estar mejor, ¿qué podía hacer? Debía inventarse una historia para poder ir a París en dos semanas sin levantar las sospechas de Liberto.

Carolina se puso uno de los vestidos que él le había regalado (con escote bajo de color verde oscuro) y salió hacia el despacho de Liberto para comunicarle lo de su viaje.

—Hola, Carolina —dijo el conde asombrado—. Estás preciosa... Creía que no te ibas a levantar nunca de la cama. —Se acercó a ella y le dio un beso—. Ya casi he terminado. Llegas a tardar un minuto más y voy a buscarte a la cama yo mismo.

—Eso no hubiese estado mal; para la próxima vez, ya sé lo que tengo que hacer. —Carolina le abrazó el cuello y le correspondió el beso—. En realidad, venía a decirte que dentro de dos semanas me tengo que marchar a París.

—¿Y eso? —El conde puso cara de sorpresa—. ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, estaré poco tiempo. —Y aquí comenzó el maquillaje a la verdad—. No sé si te he llegado a contar que mi tía, con la que vivía en París, ha fallecido hace unos meses. Pues, al parecer, la lectura del testamento es dentro de dos semanas.

—Entiendo... —El conde divagó unos segundos, pero contraatacó—. Insisto en ir contigo. Si lo que quieres es no desatar malas lenguas, yo me quedaré en una de las residencias que tengo allí. No estaremos solos; allí vive mi abuela materna. Así, por el día, puedes atender tus compromisos y por la noche estar conmigo...

—No sé, Liberto. Creo que es demasiado complejo. Prefiero ir sola.

—Bueno, tú sabrás. —Se notaba que no era de su agrado aquella respuesta—. De todos modos, tienes dos semanas para pensarlo.

—Lo pensaré. —Carolina sabía que no había nada que pensar. Debía ir sola y solucionar aquella situación.

Aquella conversación había dejado intranquilo al conde. La mujer a la que amaba se marcharía a París para arrojarle en los brazos de otro hombre. ¡Qué disparate! En realidad, para arrojarle en sus propios brazos. No había más que un conde, ¡Antoine y Liberto eran la misma persona! La mentira era cada vez más grande y lo que iba a descubrir Carolina en París haría trizas toda esperanza de confianza en su relación, en su matrimonio. Tenía que confesar la verdad antes de dos semanas. El tiempo corría en su contra y todavía no sabía cómo se lo iba a decir.

—Liberto, ¿en qué piensas? —Carolina lo miró fijamente, como si pudiese leerle la mente—. Estás raro...

—Bobadas... Estoy pensando en que te quiero y en lo afortunado que soy de tenerte a mi lado.

—Yo también, mi vida —Y lo besó—. Por cierto, me tengo que ir corriendo. He quedado con la modista a las siete y media. Ya llego tarde.

—¿Con la modista?

—Sí, con la modista, para el traje de la fiesta. —Se acercó a él y le dio un leve beso en la mejilla—. Nos vemos en la cena, cariño.

Nada más entrar Carolina en la tienda, la mujer que estaba colocando telas en un estante se giró. Para sorpresa de Carolina, la mujer era exacta a la descripción que le habían hecho. La modista, una joven de unos treinta años, rubia y con ojos azules, era una verdadera belleza y conocida por todo el mundo, teniendo una gran reputación dentro de las damas de alta sociedad. Se hablaban maravillas sobre sus vestidos, la elección de los colores y los contrastes de telas exóticas.

Con una preciosa sonrisa, se acercó a Carolina y le dio un abrazo.

—La estaba esperando, joven. —La miró a los ojos—. Es usted muy guapa.

—Gracias. Perdón por el retraso. Soy Carolina.

—Bien, «femme», ¿tiene alguna idea de cómo quiere que sea el vestido?

—le preguntó a la vez que la hacía girar para tomar sus medidas—. ¿Escote alto o escote bajo? ¿Pronunciado o recatado?

—No sé... La verdad es que es para una fiesta. Habrá oído hablar de ella, en la mansión Oriundo.

—Oh, eso se dice antes, «madeimoselle». —La modista la volvió a hacer girar, pero esta vez tomó las medidas de la cadera y cintura—. Entonces, será un vestido maravilloso.

—Debo decirle que no puedo gastarme mucho dinero...

—No importa, «madeimoselle». Yo también conocí al conde en París y pasamos grandes ratos juntos. Entonces él estaba soltero y era libre; ahora está casado y, la última vez que lo vi, me confesó que amaba a su esposa.

—La volvió a medir, esta vez los brazos y el cuello—. Es usted muy afortunada por estar casada con él.

—Por supuesto. —Estaba asustada de lo que acababa de oír: ¡Liberto estaba casado! ¿Cómo la había engañado? Esto cambiaba las cosas. Para él

todo había sido un juego—. Bueno, pues dígame algo del conde. La verdad es que no le conozco tan bien como pensaba.

—¡Ah! Las mujeres nunca terminan de conocer a su esposo del todo. No basta una vida para conocerlos... El hombre es muy reservado en algunas cosas. —La modista miró a Carolina y le guiñó un ojo con complicidad.

Carolina asintió con la cabeza e intentó disimular las lágrimas que estaba a punto de derramar. ¿Cómo podía ser? ¡Él!

—¡Bueno, «femme», pásese por aquí la semana que viene! —La acompañó hasta la puerta y se despidió con un abrazo—. Cuando vuelva, el vestido estará listo. ¡«Au revoir»!

—Hasta dentro de una semana entonces.

Nada más entrar en el coche, Carolina se puso a llorar. Se sentía muy mal por la mentira de Liberto: tenía una esposa y la amaba. Ella se lo había dado todo y, para él, solo había sido un entretenimiento; seguro que era una de sus tantas amantes. Pero lo peor de todo es que ella también le había mentado. No le había dicho que también estaba casada y, por ello, no le podía echar nada en cara.

Cuando el coche paró, consiguió enjugar sus lágrimas y parecer lo más serena posible. Dos semanas tendría para estar con Liberto y nada más; luego, volvería con su esposo y se olvidaría de él para siempre.

Al llegar a la mansión, le abrió la puerta Liberto con una radiante sonrisa.

—¿Qué tal con la modista, tesoro?

—Bien. Aunque la verdad es que no he elegido nada. Ni el color, ni el diseño, ni el tejido. Simplemente me ha tomado medidas. —Carolina le rodeó el brazo con su mano—. La semana que viene ya estará listo y veré si es tan buena como dicen.

—Bueno, no entiendo de eso. Si tú crees que debes confiar en ella, seguro que haces bien. —Liberto se acercó y la besó en la mejilla—. Si quieres, cuando tengas el vestido, puedes invitarla a la fiesta.

—Me parece bien. Además, estoy segura de que te encantará reencontrarte con una vieja amiga.

—No entiendo de qué vieja amiga me estás hablando... —dijo Liberto extrañado.

—Se me había olvidado decirte que la modista te conoce. Al parecer, pasasteis muy buenos ratos juntos en Francia hace algún tiempo. — Carolina lo miró a la cara—. ¿Te suena el nombre de Belle? Es rubia, ojos azules... La verdad, muy guapa. No me sorprende que te fijaras en ella, una mujer tan bonita...

—No te voy a negar que la conozco, pero yo no sabía que estaba aquí. — Liberto cogió a Carolina por los hombros con delicadeza y mostró una media sonrisa—. No tienes por qué estar celosa, Carolina. Eso pasó hace mucho tiempo. Ahora solo tú estás en mi vida. Sabes que solo te quiero a ti.

—La verdad es que no lo sé, Liberto, no te conozco tanto...

—Carolina, lo que ves, lo que te doy cada día, es lo que hay; es el verdadero Liberto. Estoy seguro de que pronto lo sabrás todo de mí. —Le dio una caricia dulce y tiernas—. Solo necesito que creas una cosa.

—¿Cuál?

—Que te amo.

—Y yo a ti, Liberto. —Pasó sus brazos por el cuello de su amado y le susurró al oído—: Solo espero estar haciendo lo correcto...

Ambos se miraron y besaron en la boca, disfrutando de aquel momento. Un beso en el que dos almas se entregaron sin cabida para los secretos.

—No recordaba esta parte de la historia. —Mamá se sienta en una banqueta de la cocina y da un sorbo a un vermú que se ha servido antes de la comida—. Es increíble cómo se complican las cosas por momentos. Yo no sé si hubiera vuelto a París...

—En aquella época era diferente. —Me como una patata frita con un boquerón encima—. Pero es que es muy fuerte, los dos casados y juntos... No sé si está bien leer algo tan íntimo de la bisabuela.

—No te adelantes, Carolina, que aún queda mucha historia y las cosas a veces no son como parecen. —La abuela sonrío—. Cuando conocí a tu

abuelo, no fue fácil, él tenía novia formal...

—Abuela, ¿en serio? —Empecé a reírme—. Vaya tela con las mujeres de esta casa... ¡Por eso a mí siempre me ponen los cuernos! Es por el mal karma que se ha acumulado generación tras generación, y lo estoy pagando yo.

—¡Qué bobadas dices, Carol! —Mamá coge la última patata—. Al final te has comido todo... Anda, sigue leyendo un poco más mientras se hace el pollo en el horno.

La semana pasó volando. Los dos sabían que solo les quedaba una semana para seguir disfrutando de su amor, sabían que su relación daría un giro radical cuando llegaran a París. Allí se abriría la caja de los secretos.

—Buenos días —susurró Liberto a Carolina—. No te hagas la dormida, sé que estás despierta.

—Estoy dormida. —Carolina cerró los ojos más fuertes—. ¿Ves? Tengo los ojos cerrados...

—Cielo, los que duermen no hablan. —Con una sonrisa pícaro, la besó detrás de la oreja y en el cuello, besos pequeños y delicados hasta llegar a su hombro—. Si esto no funciona, tendré que emplearme a fondo. Te haré cosquillas.

—Señor conde, sé que no lo hará —dijo ella mientras se tapaba más con las sábanas por si se le ocurría hacerlo.

—¿Eso crees? —Liberto comenzó a hacerle cosquillas por todo el cuerpo y a besar su rostro hasta que Carolina ya no pudo más y rompió en carcajadas.

—¡Estoy despierta! —Ella lo rodeó con sus brazos y lo besó en los labios—. Buenos días, querido.

Liberto la atrajo más hacia sí para que ella pudiese notar su pasión junto a su muslo. El abrazo, fuerte, hundió su cara en su pelo, absorbiendo así el aroma de sus cabellos. De espaldas a él, notó cómo las manos del conde recorrían sus pechos y su vientre, acariciaban su ser, con círculos lentos y

suaves que la hacían estremecer. Carolina abrió los muslos a causa de las olas de calor que la abrasaban y, en ese momento, sintió cómo sus dedos dieron paso a aquel miembro duro y firme dispuesto a entregarle todo. Con las manos cogidas, unidos, se dejaron llevar el uno del otro hasta quedar saciados. Sin embargo, aun rendidos, ninguno de los dos se apartó de los brazos del otro.

—Mi vida, hoy tengo que ir a recoger el vestido a la modista. —Carolina se acurrucó en el pecho del conde—. Había pensado que podías venir conmigo...

—¿De verdad? —Liberto la miró y sintió que estaba junto a la mujer más bella que jamás había visto—. Bueno, si es lo que verdaderamente deseas, te acompañaré. ¿A qué hora has quedado con ella?

—Antes de comer. Y de vuelta podríamos pasar a ver a mi madre; tengo que decirle lo del viaje a París.

—Me parece bien, querida. —Liberto enredó su mano en los mechones oscuros de Carolina. Le encantaba sentir su pelo sedoso—. Deberíamos arreglarnos ya o se nos hará tarde.

Carolina se levantó de la cama completamente desnuda y cogió la bata. Se giró y se percató de la mirada de Liberto, que seguía en la cama sentado. Ella no lo sabía, pero Liberto estaba observando cada uno de sus movimientos.

—Liberto, los dos —resaltó—, y no solo yo, debemos arreglarnos. ¿No te parece?

—¿Y si dejamos para mañana lo de la modista y vuelves a la cama?

—Me encantaría —dijo Carolina pegando su nariz con la de Liberto—. Pero no estaría bien por mi parte faltar a mi cita con la modista, ¿no crees?

Liberto supo leer aquella frase entre líneas. Entonces, como si fuera un niño pequeño que no quería ir a la escuela, se levantó de la cama. Una vez listos, pusieron paso hacia la modista.

El viaje era corto, a dos pueblos de la mansión, pero por un camino todo lleno de baches y charcos debido a la tormenta de la pasada noche,

tardando bastante más de lo esperado. Lo que no importó a Liberto, quien estuvo todo el paseo intentando terminar lo que no había empezado en el dormitorio.

Cuando por fin llegaron, el conde puso cara de fastidio y Carolina empezó a reírse por el gesto infantil de su amante.

—«Bonjour», Belle —saludó Carolina con una cuidada sonrisa.

—«Bonjour, femme». Creía que ya no iba a venir... Veo que viene acompañada del conde. —Belle lo miró con alegría—. «Bonjour», Liberto, hace mucho tiempo que no nos veíamos, «mon ami».

—«Bonjour», Belle —dijo Liberto incómodo—. No sabía que estabas aquí. Me alegro de verte. —Le cogió la mano y se la besó cortésmente—. Ya conoces a Carolina. Espero que le hayas hecho un vestido precioso.

—¡«Oui»! —Belle casi se sintió ofendida—. El vestido es muy bonito; ahora mismo vuelvo con él.

Belle agarró del brazo a Carolina, la llevó al probador y, en un visto y no visto, le puso el nuevo vestido. Era precioso. De color azul oscuro, largo, con un escote bajo y pronunciado, sin mangas, cruzado en la espalda. El vestido más bonito que jamás había visto; cada detalle, cada bordado era especial. Al mirarse en el espejo, Carolina se quedó sorprendida.

—¿Se da cuenta, «mademoiselle», cómo no la engañaba? —dijo Belle de cara al espejo—. Es bonito y especialmente hecho para usted. No hay otro igual.

—Es perfecto. Gracias, Belle. —De la emoción, Carolina abrazó a Belle, siendo correspondida.

Cuando Carolina salió del probador, vio cómo Liberto la miraba sin parpadear. Sin mediar palabra, el conde se acercó a ella y la besó. Después, la cogió de la mano y la hizo girar sobre sí misma para asegurarse de que lo que había visto no era un sueño.

—Estás preciosa, mi vida —dijo Liberto mirándola a los ojos.

—«Oui», Carolina, estás «très jolie» —reafirmó Belle.

—Has hecho un trabajo maravilloso, Belle, y tan solo en una semana.

—Ya ves, «mon ami». Todavía sigo siendo la mejor en el gremio.

Mientras Carolina se cambiaba de ropa, el conde permaneció hablando con Belle sobre los viejos tiempos y de cómo había cambiado su vida desde que conoció a Carolina. Belle lo miró con verdadera alegría y escuchó cada una de las palabras que el conde le decía. Sabía que ella solo había sido una de las muchas amantes de Liberto, pero sobre todo sabía que había sido su amiga y su confidente durante un largo periodo de su vida. Sentía un gran cariño hacia Liberto y por ello había decidido que también sería amiga de Carolina. Porque, en el fondo, aunque le doliese reconocerlo, por primera vez le veía feliz.

Cuando Carolina salió del vestuario, no pudo evitar ver la escena, aunque no quiso interrumpir aquella charla. No sentía celos hacia Belle, algo en su interior le decía que podía confiar en ella, y sobre todo confiaba en Liberto; pero sabía que él le estaba ocultando un matrimonio. Ella también lo estaba haciendo, así que creyó que sus motivos tendrían si no se lo decía, al igual que ella también los tenía. Una semana más y todo saldría a la luz.

—Carolina, ¿ya has terminado? —preguntó Liberto.

—Sí, ya estoy lista. —Y se acercó a la modista—. Bueno, Belle, dime cuánto es el vestido y te lo pagaré encantada.

—Oh, no, de eso nada, «mademoiselle». Considérelo un regalo atrasado por la boda.

—Pero no sé si debo aceptarlo... —No existía ninguna boda con el conde, ¿cómo iba a aceptarlo?

—Acepta el regalo, Carolina —insistió Liberto apoyando su mano sobre el hombro de Carolina—. Sé que Belle se sentiría mal si se lo pagases. — Entonces, rodeó su cintura y le cogió la mano.

—«Oui, oui». El conde tiene mucha razón, «femme». Es un regalo y ya está.

—Bueno, en ese caso, muchas gracias otra vez, Belle. —Carolina miró a Liberto y vio cómo él estaba encantado con la situación—. Espero verte en la fiesta.

—«Oui», iré encantada. ¡«Au revoir, mes amis»!

La pareja salió de la tienda con el «regalo de boda». La escena había sido una farsa y esto no iba a quedar así. Ella no era una mentirosa; no iba aceptando por ahí regalos de una boda falsa.

Durante el viaje de vuelta, Carolina se mostró fría con Liberto, no dirigiéndole tan siquiera la mirada. Este sabía muy bien el porqué de su enfado.

—Carolina, mírame, por favor...

—Prefiero no mirarte, embustero —dijo Carolina mirando a través de la ventana con indiferencia.

—Oye, ¿a qué viene eso? ¿Qué es lo que he hecho ahora?

—Engañarme a mí y a la pobre Belle —Entonces Carolina le dirigió una mirada fulminante—. ¿Te parece bien aceptar un regalo por una boda que no tendrá lugar? Sé que estás casado, Liberto. Lo sé desde hace una semana.

—Eso te lo puedo explicar. No es como tú crees, yo no pensaba que me iba a enamorar de ti. —Tenía que contarle la verdad—. Cuando llegaste, pensé que no te iba a soportar y, sin embargo, no puedo pasar un minuto sin ti.

—Muy bonito. —La explicación no convenció a Carolina—. No pensabas enamorarte de mí, solo querías acostarte conmigo. —Esta vez sí que estaba enfadada—. Iba a ser un entretenimiento más para ti, un juguetito con el que pasar el rato. Luego volverías con tu mujer y harías el papel del perfecto marido. —Carolina gesticuló con los brazos.

—Eso no es así, ni mucho menos. —Liberto no tenía más salidas—. Carolina, tú eres diferente. Yo te quiero.

—He sido una idiota por creer tus mentiras, por seguirte en el juego. —Carolina empezó a derramar la primera lágrima—. Ya no me lleves a mi casa, prefiero ir a la mansión, recoger mis cosas y marcharme hoy mismo a París.

—Si es lo que quieres, eso haremos. —Liberto asomó la cabeza por la ventanilla y, con tono enfadado, habló a Isidoriano—. Cambio de planes, vamos directamente a la mansión.

Durante el camino que quedaba, no se dirigieron la palabra, ni la mirada, ni el inintencionado roce con el pie. Solo estuvieron el uno lo más apartado posible del otro. Al llegar a la mansión, Liberto se apeó primero y, como de costumbre, ayudó a Carolina a bajar del coche. Carolina aceptó por la dificultad que le entrañaba la bajada, pero, nada más poner el pie en el suelo, fue andando lo más rápido que pudo para que Liberto no pudiese alcanzarla. La joven lo odiaba, sobre todo por seguir siendo un caballero incluso en aquel momento. Subió corriendo las escaleras y entró en su habitación dando un portazo, echando el cerrojo para que nadie la molestase.

Carolina no pudo evitar llorar mientras hacía la maleta. Cogió todos sus vestidos (menos los que él le había regalado; no quería recuerdos para el camino) y algunos enseres que le podrían ser útil. Recogió su caja de galletas y sacó una hoja para escribir una carta a su madre:

Querida madre:

Le escribo esta carta para despedirme, porque me dispongo a realizar un largo viaje del cual no sé si podré volver alguna vez. En primer lugar, debo contarle una historia que me ocurrió durante el tiempo que pasé en París con la tía.

Cuando acabé mis estudios, como recordará, me quedé un año más en París para cuidar de la tía (estaba enferma). Sé que le dije lo contrario, pero la tía no tenía dinero para subsistir. Estuve buscando trabajo, pero no encontré nada. Un día, una amiga de la tía me contó que un señor estaba buscando esposa con quien casarse para así conseguir el título de su familia; a cambio, yo solo debía firmar y sería su esposa. Nunca nos conoceríamos, haríamos vidas por separado y yo recibiría todos los meses una suma de dinero bastante considerable. Por mi situación, decidí casarme con este señor.

Nadie supo jamás de lo ocurrido. Pretendía que fuese un secreto, mi secreto, y llevármelo a la tumba. Pero eso fue antes de que mi vida se complicara tanto. Con el dinero que Antoine (así se llamaba mi «marido») me iba mandando, yo iba pagando las deudas de Marie.

Durante mi posterior estancia aquí, recibí varias cartas de Antoine donde me decía que quería conocerme. Al parecer, nos habíamos visto una vez en el teatro (sin yo saberlo) y me presentaron a mi propio marido unos amigos en común. Claro está que ellos no sabían que era mi esposo; esa noche en el teatro conocí a mucha gente y no me acuerdo de su cara. No respondí a ninguna de sus cartas por temor a lo desconocido.

Más tarde, conseguí el trabajo en la mansión. Y te aseguro que no me arrepiento, madre. Han sido dos meses maravillosos donde he conocido al amor de mi vida, Liberto, el conde. Mandé una carta a Antoine con la intención de que me dejase libre para poder casarme con mi amor, pero él no desea lo mismo. Y ya sabes que las mujeres en estos asuntos (como en la mayoría) no tenemos posibilidad de decidir. Mi esposo me mandó una carta diciendo que me esperaba en París para hablar de todo esto en persona. Así que acepté mi destino y pensé que lo mejor era disfrutar del poco tiempo que tenía con Liberto y después volver a París.

Todo esto fue antes de que el destino en forma de mujer, Belle, me informase del matrimonio de Liberto. Al parecer, madre, el conde está casado y ama a su esposa. La noticia me ha dejado destrozada, pensando, ¡ridícula de mí!, que el amor siempre triunfa y que, aunque difícil, nuestro amor era posible. Me equivoqué, y por eso hoy le digo adiós. Espero que en París me aguarde un futuro provechoso y que pronto nos volvamos a ver.

Con el más fuerte de los abrazos se despide tu hija que te quiere, Carolina.

Posdata: da un abrazo de mi parte a Lisa.

—¡A comer, chicas, que esto ya está! —Mamá pone los platos en la mesa —. Oye, Carol, no nos has contado nada sobre el trabajo.

—Ah, sí. Pues, a ver, me han cogido y empiezo mañana. —Pincho con el tenedor un pedazo de pollo—. También he estado con Martina e Ismael, no veas qué grande es.

—Está precioso —dice mamá con los ojos iluminados—. La semana pasada estuvo en casa, que vino a peinar a la abuela y lo trajo con ella para que lo viéramos.

—Por cierto, os quería preguntar algo. —Mastico el trozo de pollo y lo suelto—. Resulta que Martina y Julián se quieren casar después del verano. La verdad es que están un poco pelados. —Con la boca llena y sin dejar de masticar, sigo hablando—: Me ha preguntado si podrían hacer aquí la boda.

—Uf... No sé, es mucho trabajo. Tendríamos que abrir las habitaciones del hotel y ponerlas a punto, hacer el catering... No lo sé, hija, creo que ahora no tenemos personal para ello.

—No, no, el catering lo contratarían ellos. Y sería en los jardines. Además, nos pagarían por el servicio, lo que no nos vendría nada mal para arreglar algunas cosillas que he visto que están medio rotas.

—Por mí, sí —dice la abuela con ilusión—. Hace mucho que no celebramos nada en esta casa. A mí me encantan las bodas.

—Pero, mamá, ¿y tú?

—¿Yo, qué? —La abuela está decidida—. Mira, hija, este hotel lleva mucho tiempo sin estar en activo. Al final, se nos va a caer encima. Es demasiado grande y deberíamos buscarle de nuevo una utilidad.

—Vale. —A la fuerza, mamá se convence—. Dile que sí a Martina. Ya veremos cómo sale el experimento.

—¡Genial, mamá! —Le doy un beso en la mejilla—. ¿Quién sabe? Lo mismo nos lanzamos y empezamos a hacer eventos y reabrimos esto de nuevo. Tengo muchas ideas, mamá...

—Bueno, bueno. De momento, hacemos esto. Ya veremos qué pasa más adelante.

CAPITULO X:

El viaje

Parece que tengo todo bajo control. He llegado a la tienda de manera puntual como acordé con Gabriel, he ordenado los libros infantiles por edades y he preparado la temática de esta semana para la presentación del nuevo cuento del erizo Pepe: ¿Dónde está mi cepillo?. Gabriel me ha prometido que llegará sobre las once y media más o menos; al parecer, tenía una charla en una escuela infantil de la zona para invitar a los papás y los niños a la presentación del cuento en la tienda.

A lo largo de la mañana solo han entrado dos clientes y, la verdad, aunque creo que lo han hecho para curiosar, he conseguido que compraran alguna cosilla. También me he preparado un té de manzana y canela que tenía Gabriel en el pequeño despacho y ahora estoy saboreando unas galletas de jengibre recién hechas que me he traído de casa esta mañana. Aunque no voy a comérmelas todas; dejaré un par para Gabriel.

El día de la entrevista me di cuenta de lo atractivo que era. Creo que ese estilo desenfadado le favorece. Siempre sonrío de forma infantil y sus ojos tienen un brillo especial cuando habla de algo que le apasiona. No se parece en nada a ninguno de los tíos con los que suelo salir habitualmente. No sé por qué, pero me gusta un poco, lo admito. No creo que tenga ninguna aplicación para ligar; de hecho, no sé si tiene pareja. Martina cree que no, pero, claro, tampoco sé hasta qué punto lo conoce. Aunque Martina es una fuente fiable; su peluquería es centro de cotilleos de la zona. Como suele decir, «tiene muy buenos contactos».

No entiendo qué hago pensando en todo esto ahora mismo, ¡está totalmente fuera de lugar! Se supone que estoy en temporada de sequía para conocerme a mí misma y dejarme de gilipolleces. Venga, Carolina, ponte a leer un poco y deja de fantasear... A ver si la historia de la

bisabuela te ayuda a centrar tus ideas. ¿Por dónde iba...?

Tras escribir la carta, Carolina la metió en un sobre. Miró la habitación por última vez y se despidió de cada uno de sus recuerdos, de cada uno de los hermosos momentos que en esa habitación había pasado junto a Liberto. Bajó las escaleras y llegó al vestíbulo, donde vio a los sirvientes. Se despidió de cada uno de ellos, les dio las gracias por hacerla sentir como en casa y abrazó muy fuerte al ama de llaves, que lloraba sin parar. Carolina le entregó el sobre para que se lo diera a su madre lo antes posible. Cuando llegó a la puerta, la joven se quedó de piedra al ver que el coche la estaba esperando. Al parecer, Liberto no se iba a despedir de ella. Sin pensarlo mucho más, Carolina entró en el coche y comenzó el camino hacia su nueva vida.

El recorrido fue largo y triste, como una metáfora de su vida. Cuando llegó a la estación de tren para poner rumbo a Francia, Isidoriano se despidió de ella y le entregó una carta de Liberto, haciéndole prometer que no la leería hasta que el tren partiera.

Y el vagón arrancó:

Carolina, vida mía, cuando hoy me he levantado, me he sentido el hombre más afortunado sobre la tierra porque tú estabas a mi lado. Estos meses que hemos pasado juntos han sido maravillosos. No me puedo imaginar la vida sin ti. Cada minuto que no paso a tu lado estoy perdido. Siento haberte mentido y espero que llegues a entender que la desesperación lleva al hombre al borde de la locura, a enredar las cosas para conseguir lo que quiere.

Dentro de poco, conocerás toda la verdad y se desvelará el secreto que he mantenido guardado a conveniencia. Solo deseo que sepas perdonarme. Porque sé que tú y yo debemos estar juntos.

Volveremos a vernos antes de lo que te imaginas.

Te amo. Liberto.

Carolina terminó de leer la carta y suspiró de dolor. No sabía qué pensar, de qué secreto hablaba; había algo más que su matrimonio. ¿Qué significaba eso de que volverían a verse? ¿La iría a buscar a París? ¿Y lo de la locura? Tal vez quería raptarla... Había oído historias de amor que hablaban de amantes que se fugaban juntos, pero Liberto sabía que ella no se iba a fugar, que ella no era de esas; quizás de ahí lo del rapto... Eso sí sería una locura, aunque no lo veía capaz de ello. Sorprendida, guardó la carta en su lata de galletas para leerla de nuevo más tarde.

El viaje a Francia estaba siendo más duro de lo que se imaginaba. Se sentía muy afligida por todo lo que le había sucedido. Todo le recordaba a Liberto. Por las noches, le parecía oír su voz susurrándole que la amaba; incluso, en ocasiones, mientras dormía, creía verle y sentir su olor; la imaginación le estaba jugando una mala pasada. Pero no solo el recuerdo de Liberto la atormentaba. Desde el justo momento en el que puso un pie en el dichoso tren, se sintió mareada; el olor a cerrado le provocaba náuseas y cada vez le costaba más conciliar el sueño.

La noche era fría. Por la ventana se podía observar una oscuridad nublada que la inquietaba. Algo desde fuera la estaba llamando... Sería la desesperación de que alguien la anhelara tanto como ella a Liberto.

Carolina se puso en pie y se fijó en que su compañera de camarote estaba profundamente dormida. Puso sus pies descalzos sobre la fría madera y, con cuidado de no hacer ruido, se puso una capa de lana. Cerró tras de sí la puerta de la estancia con sigilo y salió. Necesitaba respirar. Aquella noche gélida la llamaba, y el pequeño resplandor de la luna la hechizaba. Carolina se acercó con frágiles pasos hacia el borde del vagón para sentir el frío en su rostro más de cerca. Trepó con especial cuidado por los barrotes y dejó su cara a merced del viento. La joven quedó hipnotizada por la música de los raíles rompiendo contra el suelo mientras el aire silbaba y la animaba a saltar a la oscuridad. Sus manos estaban heladas y su mente confusa; un paso más y sería su fin, un salto y todo habría terminado. Pensó entonces en Liberto y el dolor que sentiría por su pérdida. Carolina se preguntaba qué sería de él, qué haría, dónde estaría. ¿Con otra mujer?, ¿ya la habría sustituido por alguna otra muchacha? Empezó a llorar; estaba sola y nadie

podía ayudarla. Para colmo, su marido desconocido ahora la quería a su lado y ella no podía hacer otra cosa que ir allí. Era humillante.

De repente, Carolina oyó unos pasos pesados que se acercaban a ella. Su dueño olía a alcohol y suciedad. Intentó buscar una cara conocida, pero la oscuridad de la noche y la niebla no la dejaban ver nada. Asustada, intentó bajar de los barrotes, tropezando y cayendo al frío suelo.

—¿Quién hay ahí? —La voz de la muchacha sonó entrecortada, casi como un susurro—. ¡Vete o gritaré!

—No te asustes, niña, vengo a hacerte compañía —contestó el rondador nocturno, dejándose ver como un hombre que se chupaba los labios. Cuando la luz de la luna lo permitió, Carolina pudo distinguir a un hombre mayor con barriga y sin dientes—. ¿No sabes que una mujer como tú no debe salir sola por la noche?

—Déjeme en paz. —A Carolina le daba asco y comenzó a tener náuseas—. ¡Váyase!

—De eso nada. No hasta que juguemos un poco...

—Yo no voy a jugar. —Carolina se levantó y se preparó para salir corriendo—. Voy a gritar...

—Grita, nadie te escuchará —dijo el hombre con sorna. La atrapó por un brazo e intentó tocarle un pecho—. Qué bonita eres... —Expulsó su appestoso aliento sobre Carolina.

—¡Vete de aquí, cerdo!

La joven le dio un rodillazo y huyó. Pero el suelo estaba encharcado y cayó de nuevo, dándose en la cabeza. Aún con la visión borrosa y aturdida por el golpe, Carolina vio cómo la figura de aquel hombre se acercaba cada vez más a ella, intentando tocarla. Entonces, otra sombra más grande gritó algo a la vez que atestaba un golpe fuerte en la testa a aquel degenerado. Carolina intentó mantener los ojos abiertos a pesar del fuerte dolor de cabeza, pudiendo distinguir que la sombra pertenecía a un hombre joven que, además, la estaba cogiendo en brazos y susurrando algo imposible de apreciar en un momento como aquel. Carolina perdió la noción del tiempo en los brazos de aquel hombre que le daba seguridad y, poco a poco, fue

dejándose ir hasta caer en un profundo sueño.

La joven despertó bien entrada la mañana. Las náuseas no cesaban y aquel maldito sueño de la noche anterior no la dejaba tranquila; parecía que hubiera ocurrido de verdad. Es cierto que tenía varios golpes en las piernas, pero ella no recordaba ninguna caída, salvo la del sueño. Entonces, Carolina recordó súbitamente cómo intentó huir de aquel baboso y un escalofrío recorrió su cuerpo. Sintió pánico. Verdadero pánico. Aquello había ocurrido, no eran imaginaciones suyas. Y, es más, alguien la había llevado de noche en brazos hasta su cama; un hombre la había salvado de una posible desgracia. Aunque ella solo podía recordar el olor a limpio de su ropa; la oscuridad de la noche no le había dejado ver el rostro del que fuera su salvador. Carolina no pudo evitar las arcadas al recordar todo. ¿Quién sería aquel mal nacido? ¿Seguiría en el tren? Tocó sus piernas y brazos y sintió las manos huesudas del viejo baboso... Tuvo un fuerte escalofrío, aguantó como pudo el llanto y fue a lavarse.

Pensó en buscar a su compañera de camarote: Jane, una antigua enfermera ya retirada y viuda, además de su única amiga en todo el viaje. Aquella mujer era la amabilidad en persona y tal vez ella conociera la identidad del hombre que la había ayudado. De casualidad, Jane entró por la puerta, sorprendiendo a Carolina mareada y bastante pálida. Para colmo, el traqueteo del tren no ayudaba demasiado. Jane corrió a atenderla, creyendo que su compañera de camarote tenía un cólico debido a algo en mal estado.

—Carolina, ¿qué es lo que has comido hoy? —preguntó Jane mientras intentaba tomarle el pulso.

—Llevo dos días sin comer prácticamente nada, solo algo de fruta...

—Qué raro... —Jane examinó sus ojos a la luz ambiental—. ¿Desde cuándo sientes los mareos?

—No sé, hace ya varios días. —Carolina se sentó como pudo en la cama—. Cuando me monté en el tren, empecé a encontrarme muy mal.

—Puede que me equivoque, pero creo que puedes estar embarazada...

—Es posible, yo también lo había pensado... —Carolina hizo una pausa y

miró a Jane a los ojos—. Me da miedo haberme quedado embarazada de un hombre que no es mi marido...

—¿Lo quieres? —preguntó Jane seria y directa.

—¿A quién?

—Al que es el padre de tu bebé.

—Sí, lo amo. —Y Carolina empezó a llorar—. Ahora, ¿qué hago?

—En primer lugar, dejar de llorar. —Jane sacó un pañuelo de la manga de su vestido y secó las lágrimas de la joven—. En segundo lugar, ¿quieres a tu esposo?

—Todavía... —sollozó—. Todavía no lo conozco... Llevo dos años casada con él —comenzó a llorar de nuevo— y no sé cómo es. Tengo miedo de no poder soportar su presencia.

—Bueno, hija, tranquilízate y deja de llorar, que todo tiene solución. —Jane la abrazó—. No estás sola. Cuando llegues a París, si ves que tu marido no te trata bien, te vienes a mi casa. Es grande y con espacio de sobra para las dos.

—Muchas gracias —dijo abrazando a Jane.

Carolina pensó que a lo mejor no estaba todo perdido. Puede que su marido le concediese la libertad, viviendo en casa de Jane hasta que consiguiese el dinero suficiente para volver de nuevo con Liberto.

Las dos mujeres salieron a tomar un poco el aire. Fue cuando Carolina, medianamente recuperada y realizada la confidencia oportuna, aprovechó para preguntarle por su liberador. Sin embargo, la respuesta fue negativa, teniendo que buscar otras alternativas para calmar su mente. Entonces, en el otro extremo del tren, la joven vio al que debía ser el revisor y decidió acercarse a él. Necesitaba saber si alguien tenía noticias de lo que había ocurrido la anterior noche y, de ser así, qué había ocurrido, tanto con el hombre que le salvó la vida como con el baboso que intentó sobrepasarse con ella.

—Disculpe... —Carolina tocó el brazo del posible revisor—. Perdón, no quiero molestar, pero me gustaría hablar con usted si pudiera ser... En

privado.

Aquel hombre era grande, con fuertes y anchos hombros. Sus manos enguantadas parecían nerviosas, abriéndolas y cerrándolas. Su rostro, escondido tras un pañuelo color sangre. Había algo en ese hombre que la hacía temblar.

—Por supuesto, venga por aquí. —El misterioso hombre abrió la puerta del salón y se sentó en un sillón, no sin invitar antes a hacer lo propio a Carolina—. Usted dirá, señorita.

—Bien, no sé si sabe que ayer un miserable intentó propasarse conmigo. —No podía evitar mirar la tela que cubría lo que seguro eran cicatrices. La piel se le puso de gallina solo de pensarlo, pero intentó disimular fijando la vista en el marco de la puerta—. Y un hombre me salvó, quiero saber quién ha sido.

—Ha dado con la persona adecuada, señorita. Sé quién fue el depravado que intentó propasarse. Por suerte, ya no está aquí. —Su voz era brusca, cortante—. En cuanto al hombre que la ayudó... Nos dejó dicho que no quiere ser señalado; prefiere quedar en el anonimato.

—Pero solo me gustaría agradecerse... —Carolina se fijó en sus manos enguantadas y fuertes. De repente, comenzó a sentirse mal y tomó asiento—. Si no fuera por él...

—¡No insista, señorita! —El tono se volvió demasiado elevado para una simple conversación. El aparente revisor se percató de ello e intentó bajar la voz y parecer más considerado. Respiró—. Esté tranquila, la bestia que intentó hacerle daño ya no está entre nosotros. —Se levantó del sillón—. Queda un día más de viaje. Hágame el favor de quedarse en su camarote cuando caiga el sol.

—Sí, señor... —dijo Carolina con resignación. Y se levantó de la silla—. Muchas gracias por su atención.

Los dos se despidieron cordialmente. Los modales de aquel hombre no eran para nada los adecuados, pero sus palabras (aunque bruscas) habían aliviado el temor de volver a sufrir un altercado tan desafortunado como el de la noche anterior. Al menos esa noche podría dormir tranquila sabiendo

que aquel salvaje no estaba en el tren.

El viaje pasó como pasan las horas cuando no tienes nada que hacer, más que mirar a la nada y comer. Al llegar a Francia, Carolina y Jane se despidieron con lágrimas en los ojos, prometiendo la primera a la segunda que todo lo que le ocurriese se lo contaría. Ambas dieron su palabra de no perder el contacto.

—Te veo muy concentrada... ¿Qué lees? —dice Gabriel dándome un susto por su repentina llegada mientras me mira risueño—. Creo que vendrá mucha gente este jueves a la presentación.

—Me alegro mucho. Yo ya he preparado todo. —Nerviosa, guardo en la lata las cartas—. Estaba leyendo algo así como un diario familiar.

—¿En serio? —Gabriel se acerca a mí por detrás, se coloca muy cerca y toca la lata—. Es muy antigua.

—Y tanto. Es de mi bisabuela, su historia escrita de su puño y letra. —Doy un sorbo al té y le paso el plato de galletas de jengibre intentado poner distancia—. ¿Quieres?

—Eh, pues sí. —Gabriel coge una galleta y se la mete de un bocado—. ¡Mmm! Están buenísimas.

—Las hace mi madre. Hay más en el despacho, por si te apetecen más tarde. —Gabriel está tan cerca que puedo oler su perfume; eso me pone nerviosa—. Si quieres, te preparo un té o un café.

—Deja, lo hago yo mismo. Soy tu jefe y no quiero abusar. —Empieza a reírse avergonzado por su propia ocurrencia—. No me entiendas mal, ¿eh? —Me guiña un ojo.

—¡No, qué va! —Cómo no darse cuenta de que estamos tonteando (lo cual me pone histérica y, por qué no decirlo, me excita cuando estamos cerca, así que intento cambiar de tema)—. Han venido dos clientes.

—¡Ah! Genial. ¿Y se han llevado algo? —Gabriel se está haciendo un café en la máquina del despacho—. Algunos solo entran por curiosidad. Por suerte, los días de cuentacuentos y las presentaciones vendemos bastante.

—Bueno, al menos hay ventas —digo intentando animar la posible deriva catastrofista empresarial—. En mi casa somos muy de leer. De hecho, tenemos una biblioteca enorme. Antes, cuando mi padre vivía, celebraban allí reuniones del club de lectura de la biblioteca.

—¿Falleció hace mucho?, si no te apetece hablar de ello, no hace falta que me respondas. —Se siente mal por haber preguntado.

—Pues hace ya algunos años, pero bueno, creo que os hubierais llevado bien, era un hombre muy especial.

—Al parecer, vives en una especie de hotel rural y casa histórica. —Intenta cambiar de tema para evitar que Carolina se ponga triste—. Por esta zona hay pocas casas de esa época.

—Un día, si quieres, puedes venir y te la enseño. Estoy segura de que te encantaría. —Pero ¿qué acabo de hacer? Lo he invitado descaradamente a mi casa. De verdad, no tengo límites...

—Oye, pues sí, te tomo la palabra. —Gabriel coge otra galleta—. Eso del club de lectura es una idea que me resulta interesante, la verdad. Tal vez, algún día vuelvas a montar de nuevo el hotel...

—¿Quién sabe? A lo mejor algún día retomo la actividad y vuelvo a darle vida. La verdad es que me gustaría mucho; de hecho, a veces imagino en mi cabeza las mejoras que haría y fantaseo con la idea.

—Nunca es tarde, todo es empezar. —Gabriel se termina de un sorbo su café—. Por cierto, Carolina, ¿te vas a ir a comer a casa o te quieres quedar aquí a comer? Lo digo por pedir algo para los dos. —Aquello suena a proposición en toda regla—. O, si quieres, tomamos algo por aquí cerca...

—Por mí, sí. —Creo que lo he dicho demasiado eufórica—. Hacemos lo que mejor te venga.

A las dos en punto, cerramos la tienda y vamos a comer a un restaurante asiático situado en la calle principal. Aunque no es una cita, se parece bastante. Y, a decir verdad, para mí es la mejor cita que he tenido desde hace mucho, muchísimo tiempo. Sin duda, podría acostumbrarse perfectamente a esta situación. Después de comer y antes de abrir de nuevo la tienda, pasamos por delante de la peluquería de Martina, quien

nos mira desde detrás del cristal mientras pone los rulos a una señora. La saludo con un poco de guasa y ella me saca la lengua de forma infantil. No han pasado ni cinco segundos cuando recibo un WhatsApp.

Martina:

«Muy bien, me alegra saber que me has hecho caso 😊 ... Ya me contarás».

Yo:

«Mira que eres cotilla... No es lo que crees, o al menos eso creo».

Martina:

«Pues más tonta eres tú, mis fuentes me confirman que es un buen partido. A por él, loba, no desaproveches la oportunidad, he visto cómo te mira... Jajajaja».

Yo:

«Gracias por hacerme pasar vergüenza, seguro que ya estoy como un tomate por tu culpa».

Tras leer ese último mensaje, no puedo evitar reírme demasiado alto; disimular nunca ha sido mi fuerte. Guardo el móvil en el bolso y sigo caminando al lado de Gabriel.

—¿Todo bien? —pregunta Gabriel—. Tienes la cara superroja, debe ser alergia.

—Eh... Sí, todo bien, sí. —Los dos sabemos que no es alergia—. Es mi amiga, que me ha mandado un mensaje muy gracioso, contándome una cosa suya y tal...

—Entiendo. Bueno, pues nada. —Gabriel pone cara de interesante—.

Entonces, vamos ya a la librería, a ver si con suerte vendemos algún libro.

CAPITULO XI:

Bienvenida a casa

La semana ha pasado rápido. La presentación del cuento ha sido un éxito; la verdad es que al autor se le veía feliz firmando los cuentos a los niños. Todos los días he comido con Gabriel en la librería o bien en algún restaurante de la zona y, aunque las horas pasan volando a su lado, cuando llego a casa estoy muy cansada para leer nada.

Pero por fin mañana es viernes y la tienda abre un poco más tarde para preparar bien el cuentacuentos de la tarde. Para mi sorpresa, es el mismo Gabriel el que se encarga de hacer el cuentacuentos con marionetas y todo. No puedo evitarlo, pero cada vez me gusta más pasar tiempo a su lado. Hoy, antes de cerrar la tienda, me ha dado un abrazo de despedida; creo que mi chaqueta aún huele a él, y eso me encanta.

Al llegar a casa, veo que hay luz en el porche. Es una ambulancia. Dejo el coche en la puerta y voy corriendo. Tengo un mal pálpito; eso es que ha pasado algo, y gordo.

Entro en el salón corriendo y veo a un médico hablando con mamá.

—¿Qué ocurre, mamá? —Cada vez estoy más nerviosa.

—Te iba a llamar ahora, hija. —Se nota en sus ojos que ha pasado un mal rato—. Se llevan a la abuela al hospital. Se ha caído hace cinco minutos y creen que es un ictus.

—Pero, la abuela... —Y más nervios—. ¿Dónde está?

—Nos vamos ya, señorita —me dice el médico—. No se preocupe, su abuela está en la ambulancia, aunque con ella solo puede ir un familiar.

—Vale. Mamá, vete con ella y yo os sigo con el coche.

La carretera está oscura y ha empezado a llover (ni que esto fuera una novela negra, ya solo falta que se me rompa el coche...). Dejo el coche de mala manera en el aparcamiento del hospital y voy rápidamente a la puerta de Urgencias. Ya estoy a punto de llegar a la ventanilla para preguntar por mi abuela cuando una mano me toca el brazo. Casi me muero del susto y de los nervios. Pero es mamá, cansada y con ojeras acentuadas; una fatiga emocional más que física.

—Carol, tenemos que esperar en la sala. Nos mantendrán informadas. —Y nos sentamos donde podemos.

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo se ha caído? —La pierna se me va a dislocar como la siga moviendo así, y las manos, sin saber qué hacer con ellas, se van a quedar sin dedos—. Me tenías que haber llamado antes.

—¡Para con las manos y la pierna, que me pones nerviosa! —Mamá me pone las manos sobre mi brazo y pierna derechas—. La abuela se me ha caído en el baño mientras la ayudaba a ducharse. Ha perdido el equilibrio y se caído en peso muerto, no he podido sostenerla.

—No pasa nada, mamá. Yo tampoco hubiera podido sujetarla. —Le doy un beso en la frente—. Lo he estado pensando. Deberíamos buscar ayuda en casa ahora que trabajo, para que te eche una mano.

—Bueno, vamos a ver qué nos dicen los médicos.

Han pasado dos horas y aún no sabemos nada de la abuela, salvo que le están haciendo pruebas. Mando un mensaje a Gabriel para decirle que estoy en el hospital con mi abuela y que no sé si podré abrir la librería mañana. Viendo que va para largo, saco un café de la máquina del hospital.

—¿Te importa si leo un poco mientras esperamos? —le pregunto a mamá.

—Claro que no, hija, a saber cuándo nos llaman...

Saco la lata de galletas del bolso y continúo con la historia.

Cuando Carolina llegó a la casa del que era su marido, se sintió muy pequeña y vulnerable. A pesar de la noche, podía distinguir frente a ella dos puertas enormes de forja negra que custodiaban un jardín verde con

flores de diversos colores, en mitad del cual se erigía una majestuosa mansión de paredes rosadas con tantas ventanas que era imposible contarlas.

Uno de los sirvientes (que a Carolina le recordaba a un pájaro por su nariz picuda y su forma de andar) la invitó a entrar y la dejó esperando en la sala de estar. La estancia rebosaba tapizados de diferentes rojos y dorados y sus muebles solo se podían describir con una palabra: lujo.

Al rato, bajó el mismo sirviente.

—«Mademoiselle», venga conmigo por aquí, por favor.

—Gracias. —Carolina cogió su maleta y subió las escaleras tras el hombre pájaro.

—«Mademoiselle», su habitación. —El sirviente le abrió la puerta—. Le han preparado el baño. Suponemos que estará cansada, así podrá reposar. Dentro de una hora se servirá la cena.

—Gracias otra vez. —Carolina dejó la maleta sobre la cama—. Perdone, ¿cuál es su nombre?

—«Je m'appelle Gustavo».

—Pues encantada, Gustavo.

Carolina cerró la puerta tras la salida de Gustavo, se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. Estaba agotada por el viaje, sentía los párpados pesados y, sin darse cuenta, un dulce y plácido sueño se apoderó de ella...

Un rayo de luz penetró por las cortinas y despertó a Carolina; se había quedado dormida toda la noche y bien entrada la mañana. Bajó de la cama algo apurada y abrió las cortinas. Debían ser más de las once. Miró a su alrededor y vio que alguien le había preparado nuevamente un baño (y recientemente, pues el agua estaba todavía caliente). Sin pensárselo, Carolina se desnudó y metió en la bañera. El agua limpia con pétalos de rosa relajaba su cuerpo, cerrando los ojos y dejando que la invadiera una sensación de paz y serenidad que no había sentido desde que estaba en su casa. Era asombroso cómo una simple bañera con agua podía hacerla olvidar, aunque fuera por un instante, sus problemas. Ahora que estaba en

París, debía hacer una visita a su amiga Rosa y, tal vez más adelante, visitaría a Jane para ver cómo había llegado. Aunque, pensándolo bien, debería consultarlo con su esposo; ahora se debía a él. Al recordarlo, Carolina no pudo evitar llorar. Su esposo era un desconocido para ella, un egoísta y un mentiroso que la había engañado de la manera más vil. Sí, le había dado su palabra, solo iba a ser un matrimonio sobre el papel, pero seguro que lo tenía planeado todo, hasta el último detalle.

De pronto, alguien llamó a la puerta. Carolina abrió los ojos con una sacudida y se levantó de la bañera, dejando sus pensamientos flotando con el aroma de rosas. Nerviosa, se puso una toalla para tapar su desnudez y abrió la puerta. Ante ella apareció una muchacha de unos dieciséis años, quien traía las toallas limpias. La criada era alta y delgada, con una melena morena que hacía destacar su pálido rostro y el color azul de sus ojos.

—Buenos días, «lady». —La muchacha tenía un marcado acento inglés—. Por fin se ha despertado. Ya creíamos que iba a dormir todo el día. —Pasó a la habitación tras recibir el permiso de Carolina y dejó las toallas—. Supongo que echaría de menos una cama en condiciones.

—No te imaginas cuánto. Estaba muy cansada del viaje.

—Anoche, el señor, al ver que no bajaba, subió a su habitación y vio que se había quedado dormida. —Empezó a adecentar la habitación recogiendo la lencería sucia—. Esta mañana nos ha dicho que la dejáramos dormir. No nos ha dejado ni limpiar esta planta para que ningún ruido pudiera molestarla.

—Es un bonito detalle por su parte. —¿Qué tramaba?—. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Ana. Disculpe que no se lo haya dicho antes. —La chica se ruborizó por su falta de educación e hizo un gesto con la cabeza de disculpa—. Todos aquí estábamos deseando conocerla y me ha podido la emoción...

—No importa, Ana. —Carolina se quitó la toalla y comenzó a ponerse su ropa interior—. Por cierto, el señor no te ha dejado ningún mensaje para mí, ¿no?

—¡Ah, sí! Se me olvidaba. Lo que le digo, la emoción. —Ana sacó de su bolsillo un pequeño sobre con una flor de vainilla—. Tenga, me lo ha dado hace unas horas.

—Muchas gracias, Ana. —Antes de abrir el sobre, olió la flor—. Me encanta la vainilla.

Con cuidado, Carolina sacó el papel que había en el sobre y lo leyó en voz alta, sin importarle la presencia de Ana. Estaba demasiado ocupada intentando parar el latido de su corazón, que se movía al ritmo del galope de un caballo.

La casa está a su entera disposición. Quiero que descubra cada uno de sus rincones y haga de este su nuevo hogar. Me hubiese gustado enseñarle la casa yo mismo, pero tengo asuntos que resolver. Estoy deseando verla esta noche.

Antoine.

Carolina releyó aquellas palabras para sí varias veces, sorprendida por el extraño afecto que mostraban. Ese hombre era un hipócrita. Entonces, ¿que pretendía? Tal vez pensara que ella iba a caer rendida a sus pies.

Dejó el mensaje sobre una mesita cercana y terminó de ajustarse la ropa interior, para después buscar en su equipaje algo que ponerse. Sin embargo, todo lo que tenía en la maleta estaba arrugado.

—Ana, ¿podrías bajar estos vestidos para que los planchen?

—Por supuesto, señorita, pero no será necesario. El señor encargó un nuevo vestuario para usted. Lo tiene todo dentro del armario y la cómoda.

—Ana abrió los cajones para mostrarle las prendas—. Yo misma lo guardé todo.

Carolina miró aquellas prendas delicadas y de buen gusto. Pero la situación la hizo volver por unos instantes a su primer día de trabajo en la mansión y a su estúpida discusión con Liberto.

—Si no le gustan, se pueden cambiar —dijo Ana al ver la expresión de Carolina—. Y, si lo prefiere, puedo planchar yo misma sus vestidos para que así se los pueda poner lo antes posible...

—No, no hace falta. —Carolina volvió a la realidad—. Son preciosos.

—Me alegro. Yo tengo que irme ya. ¿Quiere que le traiga el desayuno?

—No, bajaré yo misma a la cocina. Gracias.

—De acuerdo. La espero abajo entonces.

Carolina escogió finalmente un vestido color amarillo pálido. Y cuando acabó de vestirse y asearse, bajó a la cocina siguiendo un maravilloso olor a leche, vainilla y canela. Fue allí donde conoció a los demás empleados de la mansión, pasando una mañana de lo más agradable. Carolina disfrutó de un maravilloso desayuno con varios platos, pero lo que más le gustó fueron las galletas de vainilla y canela, que la transportaron a su verdadero hogar y a las tardes frente al fuego con su madre y Lisa.

El resto de la mañana la pasó en la biblioteca. Era enorme. Para la muchacha fue como entrar en el paraíso, con todas aquellas estanterías llenas de libros antiguos y que todavía no había leído.

A la hora del almuerzo, convenció a Ana y otras dos empleadas para que se quedaran con ella en el jardín y así disfrutar de una comida al aire libre. No todos los días se podía disfrutar del sol.

—¿Cómo es mi esposo? —preguntó Carolina—. No quiero asustarme esta noche cuando lo conozca...

—¿Nunca lo ha visto? —dijo una de las asistentes mirando a su señora con cara de espanto—. ¿Ni siquiera una vez?

—No me llame de usted, por favor —sonrió Carolina—. Y no, no le conozco. Bueno, él me dijo en una de sus cartas que nos habían presentado en el teatro, pero yo no me acuerdo muy bien.

—La verdad es que nosotras tampoco le vemos mucho —dijo Ana—. Siempre está de viaje.

—¿Físicamente cómo es? —Carolina quería obtener tanta información como podía.

—Es apuesto... Y muy varonil —dijo otra de las asistentes con una risa pícara que contagió a sus compañeras.

—Bueno, eso quiere decir que sí que os habéis fijado, aunque sea un poco, ¿no? —Aunque el comentario sonó serio, Carolina no pudo evitar una pequeña sonrisa. Las tres chicas se ruborizaron por el comentario de su señora, y Carolina no pudo finalmente evitar reírse a carcajadas al ver las caras de las tres chiquillas, que se habían quedado sin habla.

—Disculpe el comentario —dijo Ana en nombre de las tres.

—Era broma. —Carolina miró a las asistentes, que todavía tenían las mejillas de color escarlata—. Esta tarde quiero salir a ver a una amiga. Llegaré a la hora de cenar, por si el señor viene antes que yo.

Son más de las once de la noche y todavía seguimos sin saber nada. Esto es desesperante.

—Mamá, me voy a acercar a la cafetería, que está a punto de cerrar, y compro un par de bocadillos.

—Toma, coge mi cartera y paga. —Mamá abre su bolso.

—Sí, hombre, solo faltaba... —Obviamente, rechazo su proposición—. Anda, qué cosas tienes... Si te dicen algo, me llamas y vengo volando. Tardo nada.

—Tranquila, Carol. ¡Ah! Cómprame ya de paso una Coca-Cola, que en la máquina no quedan.

—Sin problema. Ya mismo estoy aquí.

Al salir del hospital, el aire frío sopla mis mejillas, haciéndome salir de mi letargo. Llevaba mucho rato allí metida y el calor de la sala de espera era insoportable. Ya estaba a punto de llegar a la cafetería cuando una voz conocida me grita desde la distancia. Es Gabriel. ¿Qué hace aquí?

—¡Carol, espera! —Parece fatigado—. El deporte no es lo mío y llevo... —sí, lo está—... Siguiéndote desde que has salido de la puerta de Urgencias... Menudo paso llevas...

—Perdona, no me he dado cuenta. ¿Qué haces aquí?

—He venido por si puedo ayudar en algo. —Gabriel todavía tiene que coger aliento.

—Espera, que voy un momento a la cafetería a coger algo de comer.

—OK, te acompaño.

Con rapidez propia del salvaje Oeste, cojo tres bocadillos de lo que quedaba en la bandeja del autoservicio del hospital y un par de latas de Coca-Cola. Pago a la mujer de la cafetería con cara de pocos amigos y juntos caminamos de nuevo hacia la sala de espera.

—Gracias por venir. —Lo reconozco: estoy algo ruborizada y siento mariposas en el estómago—. Pero no hacía falta. Además, no creo que puedas ayudar.

—Bueno, yo antes trabajaba aquí de médico. Voy a intentar entrar y ver si me entero de algo.

—¿En serio? ¿Tú eres médico? —No me lo puedo creer—. ¡Menuda sorpresa! ¿Qué más no sé de ti? ¿Y en serio harías eso por mí? —Doy un salto y me abalanzo sobre él, abrazándole incómodamente... Hasta que me doy cuenta de mi excesivo entusiasmo—. ¡Ay! Perdona, yo no...

—No pasa nada. Entra con tu madre y voy a ver qué puedo hacer. —Y me da un beso en la frente.

Media hora después, Gabriel entra de nuevo en la sala de espera y ve a Carolina y a su madre comiendo con desgana los bocadillos.

—Son horribles, ¿verdad? Hay cosas que no cambian... —Gabriel se sienta a mi lado—. Bueno, ya he visto a tu abuela.

—Mamá, perdona, que no os he presentado. Él es Gabriel, de la librería donde trabajo.

—Sí, le conozco del pueblo. —Pero a mi madre le interesan más otros asuntos—. Cuéntanos, hijo, ¿cómo está?

—Le ha dado un pequeño ictus derecho. Pero está estable gracias a que la han cogido a tiempo. La han trombolisado, esto es que disuelven el

trombo, y ya ha recuperado bastante. De hecho, no para de hablar. —Se ríe—. Es muy graciosa, tiene a las enfermeras locas.

—Eso es muy de mi madre, la verdad... Pobres enfermeras... ¿Y puedo verla?

—Me han dicho mis compañeros que la suben a planta ya, a la habitación 206 de la Unidad de Ictus, y que solo puede haber un acompañante con ella unos minutos. Si quieres, te llevo con ella.

—Perfecto. Vuélvete a casa, Carol, aquí no hacemos nada las dos. Yo me quedo por si pasa cualquier cosa. Y mañana tráeme un neceser para que pueda asear bien a la abuela y ponerla algo más cómoda, que ya sabes cómo es. —Mamá tornó los ojos hacia arriba.

—Vale, no te preocupes. Te dejo el coche aquí de todos modos, mamá, por si lo necesitaras y yo no puedo por lo que sea. O incluso si decides venir a casa.

—¿Y tú cómo vuelves a casa y luego vienes mañana? Es una tontería eso —dice mamá.

—Me pillo un taxi, no te preocupes.

—Carol, no digas tonterías. Espera que acompañe a tu madre a la habitación y te llevo a tu casa, por mí no hay problema. Y mañana, a primera hora, te voy a buscar y te traigo.

—Muchas gracias, Gabriel.

Mamá observa la situación y se da cuenta de que aquí está ocurriendo algo bueno; su hija está distinta. Desde luego, esta Carolina parece más madura y con ganas de avanzar, nada tiene que ver con la niña que llegó hace semanas apática y taciturna.

CAPÍTULO XII: Coincidencias

—¿Estás bien? —me pregunta Gabriel con cara de preocupación nada más aparcar en la puerta de casa—. Has estado muy callada todo el camino.

—No lo sé... Es que me da la sensación de que las cosas están cambiando mucho y a gran velocidad. —Le cojo la mano a Gabriel—. Gracias por traerme a casa.

—La verdad es que es bastante imponente la casa... El caso es que creo que yo he estado aquí antes. —Gabriel cambia de tema intentado disimular lo nervioso que se pone delante de Carolina—. Es una construcción muy curiosa. Me imagino cómo sería en otra época...

—¿Quieres pasar y te enseño un poco «mi mansión»? —Salgo del coche—. Venga, no te hagas de rogar. La verdad, no quiero estar sola hoy... Además, estoy intrigada por saber cómo un médico acaba teniendo una librería infantil.

—Ja, ja, ja... Bueno, esa historia es bastante simple. Venga, te acompaño un rato.

Al entrar al vestíbulo, Gabriel se percata de la lámpara de cristales que cuelga del techo. Para él, parece que el tiempo se había parado en esa estancia.

—Creía que estas cosas ya no se fabricaban —dice Gabriel sorprendido—. Parece la portada de una novela romántica.

—Pues esto no es nada. —Miro con él la lámpara y otros objetos antiguos—. En realidad, la última reforma de la casa se hizo hace más de cuarenta años, cuando mis abuelos volvieron de Francia. Creo que mi madre por entonces tenía trece años, más o menos.

—Pero esto es más antiguo... —Gabriel acaricia entusiasmado los marcos de las puertas y el pasamanos de la escalera—. Supongo que solo reformarían una parte.

—Claro. En realidad, reformaron solo las habitaciones, la cocina y los baños. Eso sí, siempre guardando el estilo original. Se supone que ese era el gancho del hotel.

—Qué pena que el hotel no siga abierto. Seguro que tendría muchos clientes.

—Ya, es algo que lleva rondando por mi cabeza desde hace semanas. Incluso se lo comenté a mi madre. Claro que necesitaría de un buen aporte económico, pero sí, me imagino abriendo de nuevo la casa al público. — Terminada la charla sobre la antigüedad del hotel, le ofrezco la mano a Gabriel y lo llevo hasta las escaleras—. Acompáñame, voy a enseñarte mi rincón favorito de la casa.

Sin pensarlo, Gabriel sigue mis pasos hasta llegar a una puerta labrada y ennegrecida por el paso del tiempo. Al entrar, la habitación está oscura y fría, casi helada; tanto, que se puede ver el vaho de los alientos al respirar.

—Un momento, que enciendo la luz. —Le doy al interruptor y la habitación se ilumina por completo—. La verdad es que hace un frío que pela aquí dentro. Dame otro segundo, que enciendo la chimenea.

—Es impresionante esta habitación. —Gabriel está maravillado con toda la casa—. Creo que no había visto nada igual antes. Parece una librería antigua, y las ventanas son vidrieras. ¡Qué maravilla! —Gabriel se acerca a la chimenea recién encendida y pone sus manos frente a la lumbre sin dejar de mirar a su alrededor—. Es que es preciosa.

—Siéntate en alguno de los butacones. —Le señalo un par que están cerca de la chimenea—. Si quieres, hacemos un té o un café, que tengo un termo eléctrico, ja, ja, ja —digo sacando del mueble del rincón dos tazas y enseñándole a Gabriel con gracia mi cafetería particular con el termo eléctrico y la cafetera de cápsulas de café, así como varios tipos de galletas—. En esta habitación no hay calefacción, pero en nada se caldea con la chimenea. Coge si quieres alguna de las mantas que hay encima de la otra butaca, por si tienes más frío.

—Lo tienes todo controlado. —Gabriel se acomoda en uno de los butacones—. Ya veo que pasas mucho tiempo aquí.

—Antes sí. Ahora un poco menos... Aun así, a veces vengo, me hago una taza de café y releo alguno de los libros que tenemos. Este lugar me recuerda a mi padre... —Estoy empezando a ponerme triste, por lo que cambio de tema y hago café para los dos—. Bueno, cuéntame, ¿cómo un médico termina siendo dueño de una librería infantil?

—Pues en realidad estoy de excedencia en el hospital. Oye, y ni tan mal. Aunque la medicina me gusta, mi verdadera pasión son los libros. Hace un año y medio falleció el único familiar que tenía, mi abuela, así que heredé una suma importante de dinero y decidí meterme en esta aventura. Estaba un poco cansado de tanta enfermedad...

—¿Tu abuela era de aquí?

—Sí, desde siempre. Mi bisabuela era francesa y tenía un taller de costura. Mi abuela siguió con el negocio de su madre, incluso abrió otros; teníamos varias tiendas en la zona. Tal vez te suenen las Galerías Belle...

—¡Madre mía! Yo te conozco, Gabriel. Hemos jugado mucho cuando éramos pequeños. Mi madre y mi abuela compraban todo allí.

—¿En serio? —Gabriel traga de golpe el café que se acababa de llevar a la boca—. No lo recuerdo...

—Yo sí. Me acuerdo de que llevabas gafas muy grandes y el pelo a tazón. —Me río mientras gesticulo—. Incluso recuerdo que una vez rompimos un cristal del mostrador jugando con la pelota y mi abuela se enfadó muchísimo.

—¡Ya sé quién eres! —Gabriel da un bote en el butacón—. ¿En serio? No me acordaba. Yo pasaba aquí los veranos con mi abuela. Recuerdo que siempre llevabas trenzas y churretes de chocolate en las mejillas, ja, ja, ja...

—¡Madre mía, qué coincidencia! —No me lo puedo creer.

—¡Sí, qué maravilla! —Gabriel da otro sorbo al café para poder digerir la información—. Debo confesar que en aquella época me gustabas mucho. Creo que incluso fuiste la primera chica en la que me fijé.

—¿Qué dices? —Me sonrojo—. Si teníamos... ¿cuántos años, ocho o así?
—Entonces, y sin saber por qué, suelto lo primero que pasa por mi cabeza
—. Has mejorado mucho desde entonces; a mí me gustas más ahora.

Como si hubiera sido una invitación, Gabriel se levanta de la butaca y va hasta mí. Entonces, agacha su cuerpo y besa mis labios con pasión. Cuando siento que yo me dejo llevar, él da un paso más y agarra con sus manos mi cuello, acariciándome la nuca con sus dedos. Yo lo atraigo hacia mí hasta quedar de rodillas frente con frente, con las bocas pegadas en un baile frenético de lenguas voraces y el calor de la chimenea de fondo, dando más temperatura si cabe al momento.

No estaba planeado, pero es perfecto. Existe una confianza en las caricias casi mágica. No necesitamos hablar; solo sentir y ser nosotros mismos.

Gabriel baja sus manos hasta mi cintura y mete las manos bajo mi jersey, subiendo poco a poco por el torso hasta llegar a los pechos. Sutilmente, me baja el sujetador, dejando al aire uno de los pezones y sosteniéndolo entre las yemas de sus dedos, haciéndome gemir por la excitación. Gabriel, sin dejar de acariciarme, traslada su boca hasta el ombligo y lo devora. Me dejo hacer entre mimos, guiando su cabeza hasta mi entrepierna y, en plena sintonía, me desabrocha los pantalones y retira la ropa interior para poder saborearla mejor. No puedo creer lo que está pasando: tengo los cabellos de Gabriel enredados entre mis piernas, sujetando su cabeza y dejándome llevar al éxtasis. Pero esto no ha hecho más que empezar. Él me lleva y me trae una y otra vez del trance hasta que, finalmente, exploto de pasión. Abro los ojos y me doy cuenta del ardor de Gabriel. No hace falta mediar palabra; ahora es su turno.

Me empuja sobre la alfombra y me besa. Yo me quito el jersey y desabrocho el sujetador para que él pueda contemplarme mejor. Encima de él y completamente desnuda, empiezo a quitarle la ropa mientras beso su cuerpo, que huele a libro nuevo, a hierba fresca recién cortada, a té con canela en los días de lluvia. Era solo él, simplemente Gabriel.

—Gabriel, quédate conmigo esta noche.

—Claro que sí. No pienso marcharme a ninguna parte.

Estas palabras quedan grabadas como promesa en nuestros cuerpos y lo

firmamos con el calor de nuestros roces. Esta noche he descubierto la diferencia entre follar y hacer el amor. Al parecer, en treinta años solo he follado; y sí, claro que el sexo estaba bien, pero lo de esta noche es otro nivel.

Gabriel está a mi lado, abrazándome. Estamos despiertos y tapados con las mantas. Estamos genial.

—¿Te ha gustado? —Gabriel tiene un brillo especial en los ojos—. Me quedaría aquí en este momento para siempre... —Me acaricia el pelo.

—¿En serio me preguntas eso? —Lo beso de nuevo—. ¡Eso no se pregunta! —Le doy un pequeño golpe en el hombro—. La verdad es que no tengo sueño, sigo pensando en mi abuela...

—Está en buenas manos, no te preocupes —Y me acaricia el muslo—. Deberías dormir un poco.

—¿Te importa si leemos un poco hasta que nos dé el sueño?

—Claro, yo te escucho. —Gabriel se incorpora un poco—. ¿Qué vas a leer?

—Seguiré donde lo he dejado en el hospital, si no te importa...

Me levanto desnuda y voy hasta el bolso, cogiendo la lata y volviendo de nuevo al lado de Gabriel, que me tapa entre las mantas. Así, apoyada en su cuerpo, empiezo a leer con voz suave...

Carolina recorrió en el coche las familiares calles de París; aquel lugar había sido su hogar durante mucho tiempo. Asomada a la ventana, vio a una mujer muy elegante que paseaba del brazo de un hombre frente a la catedral de Notre Dame. Aquella mujer evocaba un pasado feliz, donde su tía seguía viva, donde nada había pasado, donde todo estaba bien y las dificultades del día a día no iban más allá de qué perfume debía usar y qué vestido era el adecuado. El presente le había traído de nuevo el pasado en forma de ciudad. Tantos recuerdos que no quería olvidar; tantos otros que no podía olvidar.

Al llegar a la que era la puerta de la casa de su amiga, no pudo evitar la emoción. Estaba muy nerviosa, necesitaba a Rosa más que nunca; tenía

que contarle todo lo que había vivido, pues ella había sido como su hermana y solo ella podría entenderla. Carolina llamó a la puerta y esperó con un suspiro.

Unos segundos después, se abrió la puerta y apareció Luis. La sorpresa en el rostro del anciano médico fue imposible de disimular. El hombre parecía muy cansado, incluso enfermo. Estos meses no lo habían tratado bien, sus ojos estaban vidriosos, la barba sin arreglar, con la mirada triste y perdido.

—¡Querida niña! —Luis la abrazó con las pocas fuerzas que le quedaban, pero con ganas—. ¿Cuándo has llegado?

—Buenas noches, Luis. ¿Cómo estás? —Carolina respondió al abrazo del hombre y besó su arrugada piel—. Os he echado de menos. ¿Dónde está Rosa?

—Arriba, leyendo. Ya sabes que esta mujer no me deja vivir tranquilo... Eso sí, sigue sin casarse. —Luis tocó las manos de la chica e hizo una pausa—. Carolina, ¿estás bien? Pasa, no te quedes ahí. —Y la invitó a entrar.

—Sí... He llegado hace un día y tengo asuntos que arreglar. —Carolina dejó su abrigo en el perchero de la entrada.

—¿Tienes problemas?

—Como todo el mundo, supongo...

—Estás preciosa. —Luis acarició su pelo y su rostro con una sonrisa tierna llena de pasado—. Eres igual de bella que Marie.

—Gracias, eso sí que es un halago. —Carolina cerró la puerta de la casa como otras tantas veces antaño—. ¿Te ocurre algo? Te veo cansado.

—Sí. Se llama edad. Todos pasamos por ello. —Luis miró el reloj de péndulo del vestíbulo—. El tiempo pasa y cada año que cumpla me sienta peor... Voy a hacer café. Vete a buscar a mi hija y hazla salir de su cueva.

Carolina subió corriendo por la escalera, como hacía cuando era pequeña. Esperó frente a la puerta antes de entrar a la habitación y cogió aire.

—¡Siempre leyendo, te vas a quedar ciega! —exclamó Carolina. Rosa se quedó petrificada, como si hubiese visto un fantasma—. Qué, ¿no me vas a dar un abrazo?

—¿Qué haces aquí? —La chica se levantó de la cama y corrió al reencuentro de su amiga—. ¡Tú deberías estar muy lejos!

—Sí que debería... Rosa, te he añorado tanto... —Carolina no pudo evitar llorar al abrazar a su amiga, contagiando así su llanto—. Tengo que contarte muchas cosas.

—¿Qué te ocurre? —Rosa arrastró una silla e hizo sentar a Carolina—. A mí no me engañas.

—Estoy embarazada —dijo Carolina sin rodeos.

—¡No! —Rosa casi se cae de la silla de la noticia.

—Me he enamorado de un hombre casado. Y, además, estoy casada con un desconocido que me reclama como esposa.

—Carolina, vamos al salón y tomamos una taza del café que ha hecho papá (el olor no falla). O tal vez un licor. Necesito algo fuerte.

—Tu padre está mal, ¿verdad? —Sabía que su amiga le contaría la verdad. Si estaba enfermo, se lo diría—. Hace unos meses parecía otro.

—Querida amiga... Mi padre se está muriendo de pena. No supera la pérdida de Marie. No quiere salir a la calle ni tampoco hablar de ello. La echa mucho de menos.

—Me lo imaginaba. Han sido muchos años juntos. —Carolina cogió a su amiga de las manos.

—Qué difícil es todo...

—Ni que lo digas. Pero tú no estás aquí por eso, así que cuéntamelo todo.

Las dos amigas bajaron al salón y, frente a la chimenea, ambas hablaron de la historia de amor de Carolina y de su vida en la mansión con Liberto, de cómo se había enterado de que su amante estaba casado y de por qué había tenido que volver a París con su esposo. Su amiga sabía lo del matrimonio de conveniencia que la joven había tenido que aceptar para conseguir irse a casa. Y aunque no veía con buenos ojos la decisión de su amiga (así se lo había hecho saber en su momento), también entendía las difíciles circunstancias en las que se encontraba Carolina por las deudas. No tenía escapatoria; por mucha ayuda que ella y su padre le hubieran

prestado, no habría sido suficiente.

—Cuántas veces me acuerdo de tus palabras, cuando me advertías que esto podía ocurrir —dijo Carolina recibiendo un café de parte de Luis.

—Eso ahora da igual, amiga. ¿Has hablado con tu esposo del embarazo? — Rosa añadió un poco de coñac a su café a escondidas de su padre. Le ofreció a su amiga un poco, quien lo rechazó por el embarazo.

—No, ni siquiera he hablado con él aún.

—¿No le has visto?

—No, esta noche le veré. —Carolina tomó un trago largo de café—. Me quiero morir.

—No puedes. —Rosa tocó la tripa de la joven y le advirtió con la mirada—. No te lo permito.

—Rosa, tú conocías a casi todos los invitados del teatro...

—Sí, la mayoría eran familiares míos, ya lo sabes... ¿Por?

—Al parecer, conocí aquella noche a mi esposo, pero no recuerdo su cara... Solo recuerdo un último baile con aquel hombre. Fue muy intenso, pero no recuerdo su rostro.

—¿Estás hablando de mi primo Antoine? —La cara de su amiga cambió por completo—. Él vino tras tu partida para preguntarme por ti. No le di mayor importancia y le facilité tu dirección por si quería escribirte. Parecía deseoso de volver a verte.

—¡Ese es el nombre de mi esposo! —Carolina comenzó a llorar de impotencia—. Vino aquí... Así que era verdad que nos conocimos en el teatro...

—Lo siento, Carolina. Por mi culpa te ha encontrado. —Rosa le tocó el muslo—. Yo no sabía nada. —Después, sirvió un poco más de café en las tazas—. Él era tan amable... Y parecía que te había gustado en la fiesta.

—Sí, eso es cierto. Pero ¿cómo le explico yo ahora que estoy embarazada de otro hombre? —Las manos le temblaban—. ¿Por qué no me dijo que era su esposa en aquel momento?

—No lo sé. Carolina, deberás descubrirlo tú misma. Y cuanto antes, mejor.

Tras la charla, Carolina se despidió de su amiga y su padre con un fuerte abrazo y la promesa de volver a verlos en breve para contarles todo.

Con un bostezo, marco la página en la que me he quedado y me giro para ver a Gabriel, que duerme plácidamente. Tiene el gesto relajado, tranquilo. Casi sin moverme, alcanzo un par de cojines y los pongo bajo su cabeza para que descanse más cómodo. La habitación ya está caliente con la chimenea y, aunque el suelo no es el mejor colchón, no puedo estar en mejor compañía. Me acurruco junto a él y dejo que el sueño se apodere de mí.

CAPITULO XIII:

La verdad

El despertador del móvil no para de sonar. Son las siete y media y esta noche he dormido muy poco; aun así, ha merecido la pena. Para mi sorpresa, cuando me giro para ver a Gabriel, él no está. Menuda decepción. Resulta que es como tantos otros: a la hora de la verdad, se larga en cuanto ha tenido oportunidad.

Tras crujirme la espalda, me levanto del suelo y me pongo de nuevo la ropa interior y el jersey para ir al baño. Al salir de la biblioteca, escucho ruido en la planta baja de la casa. Parece que vienen de la cocina. Me asomo por la escalera y noto que alguien ha puesto la radio en la cocina.

—Gabriel, ¿eres tú?

Nadie contesta. Me da miedo por si ha entrado alguien, y yo sola en casa con estas pintas. Despacio, bajo los escalones descalza, intentando ser sigilosa hasta llegar a la cocina. Cuando abro la puerta, por un momento mi mundo se para: allí está Gabriel, haciendo el desayuno y riendo con los locutores de la radio.

—¡Buenos días! Ya veo que has encontrado la cocina —digo con una sonrisa.

—¡Qué susto! —Gabriel se sobresalta. Al parecer, no se ha percatado de mi presencia—. Buenos días, Carol. Creía que seguías dormida.

—¡Qué va! Ha sonado el despertador del móvil. ¿No lo has oído?

—No... La verdad es que llevo despierto desde las seis y algo. Espero que no te importe que me haya tomado la libertad de hacer el desayuno.

—Para nada. De hecho, en realidad me gusta. —Me acerco a él—. ¿Sabes? Cuando he visto que no estabas, pensaba que te habías largado

corriendo...

—Ya te dije ayer que no me marchaba a ninguna parte. —Gabriel me da un toque en la nariz—. Claro, siempre que tú quieras...

—Eso me gusta aún más. —Me acerco a él y lo abrazo con fuerza—. Gracias por quedarte conmigo.

—Gracias a ti por darme una de las mejores noches de mi vida.

Son las diez cuando llegamos al hospital. Gabriel me ha dejado en la puerta y se ha marchado a la librería. A mamá la encuentro en la entrada fumando. ¿De dónde ha sacado el cigarrillo? Pensaba que llevaba once años sin dar una calada...

—Pero ¡mamá! ¿Qué haces fumando?

—¡Lo que me da la gana! Solo faltaba, que tuviera que darte explicaciones.

—Mamá da una última calada al cigarrillo y lo apaga en la papelería—. Lo necesitaba, Carol, así que no me mires así.

—Vale, vale, no te digo nada... Pero es que no sé, después de tanto tiempo... —Me preocupa.

—¿Y qué tal con Gabriel? —Me cambia de tema—. He visto cómo te besaba en el coche. —Noto cierto tono...

—¿En serio estabas cotilleando? —No puedo evitar sonrojarme por la vergüenza—. No lo sé. Aún es pronto, pero me gusta.

—Bueno, eso está bien. Anda, vamos a ver a tu abuela, que ha dado una noche de aúpa. Ni te lo imaginas, Carol. Estaba totalmente desubicada y, claro, con el genio que tiene, pues ya te imaginas...

—Cuanto lo siento... Si quieres, vete un rato a casa y yo me quedo con ella.

—La verdad, me siento fatal.

—No te preocupes. Seguramente hoy le den el alta, porque aquí poco más pueden hacer. Y, al final, tampoco ha sido tan grave.

—Ya me imagino. Aun así, lo que veas. Si quieres, puedes ir a casa para darte una ducha y descansar.

—Ya veremos. De momento vamos a subir.

Al entrar en la habitación, veo a la abuela sentada en la cama con cara de pocos amigos. Lleva mal puesto el pijama del hospital, con la camisa totalmente desabrochada.

—Mamá, ¿qué haces así? Estas casi desnuda... —Mamá le pone bien el pijama—. ¡Ay!, si me he bajado solo cinco minutos.

—No me gusta este sitio tan feo al que me has traído, hija. Huele raro, y la ropa que me han puesto es de pobres —dice la abuela enfadadísima.

—Abuela, estás en el hospital. —Me acerco a la cama para intentar relajar el ambiente—. Anda, ven que te ayude a vestirme.

—Carolina, dile a tu madre que nos vamos, que yo aquí no me quedo, que tengo una casa bien hermosa.

—Mamá, seguramente esta tarde nos marchemos a casa. Así que tranquila.

—Carolina, dile a tu madre que no hablo con ella, que estoy aquí por su culpa.

—Oye, mamá, eso sí que no. —Mamá está a punto de saltar—. Mira, me bajo a tomar un café. Avísame si viene el médico, por favor.

—Vale, yo me quedo con la abuela.

Nada más cruzar la puerta de la habitación, la abuela se gira en la cama y pone cara de no haber roto un plato.

—No sabes qué noche me ha dado tu madre, Carol. Y claro, en este sitio que te están vigilando, no puedes ni hablar, ni levantarte, ni nada...

—Abuela, no seas así. —Me siento en una butaca al lado de la cama—. Anda, ¿quieres que te lea un poco? He traído la lata de galletas. —La saco del bolso y se la enseño—. Además, he avanzado mucho en la historia.

—¿Por dónde vas?

—La bisabuela va a conocer a su marido.

—¡Uh! Esa parte sí que es buena. —A la abuela le cambia la cara por completo a una entre felicidad y picardía—. Venga, léeme un poco.

Sobre las ocho de la tarde, Ana acompañó a Carolina a su habitación para que se cambiara de vestido antes de la cena. Entre las dos eligieron un vestido color rosa pálido ajustado a la cintura y que pronunciaba sus delicadas curvas. Después, tras varios minutos probando distintos peinados, Carolina terminó por dejárselo suelto.

Llegó la hora de la cena y Carolina bajó nerviosa al salón. Tenía ganas de salir corriendo de la casa; aquella reunión no podía traer nada bueno. Su amor por Liberto no la iba a dejar ser la mujer de otro en ningún sentido. Tal vez, si las cosas hubieran sido de otro modo, podría haber funcionado...

Cuando la muchacha traspasó la puerta del salón, vio de espaldas a un caballero que sujetaba una copa de vino y miraba fijamente la chimenea. Aunque extraño, la imagen de aquel hombre le resultó demasiado familiar. Sus hombros anchos y su pose tan masculina le hicieron sospechar; además, se le notaba tranquilo. Carolina escuchaba el ruido de su propia respiración cada vez más agitada a cada paso que daba. Entonces, se paró en seco antes de seguir adelante. Necesitaba fuerzas para continuar con aquella farsa. Finalmente, consiguió articular una frase tan formal como corriente.

—Buenas noches.

—Buenas noches, querida. —El hombre no se giró para saludarla. La voz le resultó familiar a Carolina, pero los nervios le impidieron reconocerla—. Espero que hayas disfrutado de tu casa.

—La verdad es que sí. —Carolina se acercó un poco más al hombre. No le gustó cómo sonaba eso de «tu casa». No la quería, no era suya—. Me han tratado todos muy bien.

—No esperaba otra cosa... —El hombre dio un sorbo a la copa—. Anoche fui a verte a tu cuarto, pero estabas dormida. Parecías un ángel. ¿Siempre eres tan bella cuando duermes?

—En realidad, no lo sé. No tengo el gusto de observarme mientras sueño.

—Se acercó todavía un poco más—. Además, ayer estaba muy cansada...

—No importa, preciosa. De todos modos, pude disfrutar de las vistas de tu

cuerpo durante horas. Fue un verdadero placer.

—Entiendo... —Carolina no podía dar crédito a aquella conversación—. Hoy me han dicho que en realidad nos conocimos en el teatro.

—Entonces, ya sabes quién soy.

—No, no puedo recordar su rostro. Lo siento. —Ella se acercó un poco más y percibió un inconfundible perfume de almendras—. ¿Almendras?

El hombre se giró. Ya no había nada que ocultar. Carolina le miró fijamente, se acercó a él con furia y le dio una sonora bofetada en su preciosa cara.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —exclamó Carolina con rabia—. ¿Me has seguido? ¿Cómo has entrado?

—Sí, te he seguido, vine en tu mismo barco. No te perdí ojo, pero tú no supiste de mi presencia. Y cada noche, cuando tu compañera de camarote se marchaba, yo iba a verte.

—¿Sabes que creía que me había vuelto loca? —Carolina volvió a darle una bofetada—. ¿Fuiste tú el que me salvó de aquel desalmado, el que me metió en la cama?

—Deja de hacer eso. —Liberto sujetó su mano cuando la joven intentó un tercer revés—. Sí, era yo, al igual que también era yo el hombre al que tú llamabas «revisor». Ese mal nacido no podía quedar impune, así que lo tiré por la borda.

—¿Qué? —Carolina se soltó de Liberto—. Esto es increíble... Me has engañado, Liberto. No tienes perdón.

—Fui detrás de ti porque no podía dejar que te fueras sin más. —Liberto dejó la copa en la mesa principal—. Sé que te mentí, Carolina, pero tú también lo hiciste. —Entonces, se acercó a ella y la agarró por la cintura con determinación—. ¿Crees que no sé que lo del testamento era mentira y que en realidad venías a ver a tu esposo?

—¿Cómo sabes eso? —Carolina no podía estar más sorprendida—. ¿Leíste las cartas?

—No hizo falta. —Liberto puso cara de asco por lo que estaba a punto de decir—. En realidad, sí las leí.

—Entonces lo sabes todo... —Carolina le miró con lágrimas en los ojos—. Debes irte antes de que él venga. Hemos quedado aquí mismo, debe estar a punto de llegar. Si te encuentra...

—Carolina, tranquilízate. Tú misma has dicho que nos conocimos en el teatro. Me enamoré de ti desde ese mismo instante. Yo... —Intentó recordar las palabras que había estado repitiendo a lo largo del día para ese momento, pero no supo expresarlo de otro modo—. Yo soy tu esposo.

—¿Qué quieres decir? —No podía ser, se había vuelto loco. La joven también sentía que él era su mitad, su alma gemela, pero él no podía ser su esposo. ¡No podía serlo!—. No sabes lo que dices...

—Claro que sí, Carolina. —Liberto tomó sus manos y le besó los nudillos—. Yo soy Antoine Liberto Oriundo, tu marido.

Carolina acababa de descubrir toda la verdad: su marido y su amante eran la misma persona. Comenzó a llorar desconsoladamente, de impotencia. Liberto intentó consolarla, pero la muchacha estaba demasiado enfadada y disgustada para dejar que él se le acercara y se apartó al otro lado de la sala.

—Querida, por favor, escúchame —dijo desde la otra punta de la sala—. Debería habértelo dicho mucho antes, en el mismo momento que traspasé la puerta de tu casa y abusé de la hospitalidad de tu madre.

—¿Por qué no me lo dijiste mientras bailábamos? —Carolina lo miró a los ojos y deseó odiarle—. Hubiera sido todo más fácil... Me has hecho mucho daño, Liberto, Antoine o quién quiera que seas. Ya no te conozco.

—En ese momento no podía decírtelo. Pensé que sería mejor ir a buscarte y recuperarte. Imaginé que, al verme, sabrías quién era. Sin embargo, no fue así. Al llegar a tu casa, tú no recordaste mi cara y, por lo tanto, a mí tampoco...

—¿En qué pensabas? No lo entiendo.

—Tal vez, si conseguía que te enamoraras de mí, querrías ser mi mujer y formar una familia conmigo. Luego, todo se enredó.

—Has jugado conmigo, me has confundido para reírte de mí. Me escribías

cartas como mi esposo y te acostabas conmigo como mi amante. — Carolina dio un golpe en la mesa—. ¡Casi me vuelvo loca!

—No es así. Desde el día del teatro, me obsesioné contigo. No podía dejar de pensar en ti; incluso hablé con mi prima Rosa para saber dónde vivías. Al principio, ella no quiso darme tu dirección, pero al final lo conseguí. — Liberto bordeó la mesa y se acercó a la joven—. Sabía que eras mi esposa y por ello fui a buscarte a esa maldita ciudad. Luego, todo paso muy rápido...

—Liberto, no te imaginas los quebraderos de cabeza que he tenido por tu culpa. —Las lágrimas no cesaban de los ojos de Carolina.

—Lo sé, y lo siento. Por favor, quédate a mi lado. —Él se acercó más y tocó su suave pelo, no pudiendo evitar las lágrimas. Ella se apartó—. Yo te quiero...

Liberto dio un paso más hacia ella y la abrazó. Apretó su cuerpo contra el de su amada para evitar que se marchara, enredó sus dedos entre sus cabellos y la atrajo con fuerza, robándole un beso apasionado que la quemó por dentro.

—No me merezco esto. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No lo sé, pero lo siento...

—Te odio.

—No es verdad. Me amas, y yo a ti también. Te he esperado por mucho tiempo, mi vida. Y no quiero que te vayas de aquí. Eres el aire que respiro; mi felicidad depende de tu simple presencia. No te marches, no me dejes.

—La miró a los ojos—. Te lo suplico.

Todo se había arreglado de una manera compleja, pero al fin había conseguido lo que ella más deseaba: estar con Liberto y poder cuidar así de su hijo juntos. Tarde o temprano, debía perdonarlo por aquella farsa y pensó que aquel momento era el mejor de todos para hacerlo.

—Prometo que no habrá más mentiras. Ahora solo importamos tú y yo. Te adoro, Carolina.

—No vuelvas a mentirme. —Carolina alcanzó su rostro entre sus manos y le entregó los labios para saborear aquel momento que duraría

eternamente.

El ruido de la puerta hace que pare la lectura. Es mamá. La abuela está bastante más calmada ahora, siendo otra vez ella misma.

—¿Ha venido el médico?

—No, aún no —responde la abuela—. Estábamos leyendo. Ya sabes, por amenizar un poco el ambiente. ¿Sabes? Resulta que el marido y el amante de la bisa eran la misma persona.

—Siempre fue el abuelo, menudo liante. No sé si yo me hubiera tomado tan bien el engaño. —Mamá se sienta en la butaca—. Debería habérselo dicho desde el principio, ¿no crees?

—¡No sabes nada de romanticismo! —le reprocha la abuela a mamá—. Mi padre quería saber si mi madre le quería. Por eso hizo toda esa artimaña.

—Demasiado lío para mi gusto. Parece que tenía mucho ego tu padre —digo con sorna—. A mí es que me gustan las cosas sencillitas desde el principio. ¡Ah, por cierto! Antes de que se me olvide, resulta que Gabriel es el nieto de la dueña de Galerías Belle.

—Pero ¿qué dices? ¿En serio? —dice la abuela—. El mundo es un pañuelo. ¿Sabes quién es Belle?

—Pues no, abuela, no lo sé —le digo—. Me acuerdo de su abuela, pero yo no he conocido a su bisabuela más que por el diario.

—Hija, mira que eres zoquete a veces —me recrimina la abuela—. Belle es aquella costurera francesa que fue amiguita de tu bisabuelo antes de conocer a mi madre.

—Vaya jaleo, abuela, ¿el bisabuelo y Belle tuvieron un lío entonces? A ver si al final vamos a ser familia.

—No te preocupes Carol, que Gabriel y tú no sois familia, puedes seguir enamorada de él —suelta mi madre de repente.

—¿Qué? —Mi abuela no entiende nada—. ¿Es que sois novios ese chico y tú?

—No, abuela. Vamos, creo que no... Bueno, no lo sé, ya veremos. —Miro a mi madre con cara de pocos amigos—. Mira que eres bocazas, mamá.

—Qué tontería, no hay nada de malo en estar enamorada, se te nota a kilómetros de distancia. Y te digo más, yo creo que habéis tenido algo..., pero prefiero no seguir indagando, que soy tu madre y hay cosas que no quiero saber.

—Pues yo sí que quiero saber más. Dime, Carol, ¿ha pasado algo? —Mi abuela levanta la ceja inquisitoriamente—. La verdad es que a mí este chico me gusta más que ese otro... ¿Cómo se llamaba?

—Guillermo, mamá. —Mi madre se ríe—. Más conocido como Té Verde.

—Abuela, no te voy a contestar; como dice mamá, hay cosas que es mejor que no sepáis... —Noto que me pongo roja mientras ellas se ríen a carcajadas—. Sois tremendas las dos.

—Ya no hace falta que cuentes nada, eres más pava, hija... Te has descubierto tú solita.

Entre risas, las tres continuamos hablando hasta que llegó la doctora para dar el alta a la abuela. Le cambiaron el tratamiento y harían un seguimiento con neurología y geriatría. Por suerte, esta vez no había sido tan grave como en anteriores ocasiones, pero sí que le había ocasionado algunas secuelas. No obstante, la abuela era una mujer resistente y tenía siempre la fuerza necesaria para salir adelante. Al fin y al cabo, como solía decir, había vivido una guerra y una postguerra, había emigrado a otro país, vivido mil aventuras y siempre conseguía salir adelante.

Mientras conducía de nuevo a casa, no podía dejar de hacerme preguntas sobre la vivienda de París. ¿Qué había pasado con el patrimonio de la familia? Sabía que algunas propiedades se habían vendido durante la guerra, pero yo recuerdo de pequeña haber ido a un piso en el barrio Latino y el olor de la bollería de la pastelería que había debajo, así como una cafetería donde solía acudir con papá a ver libros antiguos mientras tomaba una taza de chocolate caliente.

—Abuela, ¿te puedo preguntar algo?

—Claro. De todos modos, lo vas a hacer... —dice la abuela riéndose.

—¿Qué paso con el patrimonio del bisabuelo? Me refiero a qué paso con la casa de París y todo lo demás.

—Uf... Eso es una historia muy larga... —La abuela tiró de su momento de lucidez—. Mis padres, que eran tus bisabuelos, vendieron todas las plantas del edificio e hicieron pisos. Gracias a eso, pudimos sobrevivir y mantener, por así decirlo, un estilo de vida más confortable. Pero, aun así, siguieron manteniendo la última planta del edificio. Es lo único que heredé junto con la mansión.

—Entonces, ¿no era un sueño infantil? ¿Yo he estado allí verdad?

—Claro que has estado, Carolina —añade mamá—. Íbamos mucho antes de que tu padre se pusiera enfermo.

—¿Y la casa sigue siendo tuya, abuela?

—Sí. De hecho, está alquilada desde hace años. Con ello pudimos mantener los gastos.

—Carolina, cuando tu padre se puso enfermo, el hotel quedó desatendido y no podíamos mantener todos los gastos —completó mamá—. Por eso pusimos en alquiler la casa.

—Fue una decisión difícil, pero era lo mejor en ese momento —dijo la abuela—. Luego, yo empecé a ser una carga para tu madre y la reapertura del hotel se volvió inviable. Tú estabas en Madrid estudiando la carrera y no queríamos que perdieras la oportunidad de vivir tu vida.

Esto me hace llorar, sin saber qué decir. Ellas han renunciado a todo por mí, por mi felicidad. He estado viviendo en la inopia demasiado tiempo. Esto debe cambiar, ya no soy una niña. A partir de este momento, seré yo quien cuide de mamá y la abuela, y no al revés. Sé que no será fácil, pero voy a volver abrir el hotel. Y en cuanto al piso de París, ya veré qué hacer con él. Nunca se sabe, tal vez un alquiler vacacional para así también poder disfrutarlo nosotras por temporadas.

Pero también tengo planes para mí y Gabriel. Él seguirá trabajando en la librería mientras avanza el proyecto del hotel; seguro que lo entiende. Y, si al final resulta que lo nuestro va por buen camino y funciona, pues genial. Pero sin expectativas, mejor vivir el momento. Esta vez no voy a dejarlo

todo por amor. Ya no necesito la dependencia emocional de una relación romántica. A lo mejor lo que busco desde este momento es un amor adulto basado en el respeto mutuo, sin dramas, solo dos personas que quieren compartir sus vidas... Al fin y al cabo, ella no era su bisabuela y, aunque su amor fue duradero, trajo consigo demasiados quebraderos de cabeza.

Al llegar a casa, decidimos pedir algo para comer para así poder descansar las tres. Gabriel me ha dado el día para que estuviera con ellas. Estoy feliz de ver a mi abuela más o menos bien de nuevo. Mientras esperamos la comida, nos preparamos un pequeño aperitivo en la terraza de casa.

—La verdad es que se ha quedado una buena tarde. Aún hace frío, pero al sol se está bien. —Mamá está tranquila—. Carol, ¿te está gustado la historia de la bisabuela? Y otra cosa, ¿hay algo entre tú y el librero ese tan guapo?

—Contestando a la primera pregunta: sí. Y a la segunda, no lo sé, mamá, deja de preguntármelo. Puede ser, pero solo el tiempo lo dirá. Mañana hemos quedado para tener algo así como una cita oficial. —Mi madre intenta decir algo, pero la interrumpo y, antes de que pueda preguntar nada más, cambio de tema—. Por cierto... Uhm... Mamá, estaba pensando que nunca me has contado cómo conociste a papá.

—Eso, cuéntale a la niña cómo empezaste a salir con Pedro. —La abuela da un pequeño sorbo a su vaso—. ¡No tiene desperdicio! Casi la atropella con el coche.

—Tampoco fue para tanto, tu abuela es una exagerada... —Mamá coge una aceituna con un palillo—. La verdad es que fue muy gracioso.

—Pues venga, cuéntamelo, mamá.

—Era verano y estaba en la terraza del bar de Tino tomando algo con mis amigas. Tu padre se acababa de sacar el carné de conducir y, al parecer, se lio un poco con los pedales, arrasando con la terraza. ¡Casi nos lleva por delante! —dice mamá haciendo gestos con una aceituna en la boca a la vez.

—¿Qué? No me lo puedo creer...

—Pues ahí no queda la cosa. —La abuela empieza a reírse—. Tu padre le pidió el teléfono y...

—¡Déjame que lo cuente yo, mamá! —interrumpe mamá a la abuela—. El caso, Carol, es que en los ochenta no había móviles, así que le di el teléfono del hotel. Porque se quedó preocupado; o eso fue lo que dijo. Al día siguiente, me llamó y contestó el abuelo. —A mamá se le escapa una pequeña risa—. Ya sabes que era muy serio, todo lo contrario a tu padre. Al parecer, preguntó por Cintia y tu abuelo le dijo que allí no vivía ninguna Cintia, que vivía su hija Celia.

—Es que no se quedó con el nombre de tu madre de lo nervioso que estaba tras el accidente. —Mi abuela se ríe cada vez más fuerte—. Imagínate la cara de tu abuelo... Pero lo peor fue que, cuando preguntó quién era el que llamaba, tu padre ni corto ni perezoso dijo...

—¡Espera, mamá, que lo cuento yo! —Mi madre sonríe todavía más al recordar el asunto—. Tu padre le dijo a tu abuelo: soy Pedro, su futuro yerno.

—¡Hala!, ¡qué directo fue papá! Me sorprende mucho. —Las tres se ríen sin parar—. ¿Qué pasó después?

—Pues, por aquella gracia, el abuelo no le dejó pasar a casa hasta casi seis meses después. El resto ya lo sabes, cariño.

—Me ha gustado mucho la historia, mamá —digo entre risas—. Ay... Echo de menos a papá.

—Es una anécdota muy buena. El abuelo se pasó mucho tiempo metiéndose con tu padre. Creo que encontró un entretenimiento genial. —La abuela está feliz recordando aquello—. Qué jóvenes éramos entonces...

El ruido del timbre de la casa nos saca de ese momento que habíamos creado. Me levanto para ir a recoger la comida. «Es bonito recordar a los que ya no están», pienso mientras camino hacia la puerta.

CAPITULO XIV:

¿Y si lo intentamos?

Llevo dos horas delante del armario eligiendo qué ropa ponerme para la cita con Gabriel, pero no hay nada que me termine de convencer. He quedado con él a las ocho en el hospital; al parecer, hoy acudía a la ludoteca a llevar libros infantiles para los peques que están ingresados. Tengo que confesar que estoy muy nerviosa. Me he puesto incluso la ropa interior del «por si acaso». Digamos que no soy muy diestra en este tema y, el otro día, tras nuestro encuentro, me di cuenta de que no llevaba las mejores bragas del mundo; de hecho, creo que debería tirarlas... Qué vergüenza, espero que no se fijara en ellas. Aunque, sinceramente, no creo que se diera cuenta: estaba oscuro, hacía frío, nos ocultábamos bajo las mantas... Bueno, que seguro que no se fijó... O en eso confío... Pero hoy es diferente. Estoy lista para lo que pueda surgir y, si se da la oportunidad, quién sabe, tal vez pueda lucir esta monada de encaje verde; incómodo como un dolor, pero que me hace un cuerpazo. O a mí me lo parece mientras me miro al espejo.

Después de muchas vueltas, me he decidido por un vestido negro largo de botones con pequeñas flores rojas y unas botas negras de tacón hasta las rodillas, ambas estupendas con la chaqueta de cuero. Me he pintado las uñas rojas a juego con los labios. Hoy quiero que me vea guapa. Es más, quiero que, cuando me vea, se quede con la boca abierta. Lo sé, he visto demasiadas películas románticas y me creo una de sus protagonistas, pero es que la ocasión lo merece. Coloco el último mechón rizado con gracia, intentado disimular que he tardado más de una hora en tener el pelo, como si no me hubiera peinado, y bajo al salón para despedirme de mi madre y de mi abuela.

—¡Pero bueno, menudo bombón! —dice mi madre gesticulando de forma

exagerada—. Estás muy guapa.

—Como para no... ¡Si lleva dos horas arreglándose! No me gustan nada esas botas que llevas, hija —suelta mi abuela, siempre tan agradable—. Yo no entiendo la moda esta de ahora de ir con zapatos ortopédicos.

—Gracias, abuela, por ser tan amable. Y no son ortopédicos, que siempre tienes que dar la puntillita a todo, jolín...

—Ni caso, estás muy guapa —dice mamá—. Aunque me parece a mí que a ese chico le importa poco cómo vayas vestida. Me he fijado en cómo te mira.

—Bueno, no me esperéis despiertas. Y cualquier cosa, me llamas, mamá.

—Claro, Carol, no te preocupes. Pásatelo muy bien, que hoy no me muero —suelta mi abuela mientras se ríe de su propia ocurrencia—. Venga, Celia, no seas pesada y deja a la niña que se marche ya.

—¿Pesada, yo? Si eres tú la que no para de hablar...

—Bueno, bueno, que me marchó. —Me giro y les tiro besos con la mano—. Os quiero.

Me subo al coche y enciendo la radio. Suena mi lista de reproducción favorita de música indie. Estoy emocionada, no sé cómo saldrá esto. Casi no nos conocemos y, sin embargo, siento que es muy cercano, como si se tratase de un amigo que nunca se ha marchado de mi lado, con el que puedo hablar de todo sin tapujos. Siempre estoy cómoda a su lado. Gabriel huele a hogar, a libros recién salidos de la imprenta, a chocolate caliente una mañana de Navidad, a caricias en la espalda. Es como si escucharas una canción por primera vez con melodía pausada que te emociona y cuya letra te lleva a su historia; y resulta que esa historia es también la tuya. Cuando él está a mi lado tiene la habilidad de hacer que mis martes se conviertan en sábados. No sé bien cómo explicarlo: él es simplemente Gabriel. Supongo que es por eso por lo que estoy tan nerviosa. En poco tiempo se ha convertido en alguien muy especial para mí.

Aparco el coche en el parking del hospital, cojo el móvil y le mando un WhatsApp para que sepa que he llegado. Saco la barra de labios, repaso mi maquillaje y me coloco el pelo. Parece que está todo correcto... ¿Será

suficiente?

Creo que es él. Observo cómo se abren las puertas de cristal del edificio gris. Sí, es él, no hay duda. Como siempre, camina despistado, mirando hacia un lado y el otro, buscándome entre los coches. Enciendo las luces para que vea dónde estoy, salgo nerviosa y le hago una señal con la mano para que se acerque.

—Carol, perdona, no te veía. Es que estoy muy ciego. —Gabriel me mira de arriba abajo mientras se sube las gafas y sonríe—. ¿Llevas mucho esperando?

—Una vida. —Sin dejar que conteste, le abrazo fuerte y busco sus labios con los míos. Me aparto y giro sobre mí misma de forma infantil—. ¿Te gusta?

—Puff, demasiado. —Él me agarra por la cintura y vuelve a besarme—. Ese vestido te queda... No tengo palabras.

—Genial, es justo lo que quería. Venga, sube a mi carruaje y me dices dónde vamos.

—Hay un bar cerca de aquí. Podemos tomar algo y luego ya veremos.

—Pues venga, sube y me indicas el camino.

Me coloco el cinturón y me subo la falda del vestido hasta las rodillas para no pisarlo, dejando al descubierto parte de mis muslos. Por el rabillo del ojo, puedo ver cómo me mira intentando disimular. Enciendo la radio y pongo la calefacción.

—Si tienes calor, puedo bajar un poco la temperatura... —digo al ver sus mejillas rojas.

—Calor tengo, pero no por la calefacción... —Gabriel pone su mano en mi nuca y acaricia mi pelo con cariño—. Estás preciosa.

—Gracias, tú tampoco estás mal... —Y me sale una sonrisa. En realidad, está bien, con ese aspecto desenfadado—. Tengo hambre...

—Sí, yo también, la verdad. —Sonríe y pone su mano en mi muslo haciendo que dé un salto—. Perdona, no quiero incomodarte...

—No, no, puedes seguir, es que no me lo esperaba... —Siento que mis mejillas me arden. ¿En serio he dicho «puedes seguir»? Intento disimular mi ritmo cardíaco—. No debe quedar mucho ya para llegar, ¿no?

—Puedes aparcar donde quieras, porque es justo en la esquina.

Gabriel no ha dejado de dibujar círculos en mi muslo durante todo el camino. Es curioso cómo un gesto tan simple me hace perder la cabeza. Si es que estoy falta de amor, es eso; no estoy acostumbrada a este tipo de atenciones. Bajamos del coche y vamos de la mano hasta el bar. Por la fachada, parece un sitio muy cutre, pero, al traspasar la puerta, el local cambia por completo: una especie de patio interior con una fuente iluminada en el centro, rodeada de plantas; alrededor, mesas pequeñas de diferentes tamaños estilo vintage con velas en el centro para amenizar el ambiente y un techo decorado con un amasijo de pequeñas luces que dan la sensación de estar bajo un cielo estrellado. No puede ser más romántico.

Nada más entrar, Gabriel da su nombre y nos pasan a una mesa cerca de una especie de estantería con libros antiguos.

—No conocía este sitio. Me gusta mucho. —Miro la carta y noto que la mano de Gabriel está debajo de la mesa, otra vez encima de mi pierna—. ¿Sabes lo que vas a pedir?

—No, es la primera vez que vengo yo también. El sitio me lo han recomendado—. Sonríe y coge la carta sin dejar de tocarme la pierna de forma cada vez más sensual—. Tiene todo buena pinta.

—Sí, todo. —Ese «todo» suena demasiado anhelante. Pienso que deberíamos pedir el postre ya e irnos a otro sitio—. Bueno, ¿qué te apetece?

—Me apetecees tú, pero claro, creo que debemos esperar. Cuesta bastante que te den mesa en este sitio y no deberíamos desaprovechar la oportunidad.

—Pues entonces deja de tocarme por debajo de la mesa, porque me estoy poniendo muy nerviosa y a este ritmo no llegamos ni al postre.

—Prometido, me porto bien. —Gabriel saca la mano de debajo de la mesa y llama al camarero para que nos tome nota—. Vamos a intentar

concentrarnos. ¿Qué tal hoy?

Después de una cena fantástica, salimos del local de la mano. Sin poder esperar a llegar ni siquiera al coche, como si fuéramos dos adolescentes desenfrenados, nos besamos en la calle de forma apasionada. Él me sujeta contra su pecho y puedo notar el latido de su corazón y su respiración agitada. Nos miramos fijamente y vamos hacia el coche. No hacen falta palabras.

—¿Te apetece venir a mi casa? —Se le empañan las gafas al subir al coche por el cambio de temperatura—. Perdona, esto debería quedar más sugerente sin tener las gafas empañadas.

—Trae, dame las gafas, que limpie los cristales... —Saco de la guantera una gamuza y las limpio, se las pongo con cariño y lo beso de nuevo—. Ahora mucho mejor... Sí, quiero ir a tu casa. Creo que había quedado claro cuando te he tocado el paquete.

—Sí, eso es cierto, pero soy un caballero y tengo que preguntar.

—Anda, caballero, dime cómo voy desde aquí a tu casa y deja de mirarme como si me fueras a comer.

—Es que es lo que pienso hacer.

Su casa está justo encima del local de la librería. Es un dúplex totalmente reformado, con vigas de madera en el techo y paredes blancas, adornado solo con fotos en blanco y negro de viajes. Entramos por la puerta hasta el salón.

—Ponte cómoda, estás en tu casa, Carol. —Se descalza y pone una luz más tenue para que el momento sea más íntimo—. ¿Te apetece algo?

—Creo que ya lo sabes. —En esta ocasión, es él quien se ha puesto rojo—. Ven aquí a mi lado, siéntate conmigo.

De forma obediente, viene hacia mí con mirada abrasadora. Se nota que quiere estar a mi lado, acariciar, besar y saborear cada parte de mi cuerpo. Siento su necesidad nada más besarlo en el sofá. Él empieza a desabrocharme el vestido para dejar a la vista la lencería verde que llevo puesta. Dejo que él me quite el vestido mientras le beso la boca, la nuca,

los hombros, la espalda. Con ternura, Gabriel desabrocha el sujetador y deja al descubierto mis pezones rosados, que lame y acaricia con ferocidad, haciéndome gemir de placer. Quiero más. Necesito sus manos recorriendo cada palmo de mi cuerpo, estoy ansiosa. Gabriel me quema. Se abalanza sobre mí y tiro de su jersey para sacarlo por su cabeza. Me sujeta la nuca y besa mi pelo. Puedo sentir su respiración cada vez más fuerte, con su mejilla apoyada a la mía, sin dejar de mirarnos. Bajo mi mano hasta sus pantalones y desabrocho el botón, no sin dificultad. Me atrae más hacia él para que pueda sentir cómo esto le vuelve loco, mientras con mi mano juego para ver hasta dónde aguantaría. No hace falta esperar mucho. Me pone encima de él, sujetando mi cintura con sus fuertes manos. Estamos empapados. Jadeante, le abrazo y noto su cuerpo encajando con el mío en perfecta armonía, como las dos piezas de un puzle que pensaba olvidado. Gritamos, gruñimos y reímos descontrolados mientras nos quedamos sin aliento, tanto el uno como el otro en medio de aquella catarsis.

—Carol, creo que te quiero.

—Gabriel, yo también te quiero. —Tal vez fuera demasiado rápido, pero, en ese momento, las palabras brotan desde lo más hondo—. Bésame, Gabriel.

—Siempre.

CAPITULO XV:

Últimos retoques

Ya solo quedan los últimos retoques. En pocas horas, se hará efectiva la reapertura del hotel. Por fin, después de meses haciendo reformas, parece que todo encaja. Hace tiempo que el salón no tenía este aspecto. ¿Será posible que esto salga bien? Bueno, quién sabe, pero hay que intentarlo. Y el primer gran evento que lo inaugurará será la boda de Martina.

La abuela se ha encargado de elegir los arreglos florales para los centros de mesa y ya está todo dispuesto, a pesar de que nos ha dado varios sustos a lo largo de estos meses. Sin embargo, cuando pensábamos que ya no podía más, sacaba fuerzas y remontaba. Parece que tener en mente el nuevo proyecto familiar le da esperanzas y ganas para salir adelante.

De momento, solo abrirán las habitaciones de la planta de arriba, la biblioteca y el salón para dar los desayunos. Será algo así como un pequeño hotel boutique con el encanto de lo antiguo y el entorno rural. Las fotos de la web han quedado geniales y ya tenemos reservadas todas las habitaciones para la próxima semana.

Sé que nada de esto habría sido posible sin la ayuda de Gabriel, que desde el primer momento prestó su ayuda para todo; a cambio, solo pidió usar una tarde a la semana la biblioteca para hacer presentaciones y lecturas infantiles. A todos les encantó aquello y varias mamás han corrido la voz en la zona y alrededores, lo cual nos sirve también como publicidad. Así que, a partir de este momento, los viernes la casa tendría más animación que nunca. Ahora mismo, todo parece una aventura.

Estoy en el despacho ultimando algunos detalles con el catering. Tomo un último sorbo del té de vainilla y sonrío satisfecha. ¿Puede ser que lo consiga? Me da miedo admitir que, después de tanto tiempo, al fin, soy

feliz.

Entre mis pensamientos, escucho voces al otro lado de la puerta. Es mamá con el bebote de Martina.

—Carol, ¿puedes salir? A Martina le está dando una crisis nerviosa —me apremia mamá—. Le he dicho que me quedo yo con el niño mientras vosotras lo arregláis. Creo que hay un problema con las pérgolas en el jardín.

—¿Qué dices, mamá? —digo incrédula—. Voy a ver, pero se supone que Julián y Gabriel estaban instalándolas esta mañana. Eso tendría que estar ya hecho.

—Digamos que ninguno es muy mañoso. Martina los va a matar.

Miro por la ventana del despacho y observo con gracia la escena que había montada en el jardín: Gabriel y Julián están intentando montar las pérgolas, pero con el viento se les tuercen las barras y Martina les grita nerviosa. Finalmente, antes de que la cosa llegue a más, abro la ventana y les grito a los tres.

—¡Bajo ya mismo! —Gabriel me hace un gesto de súplica y Julián se mofa de él—. Mira que os dije que era mejor que nos las montaran los de la tienda. Somos unos roñosos, no era tan caro.

—¡No hace falta, en serio! ¡Si ya casi lo tenemos! ¡Y sí que era caro! —grita Julián desde el jardín, respondiendo Martina con una colleja—. ¡Ay! Que no me pegues, ¡o te juro que no me caso!

—Desde luego, como sigas así, no te invito a mi boda, Julián —dice Martina enfadada.

—Venga, chicos, bajo ya... —digo con desesperación—. Al final acabáis discutiendo y no hay boda.

A las dos de la mañana, acabamos con todos los preparativos de la boda. Me despido de mamá y la abuela, que se marchan a la cama agotadas; al día siguiente tienen el gran evento y todos están muy nerviosos. Gabriel está en la cocina recogiendo los platos de la cena. Se ha convertido en uno más de la familia y se encuentra dispuesto a ayudar en cualquier

momento. Voy hacia él arrastrando los pies del cansancio y rodeo su espalda con los brazos.

—Estoy agotada... —digo con voz temblorosa—. Mañana a las nueve estarán aquí todos para empezar a preparar a la novia. Menos mal que la boda es al mediodía. Espero que salga todo bien...

—Seguro que sí, ya lo verás. —Gabriel se sube las gafas y me besa—. Vamos a dormir, yo ya he terminado.

—Vale, pero antes me gustaría leer las últimas páginas que tengo del diario de mi bisabuela. Sabes que me ayuda a conciliar el sueño...

—Bueno, pero las leemos en la cama, si te parece bien.

—Me parece perfecto. —Y lo abrazo más fuerte.

Subimos juntos por la escalera de la mano y entramos en la habitación. Nos metemos en la cama, encendemos la lamparita de la mesilla de noche y me pongo las gafas para leer.

—Me gusta cuando te quitas las lentillas y te recoges el pelo en un moño —me dice Gabriel mirándome con dulzura—. Creo que es ahí donde eres más tú, la auténtica Carolina.

—Qué cosas me dices... Eres el tío más raro que he conocido nunca. Y mira que he conocido a cada uno ...

—Ja, ja, ja, ja. Dame un beso y te dejo que leas el final. —Me acerca hacia él sujetando mi nuca y me besa despacio, con calma—. Creo que te quiero...

—Yo no lo creo... Lo sé. —Acaricio sus mejillas con la punta de la nariz y me acurruco en su pecho—. A ver... Creo que me quedé por aquí más o menos...

Alguien abrió la puerta con sutileza y se acercó por la espalda despacio y en silencio. Carolina guardó la pluma en el cajón de madera y sopló el papel. Con delicadeza, lo dobló y lo metió en su vieja lata de galletas.

—Ni un paso más, Liberto.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Tu perfume te delata, mi vida, un dulce y penetrante olor a almendras.

—Carolina se giró y, con una sonrisa en los labios, se acercó a Liberto—. Ya he terminado las invitaciones. Solo faltaban las de Rosa y Jane. —Sacó el papel amarillo y lo sacudió delante de su esposo—. Ahora podemos hacer lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —Sin darle tiempo a responder, Liberto la estrechó entre sus brazos—. Ya sabes lo que quiero...

—¿El qué?

—A ti. —Besó sus labios con ternura—. Abrázame como tú sabes.

—Cielo, recuerda que he invitado a comer a Rosa, Luis y Jane —le recuerda Carolina entre risitas—. Tengo un plan en mente. —Carolina fijó sus ojos en los de su marido de manera sugerente—. ¿Sabes? Creo que ya sé cómo animar a tu tío Luis.

—¿Qué se te ha ocurrido, preciosa? —Liberto tocó el hombro de su mujer y le besó la clavícula con insinuante sensualidad—. Tenemos tiempo hasta la hora de la comida. Cuéntame tu plan.

—Ahora no, cielo. Tengo otra cosa que hacer antes. —Carolina besó lentamente el cuello de Liberto y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa—. Aunque, si lo deseas, te lo cuento en este momento...

—Mejor luego, cariño. Ahora prefiero hacerte el amor. —Liberto sujetó las caderas de la joven y se aferró a ella para que notara su excitación—. ¿Qué opinas?

No hicieron falta las palabras; se deseaban mutuamente y no tenían que ocultarse. Ahora todo era más fácil. Ya no había mentiras, podían entregarse el uno al otro sin dudas. La complicidad entre ambos era patente; no importaba nada, solo ellos. Las últimas semanas que habían pasado en París no podían haber sido mejores: salieron al teatro, pasearon por los jardines... Eran inseparables, irradiaban felicidad. Los malos tiempos ya habían pasado.

A la hora de la comida, Carolina llevó a cabo su plan: sentó a Jane y a Luis

juntos en la mesa, teniendo a Liberto como cómplice. Los dos ancianos parecieron complementarse y, para su sorpresa, no hizo falta mucho para ver que entre los dos había surgido una bonita amistad. Luis estuvo muy atento a Jane en todo momento, y es que tenían muchas cosas en común: él había sido médico y ella enfermera, los dos querían viajar, eran apasionados de la lectura, estaban solos, eran independientes y no necesitaban el permiso de nadie para hacer lo que se les antojase.

Llegados los postres, Carolina se levantó e hizo un brindis.

—¡Por la amistad, que podamos celebrarla durante mucho tiempo!

—¡Por nosotros! —Todos juntaron sus copas y bebieron.

Liberto besó a su mujer en los labios y acarició su tripa. Se sentía el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra; tenía todo lo que podía desear.

—Rosa, hemos pensado que tal vez te gustaría venir con nosotros. — Carolina miró a su esposo y sonrió—. Queremos que vengas a la mansión.

—Me encantaría, pero no puedo dejar a mi padre. Este cascarrabias no puede vivir sin mí... —Rosa le dio un golpecito en la pierna a Luis.

—Por mí no lo hagas, querida. —Luis miró a Jane y tocó su mano—. Tal vez yo también viaje. Necesito apartarme un poco de esta ciudad. ¿Te gustaría venir conmigo a conocer mundo, Jane?

—¡Oh, pues claro que sí! Una anciana como yo no tiene muchas oportunidades como esta. —Jane le sonrió y guiñó un ojo a su «cómplice»—. A nuestra edad, ya no podemos pensar tanto las cosas, ¿verdad?

—Así es, es importante darse prisa. —Los dos rieron como adolescentes—. Nunca se sabe cuándo llegará nuestra hora; y mejor que sea en buena compañía.

—Ejem, ejem... Papá, entonces... ¿Ya no me necesitas? —Rosa no salía de su asombro—. De acuerdo, qué remedio... Me iré con vosotros.

Todos empezaron a reír. Carolina estaba muy satisfecha de ver cómo su plan había cuajado a las mil maravillas. Jane estaba radiante, sin parar de

reír, y Luis coqueteaba con ella de manera descarada, sin importar los presentes. Rosa miraba la escena sorprendida, pero, sobre todo, con la esperanza de que su padre viviera los años que le quedaban acompañado. Aquella mujer parecía perfecta para él.

Cierro la lata y suspiro. Son más de las cuatro de la mañana y sigo despierta. A mi lado, Gabriel duerme plácidamente; respira tranquilo. Me acurruco en su cuerpo y suelto mi pelo. Él se mueve y abre los ojos... Está guapísimo con el pelo despeinado.

—Amor, te recuerdo que, en pocas horas, estará por aquí rondando una novia loca gritando. —Gabriel pega su cuerpo al mío mientras me abraza y acerca su nariz a mi cuello—. Me encanta tu olor...

— Y a mí, me encantas todo tú... —Me giro para quedar frente a frente y acerco mi boca a sus labios con anhelo—. No puedo dormir, ¿se te ocurre algo?

—¿Qué es lo que busca, señorita? Creo que el diario de su bisabuela es una mala influencia. —Él sonríe y me besa con furia—. Sabes tan bien...

Gabriel gruñe en mi oído y me agarra fuerte con sus manos anhelantes. Cierro los ojos y disfruto de sus caricias mientras clava sus dedos en mis caderas. Noto cómo me va desnudando al tiempo que su lengua recorre mis labios, humedeciéndomelos. No hacen falta palabras; perdemos el control y nos dejamos llevar por el momento. Le ofrezco mi cuerpo, que agradece con cada investida entre mis piernas, al principio lentas. Voy marcando el ritmo, que aumenta poco a poco. Noto sus dedos y todo se acelera. Lo miro fijamente y provocho en él un torbellino que hace que sus ojos se enciendan. La paz se ha terminado; nos dejamos llevar jadeantes. Gimo satisfecha, me responde con una sonrisa...

CAPÍTULO XVI:

La boda de Martina

Son solo las nueve de la mañana y no hago más que escuchar gritos al otro lado de la puerta de mi habitación. En la sala de estar, hemos montado un salón de belleza improvisado para peinar y maquillar a la novia junto a las invitadas más próximas, y el ruido es más que palpable.

Bajo las escaleras con una taza de café y veo a Gabriel con el pequeño en brazos, que no para quieto un momento.

—No para, es un terremoto —dice Gabriel mientras lucha con el niño—. Me lo ha dejado Julián hace cinco minutos. Dice que tiene que ir a por la tarta. —Parece que está encantado con el niño en sus brazos y yo me quedo embobada mirándole—. ¿Qué me miras?

—Nada, simplemente creo que te sienta bien. —Sonrío—. No conocía esta faceta tuya.

—Pues ya sabes, cuando quieras...

De repente, se abre la puerta y sale Martina con rulos en la cabeza. Nos mira y da un último sorbo a la tila que le ha preparado mi madre nada más llegar a casa.

—No es por romper este momento, pero te necesito, Carol. Me estoy volviendo loca. Y tu madre me quiere preparar otra tila.

—Al ritmo que vas, creo que necesitas mejor un chupito. Deberías relajarte un poco. Está todo preparado; solo falta la tarta y ha ido Julián a por ella.

—Perdona, ¿no tenemos la tarta aún? —Martina empieza a resoplar con fuerza—. Lo mato. Te juro que me lo cargo y no me caso.

—Pero ¿qué te pasa, Martina? —Cojo de la mano a la novia y la llevo a la

cocina—. Mira, no me gusta hacer estas cosas, pero te voy a emborrachar. A ver si así te relajas un poco, que tienes una cara de loca...

—Joder, Carol, es que la tarta tenía que estar aquí ayer. Y se va ahora a por ella... Es que Julián es un desastre. Te lo juro, no puedo más... —Martina coge una taza de café y le da un sorbo—. Anda, ponme una gracia en el café.

—Martina, que lo de emborracharte era de coña, mujer. —Mira a su amiga, quien no tiene cara de bromas—. Bueno, espera, creo que queda orujo de hierbas en la despensa. Deja que mire... —Por supuesto, lo encuentro—. ¡Y de esto ni una palabra! Que mi madre me mata como se entere de que te he dado un chupito.

—Tranquila, no diré nada. —Martina acerca la taza de café y la mueve con gracia—. ¡Ponle alegría, amiga!

—Voy a ello, pero solo un poco. Y no te enfades con Julián, anda, dale una tregua...

—Lo sé, lo sé... Estoy nerviosa y lo pago con él. Yo creo que el problema es que, desde que nació el niño, no echamos un polvo. Así de claro.

—Eh... A ver, Martina, es normal que no tengáis tiempo entre el trabajo y demás.

—No, no es por tiempo. Es que mírame: estoy horrible de gorda. No quiero que me vea así... —Aunque lleve un par de sorbos, parece que el orujo hace su efecto.

—Pero ¿él te ha insinuado que no le gustas o algo por el estilo? —le digo casi enfadada—. Porque entonces voy a ser yo la que le líe una buena...

—No, Carol. ¡Qué va! Si él me quiere y siempre me dice lo guapa que estoy. Pero, no sé, yo no me siento igual que antes, ya no me reconozco cuando me miro al espejo.

—Amiga, a lo mejor lo que debes hacer es dejarte llevar un poco y, ¿quién sabe?, lo mismo surge sin más. No pienses en si tienes más o menos chichas. —Le toco la barriga con la punta del dedo—. Eres perfecta tal y como eres, no lo olvides nunca.

—¡Ay, Carol! —Me abraza con fuerza y suelta una lágrima—. Gracias por todo... Anda, ven conmigo al salón para que nos pongan cañones.

La boda está saliendo a la perfección. Los novios se han dedicado unas palabras preciosas el uno al otro y Julián ha llorado al ver a Martina entrar en la ceremonia. Han decidido ser compañeros de vida. El catering que ha contratado mi madre está dando buen resultado; los invitados están contentos con la comida y la bebida. Me siento como una verdadera anfitriona, controlando cada instante, las luces, la música... Puede que este sea mi trabajo soñado. Puede que realmente haya encontrado mi lugar. Puede que, después de todo, mi hogar y mi vida no estaban en otra ciudad; lo tenía todo delante de mis narices sin darme cuenta.

Además, después de estos meses junto a Gabriel, las cosas parecen más fáciles. Apoya todas y cada una mis decisiones, por locas que sean, y siento que es un hombro sobre el que descansar cuando no puedo más, un refugio seguro, un amigo y, sobre todo, el amor de mi vida. Quién sabe, tal vez la siguiente boda que se celebre en el hotel puede que sea la mía. Me giro y le puedo ver avanzando hacia mí con su sonrisa infantil. Hoy está realmente guapo con su traje de lino azul a medida. Nunca pensé que lo vería así vestido. Le favorece el color.

—Parece que todo está saliendo bien —me dice.

—Sí, eso parece. —Me acerco a él y beso sus labios, que saben a cava—. Estás muy rico, cariño.

—Tú también, amor. —Besa mis labios de nuevo y sonrío mientras aparta su boca—. Por cierto, ¿sabes dónde están los novios? Me han dicho en la cocina que van a servir la tarta.

—Eh... No tengo ni idea... La verdad es que hace un rato que no los veo a ninguno de los dos. Qué raro... Vamos a buscarlos, a ver si están en el hotel y ha pasado algo.

—Vale. Aunque espera, creo que ya vienen por allí. —Gabriel los señala y se empieza a reír—. Creo que se lo estaban pasando muy bien.

—No me lo puedo creer... —Mi cara es un poema—. Y encima me está llamando...

A lo lejos, puedo ver a Martina con una sonrisa de oreja a oreja y algo más despeinada que hacía un rato. Intento ir lo más rápida que puedo con los tacones por el césped del jardín.

—Tenías razón, Carol. Solo tenía que dejarme llevar... —Martina se da la vuelta y señala su pelo, hecho un nido de pájaros—. Ayúdame a ponerme un poco más decente delante de los invitados, guapa.

—En serio, Martina, ¿en el día de tu boda? —Le quito las horquillas enredadas y se las pongo de nuevo, a la vez que le coloco con gracia un par de mechones—. No creo que nadie se haya dado cuenta. A estas alturas, la mayoría de los invitados están ya contentos gracias a la barra libre... O eso espero, pero que sepas que lo normal es esperar a la noche de bodas...

—Eso es para las que no tienen hijos; no estábamos para esperar, Carol. —Martina se ríe como una adolescente—. Ha estado genial, soy muy feliz, de verdad.

—Me alegro, amiga, pero os están esperando para sacar la tarta. —Mi cara de enfado de mentirijilla lo dice todo—. Anda, vete con tu marido. ¡Espera! Solo un último retoque. —Coloco un mechón detrás de la oreja de Martina y la abrazo—. Te juro que eres tremenda, Martina. Creo que por eso te quiero tanto.

—Y yo a ti, Carol. —Me lanza besos disimulando la emoción del momento—. Mil millones de gracias.

—Venga, tía, no seas pesada, que me vas a hacer llorar y se me corre el rímel...

CAPÍTULO XVII:

Un final feliz

Un año ha pasado desde la reapertura del hotel. Y aquí estamos por decisión de la abuela, sentadas en el barrio Latino de París, en una pequeña terraza con vistas al Sena.

Aunque es abril, hace fresco y cualquier rayo de sol se agradece. A la abuela le hubiera encantado estar aquí con nosotras. Por un momento, me parece verla sentada en su silla de ruedas, sonriendo. Ella se marchó hace dos meses, una noche, en su cama, rodeada de los suyos y satisfecha con la vida que había tenido. Lo hizo de manera discreta, sin dramas innecesarios. Simplemente se fue. Las últimas semanas, había empeorado bastante y la demencia ya no le daba tregua, estaba más en el ayer que en el hoy; aun así, como siempre, se salió con la suya. De hecho, este viaje es su culpa, lo planeó todo durante sus momentos de lucidez junto a Gabriel, quien se había convertido en su confidente en los últimos meses. Algunas veces lo confundía con mi abuelo; eran escenas tiernas y tristes a la vez. Los últimos momentos no fueron fáciles para ninguno de nosotros.

Agradezco cada momento que he podido pasar con ella este último año. Ahora veo que lo que me ocurrió con Guillermo fue lo mejor que me pudo haber pasado; de alguna manera, él me trajo de vuelta a mi hogar y pude estar donde debía. Además, apareció Gabriel cuando más lo necesitaba, sin previo aviso, y todo cambió. Puso mi mundo patas arriba. Creo que, finalmente, he encontrado a mi compañero de vida, ese que tanto anhelaba.

Las circunstancias nos han llevado a traspasar la librería, por lo que Gabriel ha vuelto a trabajar en el hospital. Pero sigue haciendo sus cuentacuentos una vez a la semana y algunos eventos literarios en el hotel.

Y todo esto nos ha traído hasta aquí, a esta ciudad que nunca defrauda. Gracias a la abuela, he podido redescubrir mis orígenes. Debo confesar que me encanta la casa de París, es tal y como me la imaginaba. Después de hablar con un abogado, hemos decidido no seguir con el alquiler de la casa y así poder disfrutar nosotras mismas de ese hogar que por tanto tiempo habíamos abandonado. El hotel parece que funciona bien y, de momento, cubrimos de sobra todos los gastos necesarios.

—Sinceramente, no sé cómo no hemos venido más veces. Me encanta todo de esta ciudad —digo emocionada.

—La última vez que estuvimos aquí tenías unos diez años —dice mamá dando un sorbo a una copa de vino blanco—. Fuimos a un parque de atracciones con tu padre. ¿No te acuerdas? A él le encantaba venir aquí.

—Claro que me acuerdo, mamá. ¡Menudas vacaciones pasamos! De hecho, creo que fueron las últimas. —Suspiro con nostalgia—. Pero yo siempre he creído que la casa donde dormíamos era como un hotel; nunca pensé que fuera nuestra.

—Carol, eras muy pequeña para dar tantas explicaciones, ¿no crees? Estar aquí me trae tantos recuerdos... —dice mientras se sube las gafas de sol con la vista fija en el Sena—. Espero que el hotel esté bien y que Gabriel pueda atenderlo él solo estos días.

—No te preocupes, está en buenas manos. Además, Julián lo está ayudando. —Le cojo la mano a mi madre y sonrío—. Me encanta esta tabla de quesos. Ha sido un acierto pedirla, este sitio es especial. —Cojo un trozo—. Tengo una sensación un poco rara; por una parte, estoy feliz de estar aquí contigo, pero, por otra, tengo un nudo en la garganta; echo de menos a la abuela.

—Este sitio era la cafetería donde trabajaba tu abuelo. Fíjate los años que han pasado... Recuerdo que la abuela me contaba que el mostrador estaba repleto de dulces, que el olor a chocolate y a café inundaba la calle por las tardes —dice con sonrisa infantil—. Ya nada es como antes, han pasado tantas cosas...

—Por eso nos hemos sentado en esta terraza, ¿verdad? Ahora lo entiendo todo —le digo a mi madre, que sujeta mi mano entre las suyas con fuerza

—. Ojalá hubiéramos venido antes ...

—Las cosas no siempre ocurren como uno quiere, Carol. Además, todavía hay una parte de la historia que no conoces de tu bisabuela —dice mi madre cambiando radicalmente de tema, intentado disimular los ojos llorosos—. ¡Y deja que coma algo de la tabla, que te va a dar un empacho!

—Bueno, mamá, déjame. Ahora pedimos otra, no seas roñosa —le digo a mi madre mientras me seco una lagrimilla—. Yo creía que había leído todo lo que había dentro de la lata de galletas.

—En realidad, esta parte me la contó directamente la abuela hace años, no está escrita en ninguna parte. Un mes más tarde de lo ocurrido en París, tus bisabuelos volvieron de nuevo a España. Les esperaba la gran inauguración de la mansión...

—Espera, mamá, dame un segundo que pido otra ronda y me cuentas el final. —Hago un gesto al camarero para que traiga otra ronda—. He pedido lo mismo, je, je, je...

—Muy bien, a ver si hay suerte y como algo. —Da un sorbo a su copa y, con gesto satisfecho, continúa con la historia—. Pues como te iba contando, un mes más tarde, o quién sabe, tal vez fueran dos, ya no me acuerdo bien...

—¿Han llegado mi madre y Lisa ya? —preguntó Carolina, que no sabía dónde permanecer quieta en su habitación—. Estoy muy nerviosa. Se lo conté todo por carta y no sé cómo se lo habrán tomado...

—Tranquilízate —dijo Amalia—. Estoy segura de que tu madre estará feliz por la noticia.

—No sé, Amalia, ha sido tan lioso y precipitado...

—Bajaré al vestíbulo a ver si están aquí. Me ha perecido escuchar el coche antes.

—Vale. Mientras, yo termino de arreglarme. —Con esmero, Carolina recogió su pelo en una trenza y se miró al espejo—. Creo que ya estoy. ¿Tú qué opinas, mi pequeño? —Acarició su tripa y sonrió de alegría.

—Seguro que opina que estás perfecta, como siempre. —Su amiga estaba

en el marco de la puerta apoyada—. ¿Y yo cómo estoy?

—Guapísima. —Carolina abrazó a Rosa—. ¿Quién sabe? Tal vez hoy encuentres a alguien...—Eso espero... ¡Hasta mi padre tiene pareja! —Rosa no pudo evitar echarse a reír—. Hace poco me escribió. Me contó que Jane y él quieren casarse.

—¡Qué bien!

Amalia bajó al vestíbulo y encontró a la madre de Carolina y a Lisa hablando con Isidoriano. El hombre no paraba de hablar sobre Carolina. Se le veía feliz y encantado de que la casa por fin volviese a estar ocupada de nuevo.

—Estoy seguro de que la fiesta va a ser maravillosa —dijo Isidoriano—. La señora se ha ocupado de cada uno de los detalles. —Las miró a ambas y, con gesto distraído, sacó un reloj del bolsillo de su chaqueta—. Además, aunque se ha hecho esperar la dichosa fiesta, estamos todos invitados. ¿Qué les parece?

—No esperaba menos de ella —dijo la madre de Carolina.

—La niña es muy buena y se merece lo mejor. Nosotras no lo decimos solo porque sea nuestra Carolina, sino porque vale mucho —dijo Lisa.

—Estoy de acuerdo con usted, señora. La casa es una verdadera alegría desde que han vuelto del viaje.

—Disculpen —interrumpió Amalia desde la escalera—, no sabíamos que ya estuviesen aquí. Carolina les espera en su habitación. Por aquí, por favor, si son tan amables. —Señaló la escalera y comenzó a subir.

Al llegar a la habitación Amalia con las visitas, encontró a una mujer vestida con el más bello de los trajes de fiesta, con un trenzado del que colgaban algunos tirabuzones castaños. La mujer se giró. Estaba hermosa, con las mejillas rosadas y una mirada brillante.

—Hija, ¿eres tú? —dijo la madre de Carolina acercándose para darle una cascada de besos exageradamente sonoros—. Estás preciosa... ¿Cómo no escribiste antes? ¿Qué tal el viaje? ¿Te trata bien tu esposo? ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? Una mujer en tu estado no debería

hacer esfuerzos... Ahora ya estamos aquí

—Mi niña, qué guapa estás —dijo Lisa entre lágrimas. Apartó a la madre y se puso ella en su lugar—. Hazme el favor y deja a la niña respirar.

—Bueno, bueno, estoy bien. —Señaló a su amiga—. Esta es mi mejor amiga, casi una hermana, Rosa.

—Encantada de conocerte, querida. —Su madre se acercó y besó con intensidad el rostro de la joven—. Me alegra que mi niña no estuviese sola en París.

—¿Estáis enfadadas conmigo? —preguntó Carolina.

—¡Qué va! —respondió su madre mientras le sostenía una mano como cuando era una niña—. ¡Si voy a ser abuela!

—La verdad es que un poco, para qué te vamos a engañar —agregó Lisa—. A tu madre no le sentó nada bien eso de enterarse de que iba a tener un nieto y que estabas casada, ya me entiendes... Pero eso ahora ya da igual. Estamos aquí contigo.

—Gracias, Lisa. —Carolina cogió a su madre con fuerza—. Te he echado mucho de menos, mamá, te necesitaba más que nunca. Pero no sabía cómo contártelo, pensaba que te habría defraudado...

—¡Tonterías! Una madre nunca se enfada de verdad; solo un poco. Y yo siempre he estado orgullosa de ti, mi niña.

Las tres mujeres volvieron a juntarse. Lloraron por la alegría del reencuentro y rieron por el futuro de nuevo juntas. Con uno más a quien dar mimos.

Horas más tarde, comenzó la gran fiesta y la mansión se llenó de invitados. Al parecer, todo el mundo quería conocer a la mujer del conde y admirar su ya famosa belleza. Pero la gran sorpresa de la noche fue el reencuentro de Carolina con Jane y Luis. Los dos estaban radiantes, sin soltar sus manos ni un solo segundo.

—¿Cómo es que estáis aquí? —preguntó Carolina con enorme sorpresa.

—Pensé que te iba a hacer falta una enfermera para el parto —dijo Jane con una sonrisa.

—Y yo no me podía perder el nacimiento de mi nieto, aunque sea postizo
—añadió Luis.

—¡Papá!, ¿qué hacéis aquí? —Rosa estaba impresionada al ver a su padre tan feliz y que la vida le tratara tan bien—. Creía que estabas viajando...

—Ya ves, hija. Como no me das nietos, me busco los ajenos. —Luis comenzó a reír—. Tenía ganas de verte, mi pequeña.

—Yo también a ti. —Rosa abrazó a su padre—. Le he contado a Carolina lo de la boda.

—¡Felicidades! —Carolina abrazó a Luis y besó a Jane—. Será pronto, espero...

—Lo antes posible. —Los dos ancianos se miraron sin pestañear—. No tenemos tiempo que perder.

Carolina se giró y vio a su marido hablando con distintas personas, algunos conocidos, otros no tanto. Desde el otro extremo de la sala, Liberto la miraba fijamente y, haciendo un guiño romántico, le lanzó un beso. Sabía que ese era su momento. No sabía cuánto tiempo les duraría, pero sentía que era aquel que tanto había anhelado y por fin había conseguido.

Mientras termino de escuchar la historia, cierro los ojos y, por un segundo, creo que es mi abuela la que cuenta la historia. Su último deseo antes de marcharse para siempre fue que volviésemos a París, que recorriésemos sus calles y todos esos lugares que formaron parte de su vida. Mejor dicho, de nuestra vida. Las cosas no siempre son fáciles, y eso es algo que las mujeres de mi casa hemos aprendido generación tras generación. Pese a todo, siempre salimos adelante.

—¿Tú crees que la historia de amor de la bisabuela fue tan idílica?

—No lo sé. No creo que la historia fuera totalmente así. Me imagino que se tomaría sus licencias a la hora de contarlo, pero sí que creo que, cuando ya has vivido tu vida, solo te quedan los recuerdos. Y que lo mejor siempre es recordar lo bueno y dejar atrás lo malo.

—Tienes razón... ¿Sabes qué? Yo creo que nosotras también lo hemos

conseguido. —Levanto mi copa con ímpetu y la acerco a la de mi madre para brindar—. ¡Por la abuela!

—¡Por la abuela y por la bisabuela! Sin ellas no estaríamos aquí hoy.

—Entonces, mejor brindamos... ¡por nosotras, por todas y cada una de las mujeres de la familia!

Y así, en aquella pequeña terraza del barrio Latino de París, lloramos y reímos al recordar anécdotas familiares. Y descubrimos que, juntas, podíamos con todo.

Agradecimientos

Esta novela forma parte de mi pasado. Hace unos años, escribí una parte de ella, en un momento de mi vida que, como Carolina, andaba perdida, y fue gracias al apoyo de mi madre y de mi abuela que pude seguir adelante. Mi abuela fue mi primera lectora; en aquella época vivíamos juntas. Cada día, al llegar a casa, leíamos juntas un poco de esta historia, la cual iba escribiendo en el metro de camino a la universidad desde el trabajo. Juntas le fuimos dando forma a los personajes; a decir verdad, la personalidad y rasgos de Liberto son totalmente invención suya. Años después, decidí finalizar esta historia y exponerla al público, no sin muchas dudas, porque en esta novela pongo parte de mi historia, aunque no daré más detalles, que cada uno saque sus propias conclusiones. Esta vez, quise dar una oportunidad a esa parte que representa el miedo a enfrentarse al romanticismo que llevo dentro, e imaginar cómo podrían ser tiempos anteriores y mezclarlo con la actualidad, y qué mejor que hacerlo a través de la visión del amor de diferentes generaciones.

En mi casa, a las mujeres nos han educado para ser pensar libremente, opinar y decidir por nosotras mismas. Por lo general, somos testarudas, valientes, con un carácter muy marcado, algo chillonas, nos gusta cantar a todas horas y tenemos un sentido del humor un tanto peculiar, que nos sirve de coraza cuando las cosas se ponen feas. Es justo en esos momentos cuando mi madre suele decir: «Cuando llegue el puente, lo cruzamos». Siempre habla en plural, porque nos apoyamos las unas en las otras pase lo que pase.

En esta historia, he querido poner un poco de mi madre, de mi abuela y de mí misma, porque sé que, si llega el puente, lo cruzaremos juntas. Gracias por estar a mi lado, sin vosotras esta historia no hubiera sido posible

Para finalizar, me gustaría agradecerle a ti, querido lector, que una vez más

me acompañes en esta aventura y quieras formar parte de la historia de Carolina. Deseo que la disfrutes tanto como yo lo he hecho mientras la escribía.

Un fuerte abrazo,

Laura